

COLECCION AUTORES CONTEMPORANEOS: XVIII



V I C E N T E S Á E N Z

NUESTRA AMERICA EN LA CRUZ

SIETE PRÓLOGOS, VARIAS APOLOGÍAS
Y OTROS APUNTES



EDITORIAL AMÉRICA NUEVA
MÉXICO, D. F., 1960

**EDITORIAL AMERICA NUEVA,
S. de R. L.**

Director: Vicente Sáenz
Pánuco 200 Tel. 11-09-03 México, D. F.



LIBROS PUBLICADOS

Juan José Arévalo
**GUATEMALA, LA DEMOCRACIA
Y EL IMPERIO**
(Edición agotada.)

José Mancisidor
EL ALBA EN LAS SIMAS

Dres. José A. Díaz Padrón y Enrique C.
Enríquez
**RESPONSABILIDAD CRIMINAL ANTE LOS
TRIBUNALES**

Vicente Sáenz
RAIZ Y ALA DE JOSE MARTI
(Edición agotada, ahora incluida en "Vidas
Ejemplares Hispanoamericanas").

Raúl Osegueda
OPERACION GUATEMALA \$ \$ OK \$ \$

Vicente Sáenz
AMERICA HOY COMO AYER

David Turner Morales
**ESTRUCTURA ECONOMICA DE PANAMA
(EL PROBLEMA DEL CANAL)**

Vicente Sáenz
**HISPANOAMERICA CONTRA EL
COLONIAJE**
(Tercera edición, con notas adicionales y un
epílogo sobre el Congreso de Panamá)
(Edición agotada.)

Marie Berthe Dion
**LAS IDEAS SOCIALES Y POLITICAS
DE AREVALO**

Ricardo Bogrand
PERFIL DE LA RAIZ

NUESTRA AMERICA
EN LA CRUZ

Reservados todos los derechos
de acuerdo con la Ley, por
Editorial América Nueva, S. de
R. L.—México, D. F., 1960.

Impreso en México.—Talleres tipográficos de la Editorial
Olimpo.—Calle de Imprenta N° 205.—México 2, D. F.

COLECCION AUTORES CONTEMPORANEOS: XVIII

VICENTE SAENZ

NUESTRA AMERICA EN LA CRUZ

SIETE PRÓLOGOS, VARIAS APOLOGÍAS
Y OTROS APUNTES

F
1418
.S19



EDITORIAL AMÉRICA NUEVA
MÉXICO, D. F., 1960

R00215 79747

B R E V E E X O R D I O

FORMAN el presente volumen algunos viejos prólogos y comentarios. Al correr del tiempo me preguntó si no hubiera sido mejor dejarlos inéditos. ¿Para qué tanto pensar, escribir, atormentarse si se siembra en un erial? Duele el corazón por el daño que uno mismo se hace en esta lucha, estérilmente, o por el peligro y la amenaza de que también son víctimas los seres más cercanos. ¡Cuántas malquerencias, incomprendiones, falsos testimonios, desengaños, soledad, abatimiento! ¡Cómo es fuerte en nuestro medio lo que he llamado el complejo de Caín!

Y al término de la jornada todo igual, igual, pese a lo que fueron y sintieron nuestros próceres. Todo igual, igual, igual, como si el mundo hispánico —el de las oligarquías en el poder— no tuviese misión alguna que cumplir sobre la tierra.

¡Ni siquiera la misión humana de formar un bloque de paz, de civilización y de cultura en las Naciones Unidas, frente al estruendo de los dos gigantes, en lugar de ponerse nuestros delegados en evidencia lamentable! ¡Ni siquiera la de elevar su voz contra la barbarie de la bomba atómica: la de Oriente, la de Occidente, la de cualquier superpotencia con ímpetu de dominar al mundo!

Sin embargo —insisto en recordar al porfiado de Quedo—, aquí están otra vez estos prólogos y estos comentarios, camino de la imprenta. Parecen escritos para estos mismos días, como si lo peor del pasado cobrara nueva y fatal vigencia entre nosotros. ¡Para estos mismos días en

que suda, se ahoga, suspira y se entrega nuestra pobre diplomacia en superdeprimentes congresos hemisféricos!

* * *

Los he seleccionado y se reimprimen estos apuntes en orden cronológico, más como autocrítica hispanoamericana —indispensable para orientar y orientarnos— que como ataque o censura a quienes, por estar en lo suyo, han sabido sacar fácil provecho de nuestra desunión, falta de fe, incapacidad o derrotismo de la peor especie.

Por eso está "Nuestra América en la Cruz". Pero dejaré constancia de que esta recopilación estuvo a punto de llamarse "Nuestra América en su sitio", pues cuando empezó el derrumbe y siguió la fuga de aterrados déspotas criollomestizos, me sentí como poseo de una grátisima euforia.

Más aún: cuando la OEA tuvo trazas de reivindicarse y le cargó la mano al segundo después de Dios, que era Trujillo (San José, Costa Rica, 20 de agosto de 1960), muchos pasamos de la euforia a una sensación indescriptible. Algo así como una alegre demencia, mansa, suave, optimista, como la que celebra Erasmo con singular donaire en su "Encomium Moriae", que en castellano conocemos por "Elogio de la Locura".

Y no era para menos tan jubiloso estado de ánimo al advertir —tras el maratón de los generalísimos— cómo se sucedían los milagros, o los arrepentimientos, o los cambios de opinión, a tal extremo que hasta gentes de mudez reconocida para no comprometerse; y grandes diarios y revistas de la libre empresa, que por natural inclinación habían estado con los "hombres fuertes"; e intelectuales y políticos de los que ven con un ojo a la izquierda y con el otro a la derecha, se solazaban —o simulaban solazarse— con el nuevo estado de cosas.

Lo del nuevo estado de cosas daba la impresión de que estábamos en lo cierto quienes siempre señalamos — ¡y va para largo! —la dictadura infame; la tesis bolivariana del cordón sanitario; la miseria y explotación de nuestros países; el bajo precio de nuestras materias primas; la

cotización cada vez más elevada de lo que importamos; la corrupción de cierta clase de gobernantes, ávidos de enriquecerse; y la peligrosa falacia de aplicarles motes impropios a los adversarios del sistema castrense y de la succión extranjera, incluso de obedecer consignas esclavas o chinas, sin que de ello se escaparan ni valores insospechables de nuestra cultura, algunos de los cuales ocupan la segunda parte de este libro.

* * *

Pero parecía que al fin concordábamos los del norte y los del sur en lo que se conoce por países retrasados, a los que después rebautizó la ONU misericordiosamente como subdesarrollados. Viajaron, vieron y opinaron mister Eisenhower, mister Nixon, mister Stevenson, y estuvieron de acuerdo en aceptar como irrefutable el bajo nivel de vida en América Latina, aunque sin estudiar sus causas ni referirse a los consorcios. Por su parte ha opinado últimamente mister John F. Kennedy, candidato presidencial del Partido Demócrata, quien niega el término de naciones retrasadas o subdesarrolladas, para darle paso a la definición elocuentísima de naciones desposeídas.

Eso somos nosotros que sin duda entramos, salvo error u omisión, en el juego y en el vocabulario de la sociología mundial. Desposeídos, lo que bien explica la actitud de economistas y expertos nuestros en favor del mercado común, desde México hasta la Patagonia, para industrializarnos y descolonizarnos; el afán del poderío extranjero para obstaculizar o desvirtuar ese proyecto vital; y la inconformidad que empieza a manifestarse, no contra potencias extrañas a nuestros males, sino contra los responsables internos y externos de que se haya retrasado y mutilado nuestra economía, base en la que se apoya el adelanto moral y material de cualquier comunidad humana.

La realidad es clara, pero no quieren o no pueden entenderla sino muy pocos de los señores que han llegado a la cumbre. Los presionan, temen, titubean, se entregan.

Y la conclusión, entonces, no puede ser más denigrante ni más desastrosa para los vecinos del sur, ya que deberá agregarse otro adjetivo a la definición de mister Kennedy. ¡Un adjetivo que tenga que ver con el agradecimiento! De ese modo, a pesar de los pueblos y de algunos gobiernos que se salvan del naufragio, quedaremos catalogados los hispanoamericanos en una doble y más completa aceptación: *DESPOSEIDOS PERO AGRADECIDOS*, para nuestra mayor gloria y contento.

* * *

No creo necesario agregar nada más a esta dolorosa autocritica hispanoamericana. Bastará decir que es una natural consecuencia de lo acaecido en Costa Rica, después de lo que ya se explicó sobre Tujillo, la euforia generalizada y el "Encomium Moriae", pues al finalizar agosto se vino abajo la reivindicación de la OEA. Y se vino abajo con un documento en el que tácitamente se ratifica lo que aprobó Hispanoamérica, contra sí misma, en la Conferencia de Caracas de 1954.

Mas no seré yo quien hable de lo que sucedió en mi pequeña patria, ni de lo que debiera ser la OEA. Sobre estos temas encontrará el lector orientación clara y precisa en las dos cartas que se reproducen en el Epílogo: una del señor General Lázaro Cárdenas y la otra del señor Embajador de Venezuela, Dr. Alirio Ugarte Pelayo.

Y para concluir, quisiera por lo menos esbozar un breve comentario sobre la Conferencia de los 21, reunida en Bogotá pocos días después, del 5 al 13 de septiembre. Se informó sobre el particular, con realismo impresionante, que allí todo giraba alrededor de los 500 millones de dólares ofrecidos por mister Eisenhower para fortalecernos, "mediante préstamos en términos y condiciones flexibles a través del Banco Interamericano de Desarrollo". (Associated Press y agencias afines, 12 de septiembre.)

Dicho Banco, con las aportaciones que a su vez tendrán que hacer las demás repúblicas del Continente, y con los "préstamos flexibles", será el llamado a financiar el amplísimo y extraordinario programa que aprobaron, en-

tre hurras y aplausos, los señores delegados. Así tenía que ser porque en tan hermoso programa, con numerosos acápite y varias divisiones abecedarias, todo está previsto para darle vuelo a lo que allí se llamó "apresuramiento del desarrollo económico-social latinoamericano".

Extraordinario programa, no cabe duda; pero se hizo con discursos, como todo lo nuestro, y no con estadísticas. Han de haberse sonreído los estadounidenses ante el regocijo navideño, ante los votos de gratitud y la oratoria inflamada de algunos de sus colegas hispanoamericanos, porque con quinientos millones repartidos entre veinte repúblicas no habrá para tanto, a saber: Mejora social. Tenencia de tierras. Carreteras. Viviendas. Educación. Universidades. Bibliotecas. Salubridad. Hospitales. Puestos sanitarios. Medidas adecuadas para disminuir la mortalidad infantil. Curación de enfermedades tropicales y veinte títulos más, que no es posible reseñar en este exordio.

* * *

Y todo esto habrá que hacerlo. Debe hacerse. Pero lo tendremos que hacer nosotros mismos, con nuestra propia riqueza, sin discriminaciones, sin concesiones inadmisibles, con equidad y con justicia, sin olvidar que los norteamericanos son hombres de negocios y de números, y que atienden más a la estadística que a la elegante frase en la tribuna. Y así como los norteamericanos, los empresarios de cualquier país del mundo.

Con números podría demostrarse que tres pequeñas naciones centroamericanas, Guatemala, El Salvador y Costa Rica, que producen cuatro millones de quintales de café al año para la exportación, han dejado de recibir desde 1956 —cuando el omnipotente comprador extranjero bajó el precio del grano— 480.000.000.00 de dólares. ¡Casi los 500 millones de mister Eisenhower, sin contar lo que habrán perdido, multiplicadas esas cifras, México, Colombia y el Brasil!

Con números y con decisión para cobrar lo que juzga-

ba lícito, ganó Venezuela su 50-50 y ahora su 60-40 de la explotación petrolera.

Con números y fórmulas semejantes para el banano, el cobre, el hierro, y otros productos esenciales, hay que imaginar el desarrollo y la fuerza económica que adquiriría nuestra América Latina.

Pero mientras sigamos como lo ha dicho mister Kennedy, desposeídos y por añadidura agradecidos, seguirá "Nuestra América en la Cruz". Y de ello no podremos inculpar al extranjero aprovechado sino a nosotros mismos, como se verá en las páginas de esta recopilación.

Vicente Sáenz.

México, D. F., octubre de 1960.

**PROLOGO DEL AUTOR A LA
PRIMERA EDICION DE SU LIBRO
"ROMPIENDO CADENAS"**

Ciade, México, D. F., 1933

A PARECE este libro en un momento propicio como ninguno para romper cadenas: cuando el régimen del gran capitalismo norteamericano, que parecía incommovible, está siendo azotado por furiosa tempestad de liberación.

Hasta hace pocos meses el Gobierno de Washington fue siempre el más poderoso aliado de ese sistema de dominio, tanto en su aspecto puramente interior como en su fase imperialista.

Toda la maquinaria oficial estaba al servicio de la pequeña minoría plutocrática.

Acorazados y marinos en tierras de conquista.

Dólares e intereses, en ocasiones por préstamos imaginarios, envueltos en la bandera protectora de las barras y de las estrellas.

Pero llegó la crisis, iniciada en 1928. De entonces a 1932 ("New York Times", 25 de junio de 1933) cerraron sus puertas 1,571 bancos con respaldo limitado de la Reserva Federal, y 8,913 bancos privados.

De los 10,484 establecimientos bancarios fallidos, solamente en 1931 entraron en ruidosa liquidación 2,290. (Associated Press, 6 de enero de 1932).

Esfumáronse depósitos por valor de Dls. 1.143.857,000.00 y Dls. 3.788.624,000.00 respecti-

vamente, o sea un total de Dls. 4.932.481,000.00.

Sobrevino el pánico. Se descubrieron las maniobras de los consagrados como genios de las finanzas. Sus fraudes, sus sobornos, sus estafas, el escándalo de algunos empréstitos a Hipanoamérica. Bajaron los valores, materiales y morales.

Y el nuevo Presidente, Franklin Delano Roosevelt, ante la protesta colectiva y el espectáculo de una enorme masa proletaria en los más crueles extremos de miseria y de dolor, ha tenido que poner manos a la obra, haciendo a un lado y combatiendo la política tradicional de sus antecesores.

Enérgicamente ataca este segundo Roosevelt al "voraz capitalismo que se alimenta de carne humana"; a los cazadores de privilegios y de concesiones; a las inescrupulosas compañías y entidades bancarias que succionan la vitalidad y la riqueza públicas, y que provocan dificultades con países extranjeros.

* * *

Siguiendo el ejemplo de su jefe, altos funcionarios de la vecina república lanzan a la publicidad declaraciones semejantes. El Embajador de Estados Unidos en esta ciudad de México, Joseph Daniels, dijo el 22 de junio próximo pasado (1933), durante la ceremonia de inauguración de cursos en la Escuela superior norteamericana:

"La riqueza del mundo actual no pertenece a los que trabajan largas horas para producirla. Ha sido acaparada en tal forma en Estados Unidos (e indudablemente ocurre lo mismo en otros países), que los amos de las finanzas, siendo pocos

en número, poseen las tres cuartas partes de toda la riqueza que la inteligencia y el trabajo del hombre han creado.

“Esto deja una porción relativamente pequeña para la inmensa mayoría de asalariados, cuyo sacrificio ha hecho posible la prosperidad que monopolizan unos cuantos favorecidos.

“Esperamos que esta situación toque a su fin, pues los alquimistas modernos, responsables del malestar y el hambre del mundo; los capitanes de las finanzas locas que venden acciones sin valor, han derribado, como Sansón, el templo sobre sus víctimas, pero el derrumbe también ha caído sobre ellos”.

Y en su discurso a la colonia norteamericana (4 de julio corriente, 1570. aniversario de la independencia de Estados Unidos), proclamó con toda franqueza el citado Embajador Daniels:

“Ya es hora de que hagamos una nueva declaración de independencia, pues nos hemos convertido en una nación semifeudal, sin las obligaciones del señor de vidas y haciendas que, por lo menos, aseguraba la subsistencia de sus vasallos.

“Se necesita arrojar el yugo del favoritismo, el dominio de los privilegios, al poderoso Frankenstein que ha entrado en posesión de los recursos naturales y fomentado la industria, pero reservándose en la recompensa la parte del león.

“Al amparo de una cacareada política de tolerancia, unos cuantos poderosos, en contra del espíritu y la letra de la declaración de Jefferson, han podido monopolizar la crema, dejando a los trabajadores y a los idealistas la leche de ínfima categoría”.

* * *

Indudablemente que las afirmaciones del Embajador norteamericano en México revisten excepcional interés. No son otra cosa, en resumen, que una condenación vigorosa de la doctrina antisocial de los grandes "trusts", tan arraigados en Norteamérica. Y en la parte expositiva de su sensacional discurso del 4 de julio, una repetición simple, sin tecnicismos, de lo que han expuesto sobre el particular los defensores de las clases oprimidas, desde Rousseau en su Contrato Social, Saint Simon en sus Cartas de Ginebra, Münzer, Morelly, Proudhon, Fourier, Owen y Feuerbach, hasta Marx, Engels y los ideólogos contemporáneos de la doctrina socialista.

Por supuesto que el señor Daniels no llega a conclusiones en extremo radicales. Pero ya es mucho que el representante del país supercapitalista por excelencia, esté de acuerdo en aceptar la división básica de explotadores y explotados; que predique la necesidad urgente de acabar con los privilegios; y que al final de su peroración haya defendido la tesis de que las riquezas nacionales, minas, petróleo, fuerzas hidráulicas, etcétera, "son patrimonio de la comunidad y no pueden, por lo tanto, ser monopolizadas para beneficio exclusivo de un pequeño grupo, cualquiera que éste sea".

De modo que el representante personal del Presidente Roosevelt condena, en realidad, no los principios políticos del liberalismo histórico, sino su aspecto económico que concede amplia libertad para la explotación; insinúa que el capital privado deberá someterse, en parte, a la interven-

ción estatal; reconoce, pues, y así lo pregona, la impopularidad de un régimen que ha provocado el caos y ha dejado en la calle a millones de obreros que se mueren de hambre.

¿Pensará de igual manera el Gobierno de Washington en relación con la fase monopolista del capitalismo, es decir, con el imperialismo, según definición de los más avanzados sociólogos y economistas? Porque tratándose de las naciones indoespañolas sometidas a su influencia, la Casa Blanca tiene siempre dos criterios: el de la metrópoli y el aplicable a las que considera sus colonias.

* * *

Nadie como Woodrow Wilson, en famosos discursos y en mensajes emocionantes, combatió la explotación de pueblos oprimidos y habló de libertad. Pero en llegando a los casos concretos de Nicaragua, Haití, Santo Domingo, Cuba y México, todo se quedó en palabras. Cuando fue necesario que accionara protegió con barcos de guerra, soldados, metralla y bombas explosivas a ese "voraz capitalismo que se alimenta de carne humana", tanto en la Federación anglosajona como en el resto del planeta. Esto bien lo sabe el señor Daniels, Secretario de Marina del Presidente Wilson cuando el bombardeo de Veracruz. (1)

¹ No puedo menos que rendir tributo a Mr. Josephus Daniels, recientemente fallecido en Raleigh, su ciudad natal, a edad muy avanzada. Fue, sin duda, un noble y generoso espíritu, con ánimo bastante para rectificarse a sí mismo cuando conoció la realidad de México y de Hispanoamérica. Varias veces tuve la grata oportunidad de hablar con él. Conservo entre mis

Se explica, entonces, que dé yo a sus palabras la debida importancia, pues lo que él quiere para Estados Unidos es precisamente lo que ha menester Hispanoamérica: una nueva declaración de independencia; liberación de las riquezas nacionales, "que son patrimonio de la comunidad"; justicia social, en fin, a riesgo de que el Gobierno norteamericano señale, y con la complicidad de los lacayos oficiales criollos que en todo el Continente tiene a su servicio, persiga como comunistas rojos a los que luchan, en nuestros países, contra la incomprensión del capital doméstico y contra los grandes concesionarios extranjeros.

El riesgo, empero, debe correrse, porque si Wall Street está asfixiando a las mayorías norteamericanas, a nosotros nos tiene acogotados, desde hace muchos años, de México a la Patagonia.

* * *

Franklin Delano Roosevelt ha dicho menos que Wilson. Pero a la cárcel fueron a dar por el delito de fraude —y esto debe darnos ánimo y halagar al señor Daniels— financistas de tan alto

papeles preciosas cartas suyas, una incluso sobre este mismo libro, expresando en todo instante su simpatía más fervorosa por la liberación de nuestros pueblos. Pero más que sus palabras, se debe tomar en cuenta su larga y comprensiva actuación posterior en México —sobre todo al decretar el General Cárdenas la expropiación petrolera en 1938—, como Embajador insustituible de la buena vecindad. ¡Cuánto ganarían las relaciones interamericanas —sin torpes "servicios de inteligencia" ni falsas propagandas macartistas— si Mr. Truman tuviese a su servicio varones de esta talla! N. del A. para la segunda edición: marzo-abril de 1951.

vuelo como Charles E. Mitchell, Horace C. Sylvester, Leonard K. Marcus y Saul Singer.

Comparecieron ante un comité especial del Senado norteamericano John Pierpont Morgan, Thomas W. Lamont, George Whitney, Arthur M. Anderson, Otto Khan y otros reyes de la succión internacional, a contestar graves cargos en contra suya.

Y un representante al Congreso, Hamilton Fish, ha denunciado en plena Cámara la "criminal alianza" del Chase National Bank y del National City Bank con el Gobierno despótico de Machado en Cuba.

La oportunidad, como puede verse, es excepcional para que también nosotros, ciudadanos de las repúblicas más pequeñas y azotadas de América, iniciemos una revisión política, moral y económica de nuestros hombres y de las firmas extranjeras que operan en territorio centroamericano.

Para que provoquemos indagaciones semejantes relacionadas con los prestamistas Brown Brothers y Seligman and Company, las compañías fruteras, los Valentine, el inmigrante de Besarabia Samuel Zemurray, los políticos y leguleyos que han servido como instrumentos de explotación y de rapiña.

Para que se conozcan y comenten los turbios manejos de cualquier forma de imperialismo en nuestros países, y puedan desatarse las ligaduras infamantes que nos ahogan.

¿Perderemos la batalla? Únicamente se podrá saber si la libramos, con patriotismo y decisión.

Puede afirmarse desde luego, en el caso de que Roosevelt quiera echar pie atrás y volver a la po-

lítica de sus antecesores, que ya los capitanes de la industria y los amos de las finanzas no son en Norteamérica motivo popular de admiración ni de respeto.

El rencor ha roto todos los flancos de la ingenuidad.

Cinco mil millones de dólares esfumados y doce millones de gentes sin trabajo, pesan más que Morgan, Ford y Rockefeller.

* * *

¡Doce millones de desocupados en un país de ciento veinte millones de habitantes, de los cuales treinta y seis millones son trabajadores adultos! (Howard Scott, propulsor de la tecnocracia norteamericana, "Revista de Occidente", mayo de 1933).

Quiere decir que el 33.3 por ciento de la masa productiva se encuentra sin trabajo, o sea la relación de doce a treinta y seis. Considérese un número mucho mayor de seres humanos en completa miseria, incluyendo a las madres, esposas e hijos que dependen de cada jefe de familia, y tendremos que un alto porcentaje de la población total de Estados Unidos sufre las trágicas consecuencias de esta tremenda crisis capitalista.

Locura parecía sufrirse, hasta que se inició la crisis, de acaparamiento, de codicia sin freno, de fabulosas ganancias para unos pocos, de libre competencia con el sacrificio del factor obrero y campesino, intelectual y manual, cuyo lugar toman las máquinas que no ganan salario y permiten, por consiguiente, una intensa producción a bajo costo.

Pero las máquinas no consumen trigo, ni toman café, ni se visten con telas de lana o algodón, ni usan zapatos, ni quieren azúcar. Y como el poder adquisitivo de las mayorías empobrecidas ha llegado a su *mínimum*, nos encontramos en la etapa del subconsumo en Europa y en América, en Africa y en el Asia, lógico resultado de la escasez monetaria, de la mala distribución de la riqueza y de la interdependencia económica de las naciones.

¿Interdependencia? Habría que usar más bien el término *dependencia*. Porque en lo internacional, los países económicamente débiles o subdesarrollados, dependen y son víctimas de las superpotencias. Y en la economía interior de las naciones, las grandes masas productoras, que podrían ser consumidoras, dependen y son víctimas de las pequeñas minorías que se distribuyen el ingreso nacional.

No habiendo, pues, consumidores bastantes, por carencia de los medios necesarios para absorber la producción agrícola e industrial, proclaman entonces los dirigentes del sistema capitalista, al ver sus bodegas llenas de mercancía, que la catástrofe obedece a la *superproducción*, sinónimo de abundancia.

Y se reduce la capacidad productora de las fábricas, salen a la calle otros miles de trabajadores, se disminuyen las zafras del azúcar, se quema el trigo "excedente", se lanzan al mar millones de sacos de café, sin embargo de tanta miseria, de niños y ancianos sin pan, de hambre cuando más se ha producido, de gente preparada y laboriosa que no puede procurarse lo indispensable para vivir,

mientras los sótanos de los grandes bancos están repletos de oro.

Esto significa que el producto de la inteligencia y del esfuerzo de sabios e inventores, la multiplicación de caballos de vapor en progresión geométrica, el aumento inusitado de energía que se obtiene con las máquinas, no han servido para mejorar las condiciones de vida de la humanidad, *al amparo del régimen capitalista*, sino para empeorarlas.

O lo que es lo mismo, la ciencia y la técnica, el calumniado maquinismo que de otra manera pudo haber sido redentor, tiene a las generaciones actuales en el más grande desequilibrio que se registra en la historia económica del mundo, porque sólo se ha empleado en aumentar el lucro desmedido de la clase privilegiada: no en satisfacer las necesidades sociales de inmensas masas indigentes, con el menor esfuerzo material de los trabajadores y las mayores ventajas y facilidades de mejoramiento para todos.

* * *

El malestar de los cesantes, la protesta de los explotados en Norteamérica, el que hayan abierto los ojos y se den por fin cuenta de su situación los que no tienen más fuente de ingresos que su trabajo —del cual se les despide—, es un punto de apoyo en que nosotros podemos afianzarnos para la nueva declaración de independencia, pregonada por el Embajador Daniels.

Aquellos hombres, ni siquiera siervos de la gleba: parias abandonados, sin señor feudal que vea

por ellos; esclavos —como los nuestros— que solamente podían vender su mano de obra a cambio de un salario y lo han perdido, claman desde abajo contra los acaparadores de la riqueza, contra la insaciable minoría plutocrática norteamericana, contra los usufructuarios de todas las fuerzas vivas de la gran potencia.

¿Podrán recuperar estos magnates el poder que tuvieron y el prestigio de que gozaron ante la opinión pública de su país?

¿Se atrevería Washington a proteger de nuevo, a cañonazos, las llamadas inversiones de los Al Capones de Wall Street en países indefensos?

Habría entonces que poner en libertad a su compañero de Chicago, el ínclito de “cara cortada”, abriéndole de par en par las puertas de la prisión de Atlanta.

Pero, entretanto, aprovechen la ocasión para romper cadenas, políticas y económicas, los cerebros o las espadas que en buena o en mala hora nos gobiernan, en este momento extraordinario de mundial reajuste.

Aún es tiempo.

De lo contrario, guárdense de lo que pueda sobrevenir, pues ya los pueblos no se conforman con discursos demagógicos ni con promesas líricas de libertad.

México, D. F., 25 de agosto de 1933.

**PROLOGO DEL AUTOR A SU LIBRO
"CENTROAMERICA EN PIE"**

Ediciones Liberación, México, D. F., 1944

*Aclaraciones necesarias sobre la publicación
de este volumen*

EMPEZARE por decir, a guisa de preámbulo, que van a la imprenta los originales de esta recopilación, casi sin tiempo de revisarlos y menos aún de darles refinado estilo.

No hay más remedio que proceder en esa forma, *sobre la marcha*, en un mundo que hoy se mueve vertiginosamente, tentado por la urgencia de explicar lo que ocurre en Centroamérica.

En otras palabras, para que no se tergiverse el movimiento de libertad que por fin realizan aquellos pueblos, con amplio derecho a vivir la democracia, salvo que se nos niegue afinidad con los bípedos privilegiados, supernazis o blancos de la raza humana.

Advertiré, desde luego, que no se trata de apuntes o de trabajos que sirvan de manual o texto de historia, especialmente estructurados para darles forma de libro.

No. Lo que en estas páginas se recopila —a brochazos— es el pensamiento centroamericano de 1944, y el de los años que siguieron a nuestra independencia.

Tocante a lo geográfico, no tomo siquiera a

nuestra vieja patria con sus ocho antiguas divisiones o provincias de Guatemala, Chiapas, Veracruz, Soconusco, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica, pues que todo eso vino a reajustarse.

Mi punto de partida se basa, por consiguiente, en lo que fue Centroamérica durante la Federación que sucedió al Imperio de Iturbide, y que habría de sucumbir con Morazán: cinco Estados en una sola entidad.

Y en lo que es actualmente: cinco pequeñas repúblicas de media hora en aeroplano, *con mayor o menor soberanía*, débiles e indefensas.

Vale decir, *más o menos* sojuzgadas, pero en vísperas otra vez de unirse y cohesionarse, sobre cimientos de muy dolorosas experiencias, que no se tenían en la primera mitad del siglo diecinueve.

* * *

Tampoco entro aquí en detalles sobre la idea monárquica, que por aquel entonces prevalecía entre fernandinos y clases poseedoras. Solamente hago hincapié en el caso de don Agustín Primero, por su estrecha relación con Centroamérica.

Si tratara de ahondar en este punto, llegaríase a la conclusión de que la citada idea monárquica lo era también de algunos libertadores inmaculados de la América del Sur, próceres ilustres de la independencia, sin que esto amengüe su prestigio ni su gloria.

Era un sistema de gobierno a la sazón en boga,

imperante hogaño todavía en supercultas naciones europeas y en diversos lugares de la tierra.

¿Pues no estamos viendo ahora mismo, cuando millones de soldados dan su vida por la libertad y por la democracia, cómo se piensa en resolver graves problemas por medio de cetros y coronas?

¿Qué se hace por ahí con Pedro de Yugoslavia, y con Juanito de Borbón, y con Otto de Hapsburgo, y con Miguelito de Rumanía, e incluso con la Reina Guillermina, que tanto petróleo hizo llegar al Japón desde sus explotadas Indias Orientales?

Pero no habrá de cebarse un escritor de nuestra pobre América Latina —que intelectuales extranjeros *subestiman* y *redescubren* cada fin de semana—, en cosas tan nimias como éstas de grandes países, con abundancia de apaciguadora y aplastante civilización.

* * *

Respecto de lo que a nosotros atañe simplemente se ofrece, en los trabajos de este libro, un panorama general de Centroamérica, conectando su Historia con determinados hechos acaecidos en otras naciones hermanas.

Entiendo que así debe hacerse, porque no hay manera de ignorar que la vida de América, *de cualquier país de América*, según el ilustrado peruano Barreda Laos, “es síntesis creada por nexos, vínculos de relación, euritmia de sucesos que forman un todo continental”.

Algunos de esos acontecimientos, antes bien

glosados que en detalle, son los que recoge este volumen en los siguientes trabajos:

- 1.—Un estudio publicado en la benemérita revista de México “Cuadernos Americanos”, números 5 y 6 de este mismo año 44, que debería formar parte de “Siete Ensayos y un Epílogo”.
- 2.—Unas cuantas frases leídas por el autor en esta gloriosa capital azteca, el 15 de septiembre pasado, al colocarse la primera piedra del monumento a Francisco Morazán.
- 3.—Otro discurso, pronunciado tres días después en el Palacio de las Bellas Artes, durante el fervoroso homenaje al espíritu de libertad de aquellos pueblos sufridos, que se desangran al otro lado del Suchiate.
- 4.—La reimpresión solicitada de la semblanza que escribí, en el centenario de su fusilamiento, sobre la ilustre figura del visionario estadista hondureño, sacrificado el 15 de septiembre de 1842 en mi pequeña patria costarricense.

Se aprovecha este tomo para dicha reimpresión, no obstante que el “Elogio de Francisco Morazón” tenía su sitio en lo que ha sido mi deseo titular “Vidas de ayer y de hoy”, entre las cuales, además de nuestro prócer, figuran las de Bolívar, Morelos, Montalvo, Juárez y José Martí.

Eso es lo que contiene la presente recopilación, que por interdependencia de hechos actuales he creído necesario completar con lo que falta de este

prólogo; con un largo y detallado epílogo sobre los movimientos más recientes que están depurando a Centroamérica; y con algunas adiciones o reformas indispensables en los trabajos que forman el cuerpo del volumen, motivadas por hechos posteriores a lo que con anterioridad se había escrito o comentado.

*La actualidad de este momento será
después Historia*

Para ponerme a buen recaudo de gentes eruditas, agregaré que estas páginas sólo deben tomarse como una sencilla explicación —o acopio de explicaciones—, con frases enteras que una y otra vez voy repitiendo, en este o en aquel trabajo, sin quitarles punto ni agregarles coma.

Son frases de un mismo tema, torturantes como una obsesión; y que vienen a ser, de tanto imprimirlas y de tanto proclamarlas, un *motivo central*, un eje forjado en veinticinco años de lucha.

¡Un eje —mitad optimismo y mitad protesta—, en torno del cual giran la tragedia y la resurrección de Centroamérica!

Sirva esto de excusa a los que pudieran encontrar grave defecto en cúmulo tan grande de repeticiones, para las cuales aprovecho además fragmentos de libros anteriores.

Pero sirva también de respuesta el afirmar que yo escribo, y repito, y vuelvo a repetir, lo que otros callan para no comprometerse ni tropezar

con obstáculos, en el fácil camino de servir al poderoso y no parar mientes en el desvalido.

¡Cuánto diéramos todos por que en nuestra América española se obsesionasen con problemas de esta índole, sin apego a sus personales intereses, ciertos políticos, pensadores, diplomáticos y estadistas, quienes por complicidad u omisión tanto perjuicio han hecho a veinte pueblos, con ciento sesenta millones de habitantes!

* * *

Mas como todavía no quedo satisfecho de lo que voy diciendo, será preciso afirmar que me decido a imprimir estos apuntes, principalmente, por lo que tienen de actualidad; pero a sabiendas de que la actualidad de este momento será después Historia, de modo que en el transcurso de los años, cuando haya pasado la crisis actual que sufre el hombre, se sepa el por qué de los acontecimientos centroamericanos de 1944, e incluso de los que puedan acaecer en los años difíciles que tendrá que sufrir la humanidad en la postguerra.

Me falta tiempo y no hay sobra de espacio en lo que va y viene del prólogo, para seguir con minucias ni con disquisiciones. Pero como debo adelantarme a los impugnadores *en potencia*, que por ahí andan sueltos, soy el primero en reconocer que este libro sale sin duda descuadernado.

Descuadernado en su acepción castiza, aunque hecho con lógica en medio del absurdo y del confuisionismo en que, de varios años a la fecha, se mueven los de arriba y los de abajo, los derechistas y los de izquierda, así como aquéllos que siempre

buscan el abrigo o el acomodo de lo que suelen llamar centrismo.

Permítaseme reiterar de nuevo que así, descuadernado, doy el presente volumen a la estampa, aun cuando puedan maltratarlo o malcalificarlo los que en ello quieran solazarse: bien por encontrarlo incompleto; o con muchos apartes de punto y coma, para desazón de gramáticos y estilistas; o por algunas otras causas que siempre tienen a su haber insignes intelectuales de muy alto y merecido predicamento; o, en fin, por la falta de razón de quienes nunca la tuvieron y en todo instante la proclaman, precisamente por carecer de ella.

Insisto en aclarar, de todos modos, que la urgencia es lo que me obliga a que esto se imprima y circule sin demora, pero no tan atropelladamente que pueda caer en errores de interpretación o de concepto.

* * *

Nuevo motivo, además, pareciera urgirme o casi flagelarme para incluir en este tomo, con prisa tan grande que bien podría tomarse como apremio, lo que ya estaba pensado y a medio "estilizar" para otros libros.

He aquí el motivo esencial. ¡No sabe uno lo que pueda sobrevenir, ni hasta dónde alcancen la salud, el ánimo y la vida, para darles fin a estudios y semblanzas apenas esbozados!

Y tampoco hay manera de saber, en estos días de turbulencia y de transformaciones radicales, si tendrá resignación el hombre de letras para se-

guir con la pluma en la mano y con las cuartillas sobre el escritorio, cuando tal vez sea indispensable dejar discursos y ensayos para convertir en acción el pensamiento.

* * *

Después de tanto confesar en este proemio, quisiera entrarme de lleno y de una sola vez en lo del movimiento antidespótico de la América Central, incluyendo el gran paso adelante de Guatemala en su lucha democrática, y el paso atrás que ha venido a producir la reacción militar salvadoreña, casi simultáneo de la victoria popular guatemalteca en este año 1944.

Mas lo que a eso se refiere cabe mejor en el epílogo. En dichas páginas finales podrá advertirse que no han de ser las mujeres y los varones de Cuscatlán, con su heroísmo legendario, quienes permitan la permanencia en el poder del nuevo machetoide que les ha caído encima.

Oportuno me parece agregar aquí, sin embargo, lo que insistentemente hago ver en numerosas páginas de estos varios trabajos: la urgencia de que los gobiernos *democráticos* de América, ayuden efectivamente a defender la *democracia*.

En el caso concreto de El Salvador, hay un régimen en el exilio, consagrado como legítimo por la Corte Suprema de aquel país. Reconocerlo sin tardanza sería debilitar a los cuartelarios de la usurpación de octubre, evitando al mismo tiempo nuevos derramamientos de sangre en esa pequeña república centroamericana.

Pero si ni siquiera en esa forma se les ayuda

a los salvadoreños, ya los veremos aprovechar este retroceso transitorio, esta provocación de un pequeño grupo de espuelas y de tizonas, como trampolín para dar su gran salto definitivo hacia el futuro, sin nuevas contemplaciones para los que confunden la generosidad y la nobleza con falta de decisión para oponerse a la barbarie.

La situación de España y de otras latitudes

Entretanto, porque lo internacional está sin remedio estrechamente vinculado a lo que ocurre en nuestros países; y porque, además, no hemos de aparecer los centroamericanos ante el extranjero como ingenuos, o como tontos de capirote, aprovecho el intermedio para esbozar problemas de otras latitudes, que a todos por parejo nos conciernen.

Se entrelazan las luchas democráticas de Centroamérica con lo que sucede al mismo tiempo en países de edad, saber, experiencia, territorio y población mucho mayores.

En Francia, por ejemplo, en Italia, en Bélgica y también en la sacrificada España. A los hispanoamericanos nos interesa, sobre todo, el abandono y el dolor de España.

¡Qué gran pueblo el español, pero qué fuerte respaldo le dan al pequeñín Generalísimo las desunidas izquierdas republicanas —o no republicanas—, de aquella gran península!

No las izquierdas que allí dentro están luchando contra moros y falangistas sino, por supuesto, las que afuera intrigan, se dispersan y forman

gobiernos en sus bulliciosas tertulias de fondas y cafés.

¡Cómo duele comprobar que esa desunión; que el odiarse y combatirse unos a los otros en el extranjero; que el no contar España —la España de esta crisis— con hombres a la altura de Bolívar o de Mina, de Riego, Juárez, Martí; que la división y subdivisión de sus políticos, con muy pocas excepciones, sea precisamente lo que sostiene a Franco en su sitial!

¡Cómo duele, por otra parte, que de ello se valgan Washington y Londres —¡acaso también el General de Gaulle!— para mantener inmejorables relaciones diplomáticas con el aliado de Hitler y de Mussolini; con el cómplice de todo lo que implica retraso, fanatismo, medioevo, explotación, miseria humana, dictadura atroz, discernimiento cavernario!

“Este militar Francisco Franco —ha escrito hace pocos días el “New Statesmen and Nation” de Londres, noviembre 10—; este militar, un Torquemada discípulo de Himmler, es la reencarnación de todo lo más sombrío de la Historia española, resucitado en este mundo contemporáneo con la técnica moderna que aprendió de los nazis y de los fascistas”.

* * *

Lo que ahora escriben los ingleses, aunque mirando siempre a la derecha, porque hasta los laboristas de la Gran Bretaña suelen ser conservadores, de sobra lo sabíamos en Hispanoamérica

los que sentimos en nuestra propia carne la gran tragedia española.

Bien sabíamos todo eso y mucho más. Verbigracia, que el Torquemada redivivo, con la técnica moderna de Hitler y de Mussolini, no hizo otra cosa que destripar católicos, con aeroplanos y pilotos extranjeros.

¡Mas he aquí que hoy como ayer —y acaso también como mañana, si no dan cuenta de él los verdaderos españoles—, patrocina Franco la idea de un *bloque de catolicidad*, para enfrentarlo a “exóticas influencias”!

¡Y hoy como ayer lo bendice el Vaticano, mientras le prestan su mejor ayuda y lo apaciguan *los protestantes*, generalmente avisados y avispados de las dos grandes potencias democráticas anglosajonas!

¿Qué puede hacerse en situación de tal manera dramática? ¿Qué puede hacerse?

Ya vemos, los que llevamos en nuestro espíritu la eternidad de la cultura hispánica; y lo vemos y lo sentimos con profunda pena, que los intelectuales, los guías, los políticos de aquella gran nación, siguen entretanto discutiendo; olvidando la urgencia de cohesionarse todos en el destierro; nombrando gabinetes y convocando a Cortes; hablando de supuestos legalismos en plena época de *hechos consumados* y de sangrientas batallas, en las que no hay más remedio que exponer la vida.

Ya vemos, en resumen, que así se fortalece, cada vez más, el espadón que desde 1936 —¡cómo pasa el tiempo!!—, traicionó a su patria con el sacrificio horripilante de un millón de “comu-

nistas", casi todos ellos firmemente unidos a la fe católica.

* * *

Al escribir estas cosas tristes sobre España, tengo ante los ojos una correspondencia de la "Associated Press", fechada en Londres el 30 de septiembre último, que si mal no lo recuerdo es fecha aniversaria, como quien dice, del Pacto de Munich.

En ese mensaje asegura Mr. Churchill, Primer Ministro de la Gran Bretaña, que "la guerra pudo haberse evitado fácilmente si la Liga de las Naciones se hubiera decidido a defender, con valor y entereza, a los países asociados".

Agrega Mr. Churchill que en 1935 y en 1936 "todavía hubo oportunidad de detener a Alemania, y a ese fin nosotros los ingleses hicimos todo lo que era posible hacer".

Comenta entonces "España Libre", desde Nueva York: "Parece que el Primer Ministro británico anda un poco desmemoriado. De otro modo no se explica que pueda decir las cosas que afirma, primero de Franco, y ahora del Gobierno inglés. Porque estas declaraciones merecían, si fuera posible, levantar a todos los muertos de España, formar con ellos una macabra manifestación, y encargarles que no dejen dormir tranquilo a Mr. Churchill.

"Si la Liga de las Naciones debió haber hecho eso para evitar la guerra, ¿por qué no lo hizo? No lo hizo porque se oponía Mr. Chamberlain, más inclinado al nazismo y al fascismo que a la

democracia. Y no lo hicieron los demás países asociados, porque Inglaterra no lo permitía.

“En esta preferencia de Mr. Chamberlain por Hitler y por Mussolini, naufragó la paz del mundo. Los delegados españoles demostraron con pruebas irrefutables en Ginebra, con documentos y fotografías, la conspiración de Roma y de Berlín para destruir a la República y apoderarse de España como país estratégico.

“No se les prestó atención. Rusia levantó su voz —como lo estaba haciendo México— y tuvo que salir de la Sociedad de las Naciones. Italia y Alemania estaban fuera de ella, libres de compromisos *pacifistas*. Y a España, miembro de la Liga, se le respondió con el *Comité de No Intervención*, primero, y con el *Pacto de Munich*, después.

“Asegura sin embargo Mr. Churchill: “Nosotros hicimos lo que pudimos”. No. Inglaterra procedió como quiso, que es asunto diferente. Dejó pasar para España armas, municiones, víveres, ejércitos, aviones de Italia y de Alemania, para matar a los españoles, para asesinar a los niños de España, para destrozar la soberanía de un país asociado a la Liga de las Naciones, y detuvo al mismo tiempo todo el material de guerra que la República, con grandes sacrificios, había comprado para defenderse.

“En vez de pensar, comunismo o nazismo, Inglaterra debió haber pensado: nazismo o democracia, independencia o esclavitud, derecho o violación, paz o guerra. Y haber escogido lo que correspondía a su vieja tradición democrática. No lo hizo, y estalló la guerra. ¡Esta espantosa guerra que padece desde 1939 un mundo sin concien-

cia, que no quiso ver el crimen cometido contra España!

“Pero hay más todavía. En estos instantes en que se lucha contra el nazismo criminal y sanguinario, Mr. Churchill —siguiendo al parecer la tradición política de su antecesor— defiende a Franco, instrumento político del enemigo, y es Inglaterra la potencia más empeñada en sostener y respaldar a un régimen totalitario, impuesto en España, a sangre y fuego, por el nazifascismo.

“¡Y agrega como remate Mr. Churchill —quien ofrece todos los días fórmulas de paz y de libertad a los pueblos del planeta—, que *ésta no es una guerra ideológica*, como si no estuviesen en pugna dos sistemas: el nazismo de los bárbaros y la democracia de los que luchan por una humanidad mejor!”

*Hitler y sus lugartenientes al patíbulo, pero
hay otros que también merecen pena*

¿A dónde vamos a parar? Esa es la pregunta que se hace “España Libre”, en el último párrafo de su editorial.

Y esa es la pregunta que se hacen, de igual manera, los que no tengan perdido el entendimiento o atrofiada la moral; los que sean capaces de mantener un equilibrio sereno entre las ansias más puras de justicia y ciertos deseos innobles de venganza, sobre todo entre culpables que a nadie tienen derecho de lanzarle piedras.

Se me ocurren estas cosas, porque también tengo ante la vista, originarios siempre de Londres,

otros mensajes de los primeros días de octubre, cuyos encabezamientos periodísticos expresan más o menos lo que sigue:

“Que Hitler caiga en forma sumaria”... “Se propone que el juicio del jefe nazi sea un escarmiento de criminales: de los grandes criminales de la guerra”... “Tras del Fuehrer irán al patíbulo Goering, Goebbles y Himmler, según declaró Churchill en medio de aplausos atronadores en la Cámara de los Comunes”.

Muy bien está lo que al respecto se propone Mr. Churchill, pues incluso mentes apacibles, hombres insospechables de crueldad, como Mauricio Maeterlinck, el germano Emil Ludwig, Horacio Mann y otros selectos escritores, novelistas o poetas de su talla, opinan que a ninguno de estos Atilas de la época contemporánea debe perdonárseles la sangre derramada. ¿Por qué? Y contestan:

“Doce millones de seres humanos pesan sobre las espaldas de estos miserables agresores de la humanidad. La horca, el cortarles con hacha la cabeza, el hacerlos pedazos o quemarlos vivos, sería pequeña tortura para sus enormes crímenes”.

Pero sólo una vida tienen, y es lo único entonces que se les podría cobrar, para que haya otra vez noción de justicia en este mundo, de tal manera contradictorio y tolerante cuando se trata de los poderosos y no de los pequeños.

¡Que se les aplique la sentencia, sí, “en forma sumaria” como quiere Mr. Churchill, y tan rápidamente como sea posible, antes de que a los apaciguadores y a otros que no lo son les vaya entrando la piedad para el vencido!

* * *

En una sentencia de tal manera drástica pero indispensable, está de acuerdo, sin temor de caer en equivocación, el 95 por ciento de la humanidad civilizada.

Pero ¿qué pensará la humanidad civilizada de los demás culpables de esta guerra; de los que fortalecieron a Hitler y a Mussolini; de los que facilitaron armas y dinero al Frankenstein totalitario; de los que dieron al Japón todo su apoyo para que fuera el *guardián de la paz y del orden* en el lejano oriente?

¿Qué pensará la humanidad civilizada, y qué sentirán los millones de víctimas de esta hecatombe, las madres, las viudas y los huérfanos, frente a estos mismos lores y comunes que se rompen las manos aplaudiendo el anuncio de la ejecución de Hitler y de su pandilla, cuando ayer ovacionaban también a Chamberlain al regresar de Munich?

¿Qué pensarán y qué sentirán los hombres honrados y sinceros que todavía puedan quedar en el planeta, frente a los jefes fascistas italianos que siguen gobernando; y frente al ya citado Quisling español, que la dualista democracia anglosajona sostiene en el poder; y frente a Daladier, Bonnet o Halifax, consejero este último de Chamberlain y actual Embajador de la City londinense en Washington; y frente a tantos otros *demócratas barnizados*, que siguen recibiendo el título y el sueldo de *Excelencias*, cuajado además el pecho de medallas y de cruces?

Lo menos que podría esperarse es que a seme-

jantes cómplices de esta gran tragedia, se les condene a trabajos forzados para que alguna vez trabajen; se cuelgue, con auxilios espirituales, a los que deban ser colgados; y se les separe a los demás de toda posición o dignidad, en pugna con lo que han hecho o han permitido que se hiciera, para su mejor y más suculento beneficio.

Peluca, medias largas y pantalones cortos

Empiezo a creer que mi buena estrella —por lo que no pueda decir más adelante— me pone en el trance de seguir hablando sobre asuntos tan espinosos como los de Europa.

Así me lo imagino, porque apenas escritas las frases anteriores, precisamente en el ya citado número 6 de “Cuadernos Americanos”, me doy de manos a boca con una *antología contemporánea* que su autor —Román I. Duque— encabeza con este sugestivo nombre: “El Paraíso Prometido o Los Bienhechores del Mal”.

Personajes: Polichinela. Hitler. Mussolini. Churchill. Franco. El Papa. El Partido Conservador inglés. Otros personajes y el tramoyista.

En la citada antología, con las fechas y fuentes del caso, opinan ilustres personajes europeos, todos de fama mundial y con el membrete de *grandes estadistas*. El autor lo hace constar de esa manera sin ningún reparo, dándole mayor fuerza a sus palabras con muy interesantes e históricas fotografías.

En ellas aparece, por ejemplo, Mr. Chamberlain, ufanándose a su regreso de Munich de “ha-

ber conquistado la paz para nuestra generación”, con el apoyo de Mussolini, con la colaboración de Hitler y mediante la entrega de Checoslovaquia, fortaleciendo así a los totalitarios para consumir el sacrificio de la República Española.

En la composición fotográfica no se ve por ninguna parte el famoso paraguas del “héroe máximo de la Gran Bretaña”, título que se le dio a Chamberlain en 1938; pero aparecen por ahí varios lores con peluca, medias largas y pantalones cortos, en la grata compañía de Lord Halifax, a quien se le arremete, por supuesto, con lo de “gran estadista”.

En el reverso hay otro fotograbado, sin duda emocionante. Se llama “Desfile de la Victoria”. En el cuadro dan testimonio de catolicidad las tropas italianas, “ganseando” ante el General Franco y su guardia de moros o hijos del Profeta, mientras vuelan por los cielos de la capital de España, celebrando el triunfo, los aeroplanos del Fuehrer y del Duce.

Más adelante, entre las páginas 28 y 29, nos encontramos con una gráfica de Berlín, en la que el amo y señor de los teutones habla a sus tropas cuando regresan de la Península española, ebrias de gloria y germanismo. (6-VI-39).

De allí damos un salto a Roma y también, gráficamente, vemos a Su Santidad Pío XII, dando la bendición a la multitud desde su alta silla gestatoria, rodeado de unos señores muy uniformados y tan pintorescos, que parecen cosa de opereta. (III-39).

Y debajo del Papa —mismo folio— surgen Su Majestad Víctor Manuel —“Rey de Italia y

Emperador de Abisinia"—, y la entonces arrogante figura de don Benito Mussolini, revistando los dos a sus *heroicos soldados* o mandolineros, agasajados en cuerpo y alma por sus descomunales batallas, ha de suponerse que en Guadalajara o en el Ebro. (VI-39).

Como si tantas comprobaciones del talento luminoso de algunos estadistas europeos no fuesen todavía bastantes, el autor de "Los Bienhechores del Mal" nos ofrece frases tan acoquinadoras, pensamientos tan profundos de ilustres personajes del viejo continente, que no tiene uno más remedio que sentirse enano frente a la gran visión y a la sabiduría de los amos del poder, de la religión, de la fuerza, de la política internacional y de otras ciencias o anticiencias de aquel mundo avanzadísimo.

* * *

Perdónenme los lectores que en un libro sobre Centroamérica, sobre el momento actual de nuestros pueblos y sobre hechos salientes de su Historia, me extienda yo en estas graves eminencias y sucesos —todavía más graves— de la vieja Europa. Mas ya se dijo antes que la interdependencia es ahora condición insalvable de todos los países y de todos los seres —humanos o antihumanos— que habitan el planeta.

Por otra parte —y he sostenido esta tesis desde hace muchos años—, es indispensable que los hombres de Hispanoamérica olvidemos definitivamente nuestro inadmisibile *complejo de inferioridad*.

Para irnos quitando ese complejo, no resisto a la tentación de reproducir algunas de las frases a que he venido refiriéndome, las que nunca habrían suscrito con su firma varones como los que brillan y son dignos de admiración en nuestro hemisferio, por su amor a la justicia y por su rectitud, a pesar de las faunas de militaroides y de politicoides que tanto nos han desprestigiado.

Frases que se saborean y vuelven a leerse

Decía, por ejemplo, el tantas veces mencionado Mr. Churchill: "Si las clases conservadoras de Inglaterra apoyan a Chamberlain, es porque suponen la simpatía del Presidente hacia Franco". Con anterioridad se le salieron ocho palabras como éstas: "Si yo fuese italiano vestiría la camisa negra". (I-1927.)

Lord Duff Cooper, otro británico: "Todo lo que se ventila hoy en España no vale la vida de un marinero inglés". (22-VII-1938.)

Su Santidad Pío XI: "Mussolini es el hombre enviado por la Providencia". (20-XII-1926.)

Su Santidad Pío XII, dirigiéndose a tres mil soldados franquistas que lo visitaron: "Habéis combatido por el triunfo de los ideales cristianos". (11-VI-1939.) Dos meses antes había expresado:

"Dios ha querido la paz y la victoria para la católica España. Con inmenso gozo nos dirigimos a vosotros, hijos queridísimos, para expresaros nuestra paterna congratulación. En prenda de las copiosas gracias que os obtendrán la Virgen Inmaculada y el Apóstol Santiago, patronos de Es-

pañía, hacemos descender sobre vosotros, sobre el Jefe del Estado y su Ilustre Gobierno, sobre el celante Episcopado y su abnegado clero, sobre los heroicos combatientes y sobre todos los fieles, nuestra bendición apostólica". (Fragmento del mensaje papal a los españoles falangistas, en abril de 1939.)

Poco después agregó el mismo Papa, demostrando así su maravillosa visión de estadista y la *infalibilidad* de sus afirmaciones:

"Otros pueblos pasan por la guerra o están amenazados de verse envueltos en ella. Italia en cambio, siempre alerta y fuerte bajo la mano augusta del Rey Emperador de Etiopía, y la previosora dirección de sus gobernantes (alias el Duce Mussolini), permanece pacífica en su vida civil, en la concordia de los espíritus y en los solemnes cultos de la religión católica". (21-XII-1939.)

Generalísimo Franco, de tanta visión profética como Su Santidad: "El Eje es ahora triángulo, pues comprende a Alemania, Italia y España. Se ha planteado la guerra y los aliados la han perdido. Se confió la resolución a la fuerza de las armas y les ha sido completamente adversa.

"En estos momentos los ejércitos alemanes dirigen la batalla que Europa y el cristianismo, desde hace tantos años, anhelaban. La sangre de nuestra juventud va a unirse a nuestros camaradas del Eje, como expresión viva de solidaridad. La democracia y el liberalismo son expresiones trasnochadas en esta época. El triunfo del nazismo y de nuestra Falange, es algo evidente para todos". (17-VII-1941.)

Y agregó el galleguín al cabo de diecisiete meses: "Mantenemos nuestra política tradicional, o sea nuestra adhesión a los pueblos que compartieron nuestras angustias. Si algún día Berlín estuviese en peligro, España enviará un millón de hombres para defenderlo, de modo que se lleve a cabo la fórmula patriótica y espiritual que España, y cualquiera otro de los pueblos fascistas, ofrecen al mundo". (7-XII-1942.)

¡Ahora, Franco, Franco, Franco, *Berlín está en peligro!*

¡¡Ha llegado el momento preciso de enviar ese millón de hombres para defenderlo!!

Nuevas frases acoquinadoras

Resultaría más largo el prólogo que el cuerpo del volumen, si continuase yo adentrándome en la superior inteligencia, siempre iluminada, de los cavernarios europeos. De lo único que fallan es de la memoria, pues hoy olvidan lo que ayer hicieron o dijeron.

Pero tratándose de bocados tan apetitosos, ¿cómo no reproducir también estas otras frases del susodicho Franco? ¿Cómo no reimprimir cosas tan *estupefactientes* —o para los gramáticos, tan *estupefactivas*— en relación con la defensa del catolicismo?

Dice así el discípulo del Mariscal Pétain: "Yo deseo que meditéis en estas palabras: España y el Islam —es decir, católicos y mahometanos— han sido siempre los pueblos que mejor se comprendieron". (4-IV-1937.)

Y esta más: "Soldados de la Roma Imperial: sois los hermanos preferidos, porque combatís con nosotros en la santa cruzada contra el comunismo y las democracias". (Vitoria, XI-1937.)

Transcurrido un año, contestaba a tan claros pensamientos el general fascista Ambrosio Barlati: "Ya es hora de que el mundo se entere de que la campaña española es una prolongación de la campaña de Abisinia. Necesitamos imponer nuestra influencia en España, porque de lo contrario nunca lograremos que el Mediterráneo se convierta en el "lago italiano" de que habló Mussolini. Por eso ayudamos a Franco". (Roma, XI-1938.)

Y a tantas razones o sinrazones, tomando en cuenta que los británicos son, por lo común, extraordinariamente lentos en la digestión de ideas o de su peculiar "roast beef", después de otro año prolongadísimo, en 1939, repuso en esta forma a hechos y a palabras, el nunca bien ponderado Lord Halifax: "He seguido con recatada simpatía las hazañas del caballero cristiano, General Francisco Franco".

* * *

Pongo fin a esto tan alegre, gozoso o supercivilizado, porque sería interminable la exhibición de los grandes estadistas que en los últimos años han dirigido el timón del viejo mundo.

Paso por alto expresiones bárbaras de Goering, gritando que al Reich no le importa la justicia, "sino aniquilar y exterminar".

Y de Junger cuando afirma: "La única per-

fección, realmente civilizada, consiste en el arte de manejar explosivos”.

Y del Mariscal Pétain, allí donde asegura: “La espada de Franco es la más limpia del mundo”.

Y las de segundones como el arrepentido Lequerica, Goicoechea o el pseudo filósofo Pemarkín, quien llega al extremo de afirmar que el fascismo, “siendo como es una concepción religiosa, será en España la *religión de la Religión*; y que es España el único país europeo donde cabe esa doctrina en su sentido absoluto”.

A estas luminarias, cuyos destellos se pierden en la obscuridad de la falta de raciocinio, porque es regla sabida que los extremos se tocan; y a otros como el Conde de Yeltes, quien proclama la urgencia de “exterminar una tercera parte de la población masculina española, para deshacerse del proletariado”; a superbrutos de este jaez, o de sentimientos de tal manera perversos o atrofiados, no vale en realidad la pena traerlos a este cuento sino como hatos de gentes de mal vivir.

Pero en cambio sí me parece oportuno, para orientación de los católicos sinceros, agregar, en síntesis, la opinión de unos cuantos tetrarcas de la Iglesia, a saber:

Cardenal Mundelein: “Mussolini es un gran hombre; es el hombre del día”.

Cardenal Gomá, Primado de España: “La *lucha nacionalista* de Franco es, en realidad, una cruzada. Germinará en catolicismo la semilla que se arroje a través de nuestros campos, en el surco que han abierto con su espada los ejércitos de la fe. Cristo y el Anticristo se dan la batalla en nuestro suelo”.

Cardenal Merry del Val, Legado Pontificio: "Mussolini, visiblemente, cuenta con la protección de Dios".

Monseñor Díaz de Gomara, Obispo de Cartagena: "¡Benditos sean los cañones, si en las brechas que abren florece el Evangelio!"

Hans Kerrl, Ministro de Asuntos Eclesiásticos del Reich: "Asistimos hoy a igual espectáculo que cuando Cristo formó, con sus doce discípulos, un haz fiel hasta la muerte por el martirio, y cuya fe estremeció al Imperio Romano. Adolfo Hitler es el verdadero Espíritu Santo".

Cardenal Innitzer, Primado de Austria: "Hoy los católicos de la diócesis de Viena son invitados a elevar gracias a Dios Nuestro Señor, por los grandes cambios políticos que se han desarrollado en Austria. Todas las órdenes de las autoridades alemanas deben acatarse voluntariamente y del mejor grado. Los católicos deben acordarse de la palabra de Cristo, cuando dijo que hay que dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. Todos los sacerdotes y los fieles, por consiguiente, deben sostener sin reservas al Gran Estado alemán y a su Fuehrer, quien responde a las miras de la Providencia". (Nota entregada a la salida de su visita a Hitler, el 17-III-1938.)

Mas he aquí que éstos son problemas o baldones de Europa y no de América, por lo cual prefiere no seguirlos comentando, horriblemente deslumbrado por tanta inteligencia, un hombre nacido en región tan ignorada del mundo como es el Istmo centroamericano.

Actuación, entretanto, del hemisferio occidental

Dejo entonces lo de Europa en relación con España, el falangismo, el nazismo, el fascismo y demás terminaciones de lo que hoy se llama "ideologías", para observar la actuación del continente americano, sobre los mismos tópicos.

O, por lo menos, como esto se alarga extraordinariamente, sobre la actitud oficial de algunos monseñores y políticos hemisféricos tocante a España, puesto que allí está el foco de infección para la América Española.

Abro entonces otra vez el número 6 de los "Cuadernos Americanos", y tropiezan mis ojos, de primera entrada, con santos varones eclesiásticos que en Estados Unidos, haciendo llegar sus consignas traducidas a la parte sur del continente, han escrito y predicado cosas como éstas:

Cardenal O'Connell, de Boston: "Mussolini es el hombre de los milagros. Es un genio en el campo de la ciencia política, que Dios le ha dado a Italia, con objeto de ayudarle a continuar su rápido ascenso hacia el destino más glorioso." (Il Carroccio, XXXIV.)

Padre Low, del Boston College: "La mejor manera de proteger y conservar la democracia no es arruinar a Hitler, sino exterminar el materialismo y el socialismo aquí en nuestro propio país".

Monseñor Fulton F. Sheen, muy conocido en México, por haber pedido que se armara de nuevo la revolución, pero no en provecho de los mexicanos sino de los banqueros de Wall Street: "Las naciones que se dicen amigas de Rusia —en otros

términos, las Naciones Unidas—, no pueden decir que están luchando por el reino de Dios”.

¡Habría que contestarle a este mitrado, enemigo de los *pueblos católicos hispanoamericanos*; hermano gemelo, además —como ya tuve oportunidad de escribirlo en anterior volumen—, del Arzobispo de Nueva York, Su Reverencia Francis J. Spellman; habría que contestarles a estos dos monseñores filofascistas que Hitler, Mussolini, Franco y el Mikado serán a su entender, no cabe duda, los que ahora “están luchando por el reino de Dios” y por el triunfo del catolicismo sobre la redondez de la tierra!

* * *

Pero temo se me acuse de jacobino, como ya se ha hecho, por cavar en la podredumbre de ciertos hijos de parroquias y de catedrales, a pesar de la admiración y del entusiasmo que siempre he demostrado por los verdaderos representantes de Cristo, quienes no se dejan llevar por odios, ni por codicias, ni por pasiones malsanas.

Voy entonces a los políticos, a los “grandes cerebros”, a las testas coronadas de nuestra solidaridad continental o hemisférica.

Y aquí también parece que anda el mundo de cabeza. ¡Magníficas relaciones diplomáticas con Hitler y con Mussolini, durante largos años; prohibición de atacarles en algunas de nuestras repúblicas; persecución, tortura y encarcelamiento a los que osaran criticar las agresiones del Eje totalitario en Europa, en Asia o en el Africa!

Respecto de la República Española, con la úni-

ca, notable y ejemplar excepción de México, ningún gobierno de América ha decidido ponerle cordón sanitario al régimen de Franco, no obstante ser el falangismo lo que es y representa entre nosotros.

¡Todavía hoy, todavía en noviembre de 1944, cultivan sus mejores relaciones con la satrapía española, *diecinueve repúblicas latinoamericanas!*

Acaso obedezca el fenómeno —fenómeno de mal entendida solidaridad— al hecho de que Washington haya sido aliado de Franco y su Falange, no obstante las ideas antitotalitarias del Presidente Roosevelt. Mas no seré yo quien haga comentarios acerca de la política norteamericana. Es preferible que sobre problema para él tan conocido tome la palabra Mr. Sumner Welles, ex Subsecretario de Estado del señor Roosevelt.

Constantemente cito al mencionado Mr. Welles en este libro. Y así lo hago sin titubear, de manera calculada, para nosotros aprovechable, por haber sido tan alto ex funcionario colaborador de varias administraciones de su patria, sin excluir a los gobiernos imperialistas de Mr. Coolidge y de Mr. Hoover.

Se le considera como “técnico” en cuestiones interamericanas. Vale decir, en aplicarnos las diversas políticas de la Casa Blanca y de Wall-Street.

¡Tanto la que ha funcionado con el nombre de buena vecindad, como la que en años anteriores se llamaba “diplomacia del dólar”, o como la que en otras fechas sólo entendía de bombardearnos y descargar marinos en nuestras explotadas tierras tropicales!

Por eso, pues, lo cito con insistencia que algu-

nos juzgarán exagerada. Y por eso, en el caso de España que él mismo manejó en su carácter de Subsecretario de Estado, me valgo igualmente de sus juicios centrales al respecto, como aparecen en su libro "The Time for Decision".

Asegura en síntesis el caballero Mr. Welles, que de todas las ciegas políticas de aislamiento norteamericano, la más desastrosa fue la que mantuvo Washington ante el ataque de la República Española por Hitler y por Mussolini.

Hace una relación muy exacta de la forma en que procedieron Italia y Alemania; del abandono que se hizo del régimen legítimo de aquel país; de la actitud de Francia e Inglaterra; del famoso Comité de *No Intervención* de Londres; y de cómo Berlín y Roma "violaron descaradamente su compromiso de no intervenir", no teniendo inconveniente Mr. Welles en calificar a los dos Estados agresores como *potencias delincuentes*.

Explica a continuación que el legítimo Gobierno republicano, "no pudiendo obtener para su propia defensa más que unos pocos abastecimientos militares, hizo pedidos de aeroplanos y municiones a los Estados Unidos".

Y después de estudiar jurídicamente la política tradicional de su patria en situaciones como la de España, termina diciendo:

"El Gobierno de los Estados Unidos se negó a cumplir con sus deberes internacionales respecto del Gobierno de la República española, y enmendó la legislación de neutralidad existente para impedir que aquel Gobierno adquiriera municiones en nuestro país. Durante la administración de Roosevelt no ha habido, a mi juicio, error más ca-

pital que el de la política adoptada durante la guerra de invasión de España”.

Lo de Dumbarton Oaks y las naciones débiles

Y así, de tumbo en tumbo, mientras dan la vida millones de soldados y otros se aprovechan de la gran carnicería, venimos a dar en lo de Dumbarton Oaks, motivo de grandes discusiones durante todo el mes de octubre y en lo que llevamos de noviembre.

Lo de Dumbarton Oaks es el proyecto o anteproyecto a que llegaron *los grandes*, después de una serie de largas y de muy profundas pláticas en varias semanas de encierro, hasta el 6 de octubre próximo pasado.

Tomaron parte en las deliberaciones —ya podrán imaginarlo los lectores— representantes de los Estados Unidos, Rusia, la Gran Bretaña y se supone que de la heroica y abnegada China, de cuyos sufrimientos pareciera no darse cuenta el mundo occidental.

A partir de la fecha en que el citado *Plan* fue dado a conocer, empezaron los comentarios en diversas lenguas, con excepción del idioma castellano. Y convinieron las superpotencias en que a las armas —y a las armas de los cuatro grandes!— se les encomiende la suprema responsabilidad de mantener la paz.

Lo que no se sabe —declaró por ahí cierto personaje al parecer de ingenio— es quién ha hecho esa recomendación en lo que atañe a las repúblicas latinoamericanas.

De todo ello vino a resultar que en las dos primeras semanas de noviembre, en otra asamblea internacional reunida en Chicago, que lo era de aviación civil, se agrupasen por primera vez desde hace muchos años, en un solo bloque, las delegaciones de nuestra siempre dividida Hispanoamérica.

No sólo hubo allí censuras por la exclusión de la comunidad latinoamericana en Dumbarton Oaks, sino que también se criticó al Departamento de Estado por su aparente olvido de las resoluciones tomadas en Panamá, la Habana y Río de Janeiro.

¡Aunque bien es verdad que tampoco hubo previa consulta de cancilleres en el caso de Argentina, *resuelto hasta la fecha* única y exclusivamente por los Estados Unidos, sin tomar en consideración a una veintena de partes contratantes!

* * *

Pero en Chicago hicieron oír su voz Cuba, México y las demás delegaciones del sur del Bravo, exponiendo razones como las siguientes:

“Los hombres de Hispanoamérica hemos estado divididos en diversos asuntos que revestían carácter continental. Hemos tenido nuestras diferencias, grandes o pequeñas, dentro de nuestra familia. Sin embargo, ya nos hemos unido como uno solo, con nuevo valor y nueva resolución, por la necesidad de lograr el reconocimiento de los países pequeños en el mundo del futuro”.

Y como allí se trataba de un proyecto del Im-

perio Británico y de los Estados Unidos, para establecer una autoridad mundial de transportes, declaró entonces el delegado de la patria de Martí que las repúblicas hispanoamericanas se oponían a un plan semejante, "que viola sus derechos soberanos"; pero que cooperarían en la creación de un consejo de navegación aérea, de índole puramente técnica, consultiva y asesora.

Sostuvo México, a su vez, que el Gobierno de este país se reserva el derecho de autorizar, según su *propio criterio*, el establecimiento de servicios de aviación sobre territorio nacional, "expidiendo directamente a los solicitantes los permisos correspondientes".

Todas las demás delegaciones de nuestras repúblicas, en fin, se opusieron a la propuesta anglosajona de crear una Comisión Ejecutiva formada por 15 miembros, elegidos permanentemente y con voto doble para las grandes potencias. Declararon rotundamente que eso constituiría un distinguo contra los países pequeños, "procedimiento contrario a los precedentes internacionales".

Ofrecieron, por último, mancomunadamente, someter otra proposición para crear un Consejo Interno, "en el cual todos los países tengan asiento e igualdad de votos". Y así como lo ofrecieron lo presentaron, siendo aprobado el proyecto hispanamericano en reunión ejecutiva de los subcomités.

* * *

Entretanto, mientras se libraba esta batalla, los funcionarios de Washington y nuestros emba-

jadores o ministros discutían, por medio de un comité coordinador, puntos esenciales de lo planeado en Dumbarton Oaks.

El 9 de noviembre declaró Mr. Stettinius que "el Gobierno de los Estados Unidos ha cambiado discusiones fructuosas con los de Hispanoamérica, cuyos jefes de misión ya le presentaron sus puntos de vista".

De ese modo se considera vencida la dificultad de no haberse hecho la consulta previa interamericana, que parecía iniciar un derrumbe peligroso de la tan traída y tan llevada solidaridad de todo el continente.

¡Cuestión de forma nada más! Porque las conclusiones de Dumbarton Oaks no son en realidad sino el esquema de una nueva Sociedad de las Naciones, aunque reforzada con un Consejo que formarían once países.

De dicho Consejo, según el *Plan*, serían miembros permanentes los ya citados *cuatro grandes* y Francia en su oportunidad, no sin advertir que únicamente los *pequeños* tendrán que someterse al proceso democrático de la elección, para períodos en ningún caso mayores de dos años.

En síntesis, una nueva y reforzada Sociedad de las Naciones, pero con autoridad y elementos militares suficientes para defender la paz e imponerla, aportando todos los miembros de la organización "las fuerzas armadas, las facilidades y el apoyo necesarios para ese fin".

Y algo más, que acaso sí merezca aprobación unánime: los acuerdos y las decisiones del Consejo de la Liga de Ginebra tenían que tomarse por unanimidad. Ahora sólo se requiere el sufragio

de las dos terceras partes de la asamblea, con objeto de evitar los votos de minoría, que impidieron se cumpliera el artículo décimo de la vieja Sociedad.

¡Larga tarea la de echarse sobre los hombros la lectura y el comentario de lo que se está publicando, en estos días, tocante a las conclusiones de Dumbarton Oaks!

Sobre todo cuando no faltan quienes pongan en duda —con una larga sonrisa— la preparación de los países débiles para asumir las mismas funciones que Inglaterra, Estados Unidos o la Unión Soviética, allí donde sea necesario enfrentarse a grandes fuerzas agresoras.

* * *

Baste decir, en todo caso, que ya sería mucho lograr para nuestros pueblos la igualdad de representación, de voz y de voto en aquellos menesteres en que deban usarse —y no por nuestra propia cuenta— aviones, acorazados o submarinos de los cuales corecemos.

Y que *los grandes* cumplan con su deber, y con la Carta del Atlántico, y con los acuerdos que se han venido tomando, de tal modo que el nuevo organismo no se convierta en instrumento de los Estados más poderosos, como ocurrió con la Sociedad primitiva, ahogada por las ambiciones y el predominio de estos o de aquellos grandes de la tierra.

En otras palabras, que predomine un amplio sentido de humanidad y de justicia después de es-

ta hecatombe, con la cooperación de todos los pueblos civilizados.

De lo contrario perderemos la paz, en una o en otra forma, como se perdió a pesar de la primera Sociedad de las Naciones, y como se perdería con esta otra organización en perspectiva, si en ella han de seguir predominando los intereses y el afán imperialista de unas cuantas potencias.

¡Pareciera que dichas potencias se van turnando en lo que tenga que ver con agresiones, pues no debe olvidarse que en el Tratado de Versalles figuraron como víctimas y como defensores de la democracia Italia y el Japón, que después vinieron a formar con Alemania el Eje Roma-Berlín-Tokio.

* * *

Acerca de los países pequeños, concretamente las repúblicas hispanoamericanas, sin acorazados ni bombarderos para enfrentarse a los que quieran perturbar la paz, sería suficiente con ceñirnos al Derecho y defenderlo con decisión y energía.

Así llegará a comprenderse que nuestra América unida, cohesionada en propósitos y en ideales, bien puede clamar por sus derechos, y por los derechos de los pueblos sojuzgados de otras latitudes, como pudo hacerlo México en Ginebra.

¡No es cuestión de tamaño en territorio, ni de más o menos millones de habitantes, para hacerse respetar y pedir que se cumpla lo estipulado en compromisos internacionales!

Es cuestión de inteligencia y sano juicio, pues tanto vale un gran estadista del Ecuador, del Pa-

raguay o de Bolivia, desde el punto de vista mental —cerebro a cerebro, cultura frente a cultura— como el Primer Ministro, por ejemplo, de la Gran Bretaña.

¡Exclúyase desde luego a Chamberlain, quien no tiene punto de comparación ni con el más mediocre o cerrado de nuestros políticos parroquiales hispanoamericanos!

Evitar nuestro pasado de comparsas

Fuerte sin duda es la palabra: pero no hemos sido otra cosa que *comparsas* en lo que va de siglo, sin ánimo para resguardarnos a nosotros mismos, y menos por consiguiente a los extraños.

Esa fue siempre la actitud de Hispanoamérica ante los problemas mundiales, no sólo en la vieja Liga de las Naciones, sino también en las Conferencias Panamericanas, no obstante tratarse como se trataba de problemas relacionados exclusivamente con la parte del planeta en que nos ha tocado nacer y educarnos, más o menos bien o más o menos mal.

Sin embargo, cuando en Versalles se nos aplicó el artículo 21 del *Covenant* de la Liga, dándonos fuerza a determinados acuerdos regionales como la Doctrina de Monroe, fue el representante de un país como Honduras, tan olvidado de Dios y de los hombres de la buena vecindad, el que protestó contra esa cláusula, lo cual demuestra que *los pequeños* pueden por lo menos alzar la voz, que ya es mucho entre *los grandes*, para que sien-

tan el poder de fuerzas superiores al de sus tanques y sus bombarderos.

Argumentaba con razón el delegado hondureño, Dr. don Policarpo Bonilla, que la Doctrina de Monroe no era un acuerdo entre naciones, sino un principio unilateral de los Estados Unidos, sujeto a las más variadas contingencias, según lo interpretasen la Casa Blanca y el Departamento de Estado.

Y aquí viene lo de comparsas. Todas nuestras repúblicas hermanas que allí tenían representación, por indicaciones del Presidente Wilson, y ante el ceño adusto de Clemenceau y la sonrisa enigmática de Lloyd George —teniendo interés Francia e Inglaterra en que los Estados Unidos se concentraran a su “zona de influencia”—; nuestras repúblicas hermanas, pues, lejos de apoyar la proposición de Honduras, fueron las primeras y las más empeñadas en *no disgustar* a las grandes potencias.

Muchos años después, en la famosísima sexta Conferencia Panamericana celebrada en Cuba (enero de 1928), cuando el imperialismo y los cañoneos a Nicaragua se encontraban en su momento más agudo, ahogaron también los delegados de 15 gobiernos hispanoamericanos la voz del salvadoreño J. Gustavo Guerrero, vencidos por nuestro viejo complejo de inferioridad.

¡No querían aquellos ilustres diplomáticos de nuestra lengua *mal impresionar* al Gobierno norteamericano, que allí estaba representado nada menos que por el propio Presidente Coolidge, su Secretario de Estado Kellogg, Charles Evans Hug-

hes, Fletcher, Morrow y algunos otros personajes de peso completo!

¡Tan completo, que era en realidad aplastante aquella delegación, con diferente idioma y su servicio de intérpretes para entender el castellano!

* * *

Es justo recordar que México no estuvo en Versalles, porque su Gobierno no formaba parte de las Naciones Aliadas en la primera guerra mundial; y que en la desastrosa Conferencia de la Habana no le quedaba más remedio que proceder con explicable cautela, pues a la sazón se le acusaba de "comunizar" en especial a Centroamérica, y de oponerse a la injustificada intervención del imperialismo en Nicaragua.

Sin embargo, los delegados mexicanos defendieron decididamente la tesis de no intervención. Vale la pena recordar los nombres de tan ilustres abogados: Fernando González Roa, Julio García, Aquiles Elorduy, Salvador Urbina.

Al transcurrir de varios años, cuando este país fue por fin invitado a ingresar en la Sociedad de las Naciones, vino otra vez a ponerse en claro que no es indispensable ser de los *grandes* para asumir responsabilidades, declararse contra la Doctrina de Monroe y mantener la tesis antitotalitaria.

¡Si todas las repúblicas hispanoamericanas hubiesen apoyado a Honduras y El Salvador en los casos que arriba mencioné, no hubiéramos jugado el papel de segundones!

Y si todas las repúblicas hispanoamericanas hubiesen apoyado a México en los casos de Abisi-

nia, de España, de China, de Austria, de Checoslovaquia y demás países agredidos por el Eje nazifascista, ¡qué gran lección, en defensa de la seguridad colectiva y de los tratados internacionales; qué gran fuerza moral hubiera podido ofrecer a la supercultura Europa nuestra subestimada Hispanoamérica!

*Espíritu cristiano en pugna con el
vaticanismo*

¡Dios me socorra por todo lo que llevo escrito y por lo que aún voy a decir —para terminar— en estos ligeros o pesados apuntes, que así como son proemio pudieran ser epílogo!

Diríjome al Supremo Hacedor porque en el curso de tantas frases y opiniones —ajenas como ya lo dije a creencias religiosas y, desde luego, a las ideas desorbitadas de los jacobinos—, no he tenido más remedio que hablar de ciertos temas y exponerme a lo que venga.

Naturalmente que esos ciertos temas no serán gratos a vaticanistas fanatizados.

Ni a lucradores, internos o internacionales, que sin merced succionan el sudor del prójimo.

Ni a modernistas genios del estridentismo, por lo que diré a continuación.

Ni a otras castas de cúspide o de más abajo, las unas con ropaje aristocrático y las otras con adornado gorro frigio, hogaño convertido en prenda no despreciable para la demagogia.

* * *

¿Vaticanismo? Quiero ser muy claro en este punto, para evitar torcidas interpretaciones, o la difamación y el escándalo que son la delicia, en nuestras parroquias, de la clase social que se podría simbolizar en un hábito de carmelita, en unos bigotes recortados de niño bien, o en un vaporoso traje con mucho escote adelante y todo abierto por detrás.

¿Vaticanismo? Cosa muy distinta de la virtud cristiana. Cosa muy diferente de los Evangelios, y de lo que ansiaba el Hijo del Hombre para los humildes y los desheredados.

Crean los católicos de Hispanoamérica que Jesús Nazareno, de andar otra vez sobre la tierra, no habría consentido los tratos anteriormente relatados de quienes acá lo representan, con la barbarie de Hitler, de Mussolini o del Mikado.

No habría tampoco permitido bendiciones e indulgencias en su nombre por las carnicerías de abisinios en el Africa, o por el millón de católicos que despedazaron en España, con anuencia de Francisco Franco, los aviones teutónicoitalianos.

Y también, no cabe duda, habría visto con muy malos ojos las conferencias de altas autoridades eclesiásticas con representantes de Wall Street y de la City de Londres, para convenir en "métodos anticomunistas de postguerra", aplicables a países católicos, en el sentido de atrasados o semifeudales, como dizque son los nuestros.

Pero ya expliqué que esto nada tiene que ver con creencias religiosas ni con jacobinismos de ninguna especie. Aunque sí, en cambio, con la manera de proteger los *catorce mil millones de dólares* —¡propiedad privada!—, con los cuales ase-

guran haber hecho merced a nuestros católicos pueblos, los muy caritativos "inversionistas" extranjeros.

Tal vez sea necesario entonces insistir, no en la actitud del Arzobispo de Nueva York y amigo de Falange, Monseñor Francis J. Spellman, sino más bien en el respeto y admiración que nos merecen varones religiosos, efectivamente cristianos, cuyo espíritu de humanidad no olvida nuestra América.

¡Ah, Fray Pedro de Gante; Fray Toribio de Paredes o Motolinia; Fray Juan de Palos; Fray Bartolomé de las Casas; el ilustre don Vasco de Quiroga; tantos centenares más de religiosos, precursores todos ellos de aquel maravilloso Fray Servando Teresa de Mier, y del guatemalteco Fray José Antonio de Liendo y Goicoechea, y del cura salvadoreño don José Matías Delgado, y de Hidalgo, y de Morelos, y de Matamoros, y de los muy numerosos sacerdotes que acompañaron en sus luchas por la libertad a los insurgentes del nuevo mundo hispanoamericano!

Buena vecindad versus imperialismo

¿Imperialismo? Cosa muy distinta de la política de buena vecindad del Presidente Roosevelt. Cosa muy diferente de la Carta del Atlántico, y de todo lo que se ha venido ofreciendo y predicando al mundo, acerca de justicia social, libertad efectiva y democracia, en el grado máximo que cada nación pueda obtener.

Por eso en este libro se hace una diferenciación

bien clara, sin lugar a divagaciones, entre la historia del "big stick" en Centroamérica, y la política de buena vecindad que hoy se le ofrece.

¡Se le ofrece, pero sólo a medias se le cumple, ya que allí siguen gobernando y empenzoñando a los vecinos algunos tiranos inmisericordes, franca y públicamente respaldados por los embajadores de la Casa Blanca y por los capataces de la United Fruit!

Lo cual quiere decir que esos diplomáticos no pueden considerarse como voceros de la buena vecindad, sino como representantes genuinos de la vieja actitud sojuzgadora norteamericana, para mengua y humillación de nuestros pueblos.

En palabras más concretas: que Mr. James Bolton Stewart en Managua, y Mr. John Erwin, en Tegucigalpa, no forman parte de los diplomáticos civilizados, como debieran ser las excelencias de esta época de maravilla.

Habría que catalogarlos entre aquellos otros que mascaban chicle, ponían sus pies calzados sobre el escritorio, y se presentaban a la sociedad con traje de dril o en mangas de camisa, creyendo halagar y servir con sus modales y con sus apetitos al bárbaro del otro Roosevelt, quien no tuvo inconveniente en cazar leones, esgrimir el gran garrote y tragarse a Panamá.

* * *

Se sacan aquí estas cosas del olvido o de la "conveniencia", porque no hay razón para seguirnos engañando, ni merecen los pueblos que se les trate de llevar por veredas extraviadas.

Siempre será mejor que se conozca íntegramente la verdad, aunque de buscarla y comprobarla venga uno a convencerse de qué manera abundan entre incultos, cultos y supercultos los cortos de entendimiento, frente a minorías saturadas de corrupción o de malicia.

Basta darse una vuelta por la Historia europea de los últimos años, sobre todo desde que Hitler llegó al poder hasta septiembre de 1939, para que no quepa duda sobre la cortedad de entendimiento, o la corrupción y la malicia que se mencionan en el párrafo anterior.

Mas no sientan extrañeza ni se acoquinen, los que aún mantengan sano el juicio, por encontrarse en un mundo que da la impresión de manicomio.

En cuestiones de política —“alta política” internacional—, ya hemos visto que todo es confusión o desatino: desde el apoyo a Franco, en lugar de repudiarle como a Farrel, hasta el abandono de China y el fortalecer a nuestros dictadores centroamericanos con poderoso equipo, a cuenta de préstamos y arrendamientos, para que se conviertan, de chacales, en cruzados del amor al prójimo y a la democracia.

¡No extrañarse, habrá que repetir, ni acoquinarsé, pues lo mismo sucede en los demás órdenes —o antes bien *desórdenes*— que a partir de la guerra mundial número uno sacuden por parejo al ser humano!

*Arrobamiento, éxtasis o suspensión
del ánimo*

Todo se conoce que anda desquiciado:

Los poetas y la poesía.

La música y quienes la componen o descomponen, con ruidos y estridencias que los "expertos" llaman arte descriptivo.

Los pintores y dibujantes, que no saben ellos mismos lo que pintan o dibujan, por mucho que les presenten y respalden críticos de gran altura, cuyos comentarios dejan boquiabiertos a los pazguatos de frac o de chaqueta.

* * *

En lo que a esto último se refiere, no tiene uno más remedio que caer en arrobamiento, éxtasis o suspensión del ánimo, frente a maravillas tan escalofriantes como algunas de Picasso, para citar solamente el nombre de un maestro, indiscutible sin duda en su primera etapa.

¡Ay de quien ose poner en duda, verbigracia, la genialidad de lo que tituló el celebrado artista "Sueño y Mentira de Franco", que no es sueño sino pesadilla sin nada de coherencia; pero que sí es mentira de pies a cabeza, en lo que creen algunos que tiene de ataque al pequeñín Genera-lísimo!

Si así fuesen todas las diatribas contra ese baldón de la catolicidad y de la raza, aviados estarían los republicanos españoles para dar en tierra con su poder y con sus curvas.

Perdón debo pedir a los que saben de estas cosas, aunque creo que también ellos son un reflejo más o menos borroso de lo que ocurre en el planeta.

¡Tan borroso que sienten compasión por los pobres aprendices que se llamaron El Greco, Velázquez, Zurbarán o Goya, seguidos después por el guipuzcoano Zuloaga y por el poquita cosa de Sorolla!

Pero allá ellos con lo suyo, e igualmente con lo suyo quienes no entienden de torceduras o dobles en el arte.

Por lo que a mí concierne no entro ni salgo en problemas de tal manera difíciles y complicados, precisamente porque son de manicomio.

Pero sí he de confesar que hace seis años, primero en Valencia y después en la capital de Francia, tuve oportunidad de conturbarme frente al "Sueño y Mentira de Franco". Y fue mayor mi pena cuando en lujosa revista valenciana, en la que tuve la honra de colaborar, leí el prólogo que a su obra dedicaba el famosísimo pintor.

¡Ochenta líneas, de cincuenta y cuatro letras cada una, a renglón seguido, sin un punto ni una coma! De todo se hablaba en esa prosa inigualable: desde piojos, chinches, sapos y murciélagos, hasta cetros y coronas.

Exclamaban sin embargo las cenaculistas, con seriedad aterradora, que no habían saboreado en su vida literatura tan selecta ni de tan extraordinaria exquisitez.

¡Cuestión de manicomio, vuelvo a repetirlo! Si es Picasso al dibujo y a la pintura lo mismo que a las letras, sin puntos y sin comas, sin mayúscu-

las, minúsculas, ni verbos o preposiciones en su sitio; y si por eso y no por lo que vale se le pone a gran altura, no queda entonces más salida que abrirle paso quitándose el sombrero, para evitar confusiones o incidentes como el del yelmo de Mambrino.

* * *

Respecto de la música —valgan excepciones gloriosísimas, que no se han dejado arrastrar por la corriente— no es cuestión de explicarla o comentarla, sino de oírla y de salir corriendo.

En cuanto a la poesía, al parecer asunto de “iniciados” y de alambicadores, que dividen al azar los renglones de prosa en renglones de verso, a como caigan y como suene, ¡ya tendría para rato Menéndez y Pelayo si traído a la actual generación de “pura estética”, quisiera preparar un segundo tomo de las mejores cien composiciones en lengua castellana!

Claro que también hay ilustres aedas fuera de este caso: mas no por extravagantes ni por estridentistas, sino por aquello que aún conservan de lo clásico español y de lo clásico hispanoamericano, que es cosa profunda de la entraña popular y del amplio horizonte que al idioma de Cervantes le brinda el nuevo mundo.

En este amplio horizonte cantaron don Andrés Bello, Heredia, nuestro gran Darío, López Velarde, Guillermo Valencia, José Martí, Rafael López, Díaz Mirón, Chocano, Nervo, Lugones, para no citar sino a unos pocos de la constelación del siglo diecinueve y principios del vigésimo.

¡Pobre de mí, que caeré en la excomunión de los retóricos ultramodernos, enfurecidos o apiadados de mi retraso por dar a la estampa semejantes nombres!

*Labor y responsabilidad de nuestra
clase intelectual*

Si así anda el mundo en materia de estadismo, en lo poético, en lo pictórico y en lo musical o estentóreo, no hay manera de evitar entonces que también hayan caído de cabeza ciertos principios que formaban antes, como si dijéramos, una fuerte caparazón protectora de la ética.

Mas no he de hablar aquí de ciertas damas rezadoras de abolengo, que no dejan vivir al prójimo de tanto asomarse a sus rendijas.

Menos aún de don Sebastián, don Filomeno o don Toribio, comerciantes, abarroteros, hambreadores, dueños de lechería, de botica o funeraria.

¡Sus hijas y sus esposas encienden quince velas al santo de su devoción, organizan rosarios y pagan misas de revestidos, por la infinita misericordia de Dios que tan abundantemente protege a la familia!

Entretanto, pálidos y desnutridos, van por la calle los hambreados, sin pan, sin leche, sin abrigo, sin medicinas; sin ataúd, en última instancia, para que en forma decorosa se les pueda llevar después al cementerio.

Pero ya ofrecí no hablar de estos trágicos problemas, que tomarían al psicólogo o al alienista de mayor presteza, muchas páginas y largas horas para poder analizarlos.

Terminaré, entonces, señalando la responsabilidad que lleva encima nuestra clase intelectual. Eso explica, además, que haya cometido yo el atrevimiento de referirme a poetas, músicos, escritores y demás hombres de selección intelectual o artística.

No por molestar a nadie. No por contradecir a Picasso ni a sus admiradores, ya que en otro sentido debe reconocérsele a este forjador de obras geniales, pero también de obras raras, incomprendibles o absurdas, el haberse comportado con lealtad excepcional hacia el pueblo de su patria.

Débase mi actitud, antes bien, a que esta categoría de arte y de literarutra está muy cerca de entrar en los límites de lo *neutral*, no compromete a los autores y deja muy tranquilos en su puesto a los verdugos del género humano.

Y no se quiere que eso ocurra o que siga ocurriendo también en Centroamérica, porque lo menos que se le puede pedir a un intelectual en toda su plenitud, a los creadores y a los artistas, principalmente, es que tengan valor de reflejar lo que vive, lo que anhela, lo que sufre el pueblo de cuya entraña forman parte.

Alguna vez lo dije ya, refiriéndome con explicable angustia a la inactividad de bien conocidos valores de la España republicana en el destierro: "Señalar con la cabeza en alto la tragedia, la heroicidad y el martirio de su patria, subjetivando la objetividad de la hecatombe y ofreciéndola al

mundo, con amplio sentido estético, en escritos que serían luminosos y aleccionadores, en cantos épicos, en cuadros, en himnos, en dibujos, en alegorías”.

* * *

No es otra cosa lo que pedimos en la América Central. “¡Que nuestros intelectuales —como me escribió en plena lucha el ensayista salvadoreño, Adolfo Pérez Menéndez—, hombres sin patria, muy ocupados en los problemas abstractos del arte y de la filosofía, pero indiferentes a los dolores de su país, cumplan al fin con su deber!”

Clasificaba el mismo amigo centroamericano a nuestros escritores en dos grupos bien definidos: “Los intelectuales masculinos y los intelectuales afeminados, estos últimos todavía muy numerosos. Y así Centroamérica se nos ofrece siempre como un problema que no se puede aclarar en la conciencia colectiva, porque lo estorba el criterio de las voces atipladas, el criterio de todas las inteligencias en almoneda”.

Emite después este certero juicio: “La misión de la inteligencia no es otra que la de enfocar, con sinceridad y valentía, los problemas colectivos. Servir al pueblo y no ponerse, en ningún caso, en contra suya, es la tarea que le corresponde al hombre de letras, cuando es escritor másculo y fuerte.

“El escritor pusilánime y afeminado, por el contrario —almas canijas que entre el miedo y el deber se quedan con su miedo, que hacen frases bonitas y bellos madrigales—; el escritor pusilánime y afeminado alquila su pensamiento y

desvirtúa su auténtico papel en la vida, de la misma manera que las mujeres de mal vivir defraudan su misión biológica, comerciando"... y aquí pongo puntos suspensivos y dos o tres etcéteras, para no entrar con mi colega en campos vedados.

Sobre la misión del escritor había proclamado yo mismo en mi revista "Liberación", hace poco más de nueve años —un cuarto de siglo en 1960—:

"Es indispensable que nos demos cuenta exacta de la realidad propia y de la realidad mundial, no quedando a la zaga en materia de orientación. Pero esto implica que los intelectuales comprendan claramente cuál es su papel; que se enfilen resueltamente en la causa popular; que entren en acción, tomando el arte, la ciencia y la alta cultura como medio eficaz de lucha en favor de los humildes y de los desheredados.

"Porque sería extraordinario que literatos y artistas persistieran en levantarse de hombros ante el clamor de los oprimidos, que es su propio clamor, periódicamente acallado con mendrugos que caen de lo alto y llegan a engañar su condición precaria, apurada, dolorosa, llena de materiales congojas y llena, igualmente, de hondas y de crueles torturas mentales.

"Adelante deben ir ellos, firmes los pies en la tierra, con ánimo de imprimir nuevos rumbos a un sistema que no pueden seguir tolerando, que no pueden seguir viviendo los pueblos generosos y sufridos de la América Central".

Varios lustros han transcurrido desde entonces. Aquellos países, a fuerza de mucha heroicidad y de mucha sangre, van a la postre abriendo los ojos y derrumbando tiranos.¹

¡No podía Centroamérica quedarse atrás en esta gran crisis de la Historia, cuando la humanidad lucha desesperadamente por ser libre; por conseguir que se respeten sus derechos; por que alguna vez prevalezca en el orbe la justicia!

¿Qué actitud van a tomar los intelectuales de nuestra tierra centroamericana? ¿Hasta dónde están cumpliendo con la obra reivindicadora que son ellos los más obligados a procurar que se realice?

¹ Desgraciadamente, lo que después de 1944 se pudo lograr en el Istmo, fue ahogado antes de un decenio en forma que da pena, lanzándonos a medio siglo de retraso.

¿Responsables del ahogo? Gobiernos pupilos, caverna feudal, militares entreguistas, galones amedrentados, mercaderes del anticomunismo, políticos criollos o mestizos ("natives") en busca de postor.

Y en medio del alboroto, con fondos de la United Fruit o de partidas secretas de Washington, la radio, la televisión, los periodistas nacionales y extranjeros de la "libre empresa", el Intelligence Service, el Pentágono, los Foster Fulles, los Peurifoy y demás defensores de lo que ellos llaman "Civilización Occidental".

Vale decir, partidarios de la guerra fría y del macartismo, que nada tienen que ver con civilización ninguna, ni con la democracia, ni con la justicia, ni con Bolívar, ni con Juárez, ni con Martí; nada, en fin, con la realidad hispanoamericana, sino con las ambiciones y el pugilato de los dos gigantes, tan ajenos a lo efectivamente nuestro.

Pero así anda nuestra América, no en su sitio sino en la cruz, como titularmente se expresa en este libro, pensando además en otros países de la anfictionía.—V. S., 1960.

Pensemos con Rabindranath Tagore que el grito de los corazones y de los cuerpos aplastados es tan doloroso, tan horriblemente trágico, que el arte más puro se estremece y la novela y la filosofía se vuelven carne.

Y asumiendo sin temores nuestra responsabilidad, grave sin duda, estemos de pie con nuestros pueblos, y con todos los pueblos oprimidos de América y del mundo.

México, D. F., noviembre de 1944.

PROLOGO AL LIBRO DE WILLIAM
KREHM, "DEMOCRACIA Y TIRANIAS
EN EL CARIBE"

Unión Democrática Centroamericana,
México, D. F., 1949

*El Cordón Sanitario y las cobras domesticadas
de míster Sumner Welles*

ANTE la histeria, la confusión, el estruendo, los estacazos, la bomba atómica, el Cardenal Spellman, las excomuniones, el Pacto bélico de Río de Janeiro —uncido al del Atlántico Septentrional—, las dictaduras, los congresos internacionales y el comunismo; ante cosas de tal manera escalofrantes como las que han hecho del mundo un manicomio, creo que procedo cuerdamente si doy principio a este prólogo encomendando a Dios el ánimo.

Y aun pienso que debería iniciarlo con la invocación de los predicadores a la Santísima Trinidad, para sacar fuerzas de flaqueza. En esa forma, llegando pacíficamente a los lectores, bendito y persignado, acaso pueda evitar que a palos traten de molerme los píos y los impíos. Los burriciegos, sobre todo, íntimamente ligados con los Generalísimos maravillosos de esta época sin paralelo, porque son cegatos del alma y de la córnea.

Al pensar en semejantes dictadores, y en sus secuaces con pluma o palo en ristre, hablé sin remedio de estacazos, dados o recibidos, porque en esta obra se trata y se retrata en forma merecida

a quienes llamaría Unamuno los bachilleres de mala ley, los barberos, los duques y los canónigos. ¡Personajes pintiparados, que con muchas y muy estudiadas razones, tratan de probar que les corresponde la guardia y custodia del sepulcro de don Quijote!

Lo guardan, para que no resucite. Pero páginas como éstas de William Krehm, agudo escritor de habla inglesa, que ha observado y vivido la tragedia en que se debaten los pueblos de Centroamérica y del Caribe, ayudarán a la resurrección de aquello que los déspotas y sus cohortes juzgan sepultado.

Aparece este libro del notable ex corresponsal de la revista "TIME", en momento propicio: cuando Mr. Paul C. Daniels, amigo y defensor de nuestros más pintorescos *hombres fuertes* tropicales, ha planteado en Washington la crisis que *perturba la paz* en aquella zona de influencia norteamericana. Mas con objeto de no atropellar el orden de mis apuntes, será más adelante que vuelva sobre este tópico del Caribe y Mr. Daniels.

* * *

Empezaré por la portada del propio autor, ampliando lo que me parece realmente constructivo de su obra, o sea la tesis que muchas veces he llamado del "cordón sanitario". Los capítulos siguientes hablan por sí mismos, con pintura tan viva de uno y otro país, que no me parece necesario sobrecargar el ambiente con nuevos paletazos. Bastan, a mi entender, las notas de pie que en distintos pasajes he agregado; y, tal vez,

unos pocos comentarios que sirvan para redondear este libro aleccionador de William Krehm.

En la introducción se disculpa con quien lo acompañe, "por infligirle las calamidades y las fatigas de un viaje a las repúblicas caribes". Viaje necesario, porque al examinar ciertos acontecimientos de Centroamérica, "toda la política del buen vecino aparece como bajo un fluoroscopio". Y deduce después de sus observaciones sobre el terreno:

"En ninguna otra parte la influencia norteamericana es tan absoluta; y, sin embargo, ningún otro lugar de Latinoamérica está tan lleno de dictaduras, que no son sino reliquias de la política del gran garrote. Esta extraña paradoja de un país que gasta miles de millones de dólares para auxiliar la democracia en Europa, da mucho en qué pensar".

Dice a continuación que la política del buen vecino se debe en gran parte a Sumner Welles, a quien le carga la mano por sus nexos con "gentes importantes": caudillos, políticos atrasados y terratenientes poderosos.

"Bajo Sumner Welles —asegura William Krehm—, el Departamento de Estado se lavó las manos en lo que se refiere a la política interna de los países del Caribe, olvidando piadosamente los procedimientos por medio de los cuales habían escalado el poder dictadores como Somoza y Trujillo".

No podía faltar una feliz y alborozante alusión al somnoliento cuerpo diplomático de Hispanoamérica en Washington, descrito, según el autor,

como "*la colección de cobras domesticadas de míster Sumner Welles*".

Arremete además este corresponsal de los buenos, por lo que ve y sabe decir, contra las viejas cabezas del Departamento de Estado:

"La última palabra de su sabiduría era que los pueblos latinoamericanos necesitaban *hombres fuertes*, que los llevaran adelante. Todo lo demás se rechazaba como tontos sentimentalismos... Cuando en 1944 una revolución incendió al Istmo, los inteligentes diplomáticos norteamericanos estaban desprevenidos, desorientados y completamente ignorantes de lo que venía sucediendo. Las jerarquías nativas en que había descansado su política —Ubico, Hernández Martínez, Carías, Somoza— se desmoronaban. Y Washington *descubrió* que era muy impopular en Centroamérica".

* * *

Luego informa que los corresponsales de diarios norteamericanos en esas repúblicas se han puesto —habrá excepciones— al servicio de las dictaduras, a las que invariablemente han ensalzado. Y que cuando "el periodista visitante se pegaba al ojo de la llave y osaba decir lo que había visto por dentro, era entonces acusado de violar la decencia más elemental".

Pero el muy estimado amigo Krehm vio con claridad lo que había por dentro; y primero en "TIME", ahora en este volumen, dice su verdad —de ella nos queda un amargo sabor en la boca—, sin que pueda nadie acusarlo de violar de-

cencia ninguna. Dice su verdad y nos ayuda, más que si insistiéramos en proclamarla nosotros mismos, porque es un escritor de habla inglesa, el vocero de una poderosa empresa editorial norteamericana, sin los funestos odios tropicales que a nosotros nos dividen, quien explica lo que tantas veces algunos hombres del bloque indoespañol del Continente hemos señalado y predicado en vano.

Confiesa el desprestigio de los Estados Unidos en Centroamérica y el Caribe, a pesar de los millones gastados en la propaganda de la buena vecindad, porque allí los movimientos populares han tenido que realizarse contra armas de aquella gran potencia, contra dictadores al servicio de Washington y contra Guardias Nacionales organizadas por técnicos norteamericanos.

En tales condiciones era indispensable buscar una fórmula que no significara apoyo, con armas, dinero y complicidad moral, a los regímenes instalados por la Marina en los días anteriores a Mr. Roosevelt. Esa fue la tesis de Spruille Braden, mientras pudo desempeñar las funciones de Secretario Auxiliar de Estado. Mas sus buenos deseos tenían que fracasar, ante la actuación incomprensible de Mr. George C. Marshall, general y soldado pero no estadista.¹

¡Actuación incomprensible, sobre todo, al empecinarse en suplir con nuevos armamentos a las

¹ Posteriormente enseñó el cobre mister Braden, así por su apellido como por sus intereses en la Braden Copper Company de Chile. Y por ser abogado de Trujillo y accionista, además, de la United Fruit. Así se explica que pidiera la intervención armada de Washington contra las justas aspiraciones de Gua-

repúblicas hispanoamericanas! ¿Para qué? “Para defender la democracia en Europa”. Y comenta nuestro autor que desde entonces pudo preverse el dominio de una casta militar en América Latina, cuyos países “no necesitan tanques sino tractores”.

En tan lógica conclusión, y en la de insospechables juriconsultos, expertos escritores, políticos de altura y estadistas de ambas Américas, es natural que no puedan suscitarse discrepancias. El pensamiento de unos y de otros, en su esencia, lo resume así William Krehm:

“El problema de las dictaduras sólo podrá solucionarse con la acción multilateral de una mayoría de las repúblicas americanas, para restaurar los procedimientos constitucionales donde no es factible otro recurso”.

El ex corresponsal de “TIME” va todavía más lejos, pues propicia el embargo de armas y las represalias económicas, “lo que sería suficiente para llegar a un arreglo con el dictador caribe más feroz”. Y si tal cosa encontrara tropiezos dentro del sistema panamericano, quedaría la alternativa de plantear el problema a las Naciones Unidas. ¡Entonces Washington ejercería rápidamente su influencia para que situaciones como éstas se trataran —buen principio: que se traten de algún modo— “como cuestión hemisférica interna!”

* * *

temala, cristalizadas en la reforma agraria. “Sólo con la intervención —palabras de Braden— evitaremos que armas nucleares destruyan el Canal de Panamá”. V. S., 1954.

No es otro el punto de vista que, desde hace largos años, he venido sosteniendo; y que por ser tesis de Bolívar, aprobada en el Congreso de Panamá de 1826, ha merecido entusiasta aprobación de diversos sectores, entre ellos los dirigentes de *Unión Democrática Centroamericana*.

Aislamiento de dictaduras. Cordón sanitario. ¡Siquiera una medida semejante a la que —sólo a medias por desgracia— le aplicaron a Franco las Naciones Unidas en 1946! Y no alcen las manos al ciclo los defensores de toda clase de ignominias, ni frunzan la nariz como si algo les oliera mal, pretextando que eso es *intervención*.

No. Intervención es respaldar moral y materialmente a los regímenes que triturar el cuerpo y el espíritu de la raza humana, alentándolos con relaciones diplomáticas, con armas y con empréstitos a cambio de concesiones. El aislamiento multilateral, por el contrario, es una forma civilizada de ayudar a los pueblos oprimidos para que se liberen.

No dispongan de aviones, de tanques, de medios económicos, de relaciones internacionales los hombres que ametrallan a sus conciudadanos, y sin intervención de nadie de afuera se vendrán al suelo de cabeza. ¡Cortar relaciones con ellos es lo que se pide —sin intervenir en sus asuntos domésticos—, como se haría con vecinos crapulosos, a cuya misma mesa no hay razón ética que nos obligue a tomar asiento!

Sin embargo, en el aspecto jurídico no ha sido posible llegar a un acuerdo de depuración democrática, que forme parte del *jus gentium* regional americano. Se han hecho esfuerzos por lograrlo,

sin llegar al drasticismo de la Doctrina Tobar; ni al sistema multivioloado de los Pactos centroamericanos de 1907 y 1923; ni a decisiones como la del Presidente Wilson, frente a los casos de Victoriano Huerta en México y de Federico Tinoco en Costa Rica. Pero hasta la fecha no hay *fórmula punitiva* ninguna en el sistema panamericano, sin duda porque nuestras democracias no hallan la manera de conciliar dos principios que suelen presentarse como antagónicos: el de poner remedio al despotismo y el de no intervención en los asuntos internos de los demás países.

Sería punto menos que imposible repasar en este prólogo el proceso jurídico interamericano de más de medio siglo, desde 1889 hasta la Conferencia de Chapultepec en 1945, como pude hacerlo detalladamente en el ensayo que titulé "Paralelismo de la Paz y de la Democracia. (*Unión Democrática Centroamericana*, Departamento Editorial, México, D. F., 1946).

Sólo habrá manera de recordar, a grandes rasgos, que en la Parte II del Acta de esa Conferencia, se recomienda la celebración de un tratado para prevenir "amenazas o actos de agresión", mediante una serie de disposiciones semejantes a las que después figurarían en la Carta de San Francisco. Entre ellas, desde luego, la ruptura de relaciones diplomáticas, consulares, económicas, comerciales, etc., incluyendo en última instancia el empleo de fuerzas armadas.¹

¹ Será útil advertir que la *fórmula punitiva* de 1954, impuesta en Caracas a las delegaciones *comparsas* hispanoamericanas por el Secretario de Estado anglosajón, John Foster Dulles, con el socorrido pretexto de supuestas infiltraciones

Pero allí no se habla en absoluto del aislamiento de dictaduras, aunque sí de “la ferviente adhesión de los Estados americanos a los principios democráticos, que consideran esenciales para la paz de América”. (Artículo II° de la Declaración de México). Y a renglón seguido, el artículo 12° reza textualmente:

“El fin del Estado es la felicidad del hombre dentro de la sociedad. Deben armonizarse los intereses colectivos con los derechos del individuo. El hombre americano no concibe vivir sin justicia. Tampoco concibe vivir sin libertad”.

*De cómo a la Doctrina Estrada le pusieron
un apéndice*

No se necesita de mayores luces para comprender que el despotismo está reñido con la justicia, con la felicidad del hombre, con los derechos del individuo, con todo aquello que llamamos libertad o dignidad humana.

Tal vez debió entonces aceptarse, aun cuando se modificaran el texto y los considerandos, la propuesta de los delegados guatemaltecos “sobre defensa y conservación de la democracia ameri-

comunistas, nada tiene que ver con la tesis legítima del **cordón sanitario** en defensa de la democracia. Costa Rica, afortunadamente, no quiso asistir a una Conferencia bajo los auspicios de Dulles y de Pérez Jiménez en la tierra mancillada de Bolívar; Guatemala, lógicamente en su etapa revolucionaria, votó contra semejante ignominia; y México y Argentina se abstuvieron de votar. ¡¡Algo es algo en pleno macartismo!!—
V. S., 1960.

cana, frente a la eventual instalación de regímenes antidemocráticos"... "Existen fuerzas ocultas — se hizo ver en ese documento— que pugnan por implantar en América dictaduras totalitarias, lo que constituye un serio peligro para la unidad, la solidaridad, la paz y la defensa del Continente"... "Es imposible esperar de tales regímenes una colaboración sincera y efectiva en el desarrollo evidentemente democrático del panamericanismo, siendo indispensable que las repúblicas americanas definan su situación ante el peligro enunciado".

Las repúblicas americanas, sin embargo, no definieron nada. Les pareció más indicado a las delegaciones —o menos comprometedor— que la proposición de Guatemala fuese remitida al Comité Jurídico Interamericano, con su cuartel general en Río de Janeiro. Allí podrían estudiarla y formular dictamen los juriconsultos, enviándola después a la IX Conferencia de Bogotá.

A dicha IX Conferencia se remitió, en efecto, el dictamen sobre la proposición guatemalteca. Pero en tal forma malquista y aderezada, que Guatemala prefirió retirarla. ¡Algunas delegaciones, inspiradas por los "técnicos" del señor General Marshall, o contagiadas por los temores de representantes como el del régimen paraguayo de Moríñigo, los de Carías, Trujillo, Somoza y otros penitentes o cruzados de la democracia, pretendían convertir ese instrumento de derecho en arma exclusiva contra el fantasma comunista, dejando libres de pena y culpa a los feroces totalitarismos de nuestro propio hemisferio!

Se adoptó al final de cuentas la Doctrina Es-

trada, que se limita a mantener o retirar a los agentes diplomáticos de determinado país, "sin pronunciarse en el sentido de otorgar reconocimientos, ni calificar el derecho de otras naciones para aceptar, mantener o substituir a sus gobiernos o autoridades".

Esta doctrina de México, expedida en septiembre de 1930, era un término medio que consideraba la IX Conferencia, pues casi resolvía los dos famosos principios antagónicos de que ya se hizo mención: el de poner remedio al despotismo retirando, *sin intervenir*, a los agentes diplomáticos, y el de soberanía interior de las naciones.

El aislamiento, el cordón sanitario como medida profiláctica continental, dependería de que se aplicara, con sentido ético, el postulado (Resolución 35 del Acta Final) que en Bogotá hacían multilateralmente suyo las repúblicas americanas

Mas he aquí que desde su adopción quedó desvirtuada esa doctrina, con un inexplicable apéndice que daba lugar a confusiones, ya que podía interpretarse como un compromiso de *reconocimiento automático* de los gobiernos de facto. Así se redactó el agregado de marras, que sólo ha servido de acicate para cuartelazos posteriores y de pretexto para reconocerlos:

"Es conveniente la continuación de las relaciones diplomáticas entre los Estados americanos".

¡Muy pocas palabras ciertamente, pero que han hecho grave daño a los derechos del individuo y a los principios democráticos de América!

De lo expuesto se deduce que lo malo de la Doctrina Estrada es el apéndice. Habrá que extraerlo, pues, en operación de emergencia, o estudiar una fórmula distinta que ponga coto a los asaltantes del poder en el medio hispanoamericano.

Claro que los convenios bilaterales o multilaterales, los pactos y los tratados, son apenas la letra, la estructura, susceptibles de violarse o de cumplirse. Lo que cuenta es el espíritu luminoso de hombres superiores, de hombres-guías, que le den soplo de vida y no de muerte, de verdad y no de engaño, de orientación correcta y no de tortuosas interpretaciones, a cualquier clase de leyes y de contratos, privados o internacionales.

¡Hombres-guías que no se enreden en la simple letra, sacrificando a ella lo que el mundo ha conquistado con su dolor y con su sangre, ni quieran acogerse en forma calculada sólo a la estructura, desfigurándola con torcida intención o con malicia, desde el mirador de su propia conveniencia!

De modo que sin confiar mucho en los tratados por lo que ellos digan, sino más bien en los hombres de buena voluntad, será sin duda necesario quitarle el apéndice a la Doctrina Estrada, en tal forma que no tengan arma ninguna los leguleyos para malinterpretarla; o que se acuda a un nuevo instrumento, realmente eficaz, para la profilaxis antidictatorial del Continente.

* * *

Acerca de este tema es importante traer a la

memoria que ocho meses después de la Conferencia de Chapultepec, en noviembre de 1945, se había también estudiado, en movida consulta a las Cancillerías, la propuesta del entonces Ministro de Relaciones Exteriores del Uruguay, doctor Alberto Rodríguez Larreta. Dieciséis gobiernos estuvieron conformes en buscar solución a los graves males expuestos en la nota uruguaya, aunque bien es verdad que acogiéndose al principio de no intervención. Se señaló la posibilidad de establecer, por ejemplo, la sanción prevista en el artículo 6º de la Carta de San Francisco, añadiendo a la expulsión el rompimiento de relaciones diplomáticas, y acoplando lo regional al Artículo 52 del Pacto de las Naciones Unidas.

Sin espacio en estas pocas páginas para reproducir las diversas respuestas a la proposición del Uruguay, basta tomar unas cuantas líneas de lo que contestó Mr. James F. Byrnes, Secretario de Estado norteamericano en aquella fecha:

“Si se ha de preservar la paz en las repúblicas americanas, no se puede permitir en su medio la existencia de regímenes de opresión” . . . “Las notorias y reiteradas violaciones de los derechos fundamentales del hombre y del ciudadano, constituyen un problema que interesa a todas las demás repúblicas del Continente” . . . “La acción multilateral se justifica después de una consulta completa entre los países americanos, de acuerdo con los procedimientos que todos ellos han querido aceptar”.

A su vez Mr. Spruille Braden, Secretario Auxiliar de Estado, declaró en New Haven, Connecticut, el 18 de diciembre de 1945: “La meta de la

soberanía popular está siendo frustrada en países que la aplastan bajo una gran variedad de actos fascistas, nacionales e internacionales"... "Aún en nuestros días, el mundo tiene ante sí el espectáculo de gobiernos que se arrojan más poder irresponsable que un príncipe de los tiempos de Galilea"... "Es inconcebible para nosotros que un gobierno, que no cree en la autoridad soberana del pueblo, siga gobernando a ese mismo pueblo".¹

Las frases anteriores indican hasta qué punto el pensamiento antidictatorial hispanoamericano, encuentra eco y comentarios en los Estados Unidos. Bien es cierto que no pocos colaboradores de Mr. Truman van ahora por diferentes rutas. Pero de nosotros mismos depende que el Departamento de Estado y la Casa Blanca vuelvan sobre sus pasos.

Lo que hace falta es decisión, sinceridad, firmeza de las democracias que en realidad merezcan ese nombre, para alinearse y luchar contra las dictaduras. Lo que hace falta es no seguir tolerando en Hispanoamérica la supervivencia de regímenes enemigos del progreso y de la civilización. Y para llegar a ese fin el aislamiento es la

¹ Vale la pena repetir de qué manera el citado mister Braden, olvidando sus frases pero no sus intereses, se descubrió muy pronto como partidario incondicional del gran garrote. A tal extremo, y esto resulta divertido, que el gobierno guatemalteco tuvo que despojarlo de la Gran Cruz del Quetzal. Un lustro después volvió a sus andadas, siempre en apoyo de la United Fruit, los petroleros y otros consorcios, al pedir también la intervención contra el régimen antientreguista de Cuba. ¡Dios nos valga! V. S., 1960.

tesis, el cordón sanitario, la oxigenación continental, como única forma civilizada de ayudar a los pueblos oprimidos, que ven con desconcierto en qué forma se apoya a los más grandes burladores de la democracia.

*En donde se habla del clérigo que santiguaba
a los herejes con la escopeta y los mataba
con la pelota*

Ya dije antes que los capítulos de este volumen hablan por sí mismos. En ellos se describe lo que son, *por fuera*, nuestros países: campiñas, lagos, ríos, volcanes, racimos de bananos, café, azúcar, oro, plata, petróleo. Fantásticas riquezas del suelo y del subsuelo que necesitan capital, SOCIO CAPITALISTA, pero no magnates de la industria o de la banca extranjera que se lo llevan todo.

¡Y frente a las espigas doradas, sobre los bananales, junto al rojo y verde de los cafetos, en la obscuridad inclemente de las minas, la espantosa miseria de hombres vencidos, callados, que sufren y esperan!

Andrajos. Pie en el suelo. Silicosis. Paludismo. Seca tos del minero con los pulmones rotos. Salarios de hambre en las naciones hijas del Caribe, actual mediterráneo de la más grande potencia que haya conocido el mundo.

¡Y decirles *materialistas* a estos hombres —*comunistas* sin temor a Dios—, cuando piden clemencia al cielo o al gobierno en demanda de justicia! ¡Y echarles la tropa encima si amenazan con unirse, porque eso es maniobra rusa! ¡Y encarce-

larlos y matarlos si declaran una huelga, porque esas son prácticas exóticas en las que anda de por medio el propio Mariscal Stalin!

Pero también se describe en este libro de William Krehm lo que son, *por dentro*, otros compatriotas de látigo en la mano, en cuyos nombres, vicios y pasiones quisiera no insistir, por higiene mental, para alivio de los sentidos superiores y para que no sufra desdoro la limpieza de la pluma.

* * *

¡Cómo son inconscientes los rejoneadores que han mandado en el Caribe y Centroamérica! ¡Cómo es más espantosa su miseria que la angustia y la desesperación del desvalido! Salvar a la patria es lo que pregonan. ¡Salvar a la patria! Y cada vez la hunden más con sus desmanes y sus desatinos.

Torpes, incultos, ignorantes, analfabetos, ávidos de hacerse ricos. ¿Es posible que Washington los arme y los proteja?

Analfabetos en el arte o la ciencia de gobernar, que ellos colocan en la punta del machete.

Analfabetos de la Historia, que no les interesa.

Analfabetos en lides económicas, que sólo entienden como fácil manera de tener mujeres y palacios.

Analfabetos en cuestiones internacionales, porque juzgan que el mundo apenas cabe en su parroquia.

¿Y para eso, Señor; para que los Tiburcios, y los Anastasios, y los Fulgencios, y los Trujillos, y los Cabrerías, y los Ubicos, y los Machados, y los

Moríñigos, y los Peñarandas, y los militares del Perú y de Venezuela nos gobiernen, o nos hayan gobernando en esta época de tantas asambleas y fluorescencias; para eso hemos sido potencialmente libres durante casi un siglo y medio?

* * *

En lo que llaman los impresores solapa de la cubierta, he transcrito cuatro o cinco frases. Del Presidente Woodrow Wilson, contra las concesiones. Del ex Secretario de Estado, Cordell Hull, en favor *de cualquier forma* de lucha por la libertad. Del Presidente Harry S. Truman, contra la explotación y el imperialismo.

¡Cuántas sentencias más de diversas fuentes norteamericanas, de ayer y de hoy, podríamos aprovechar en Centroamérica y el Caribe, si nuestros gobernantes tuvieran sensibilidad y fuesen alfabetos!

Pero nada hemos aprendido, y suenan entonces a desolación los pensamientos de Bolívar y de Martí, que figuran también en la cubierta, a saber:

“El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública —advertía Martí—, no se le ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás”.

Y sobre Centroamérica escribió el Libertador venezolano, en su famosa Carta de Jamaica:

“Los Estados del Istmo de Panamá hasta Guatemala quizás formen una Asociación, que entre los dos mares podrá ser, con el tiempo, el empo-

rio del universo. Sus canales acortarán las distancias del mundo; estrecharán los lazos comerciales de Europa, América y Asia; traerán a tan feliz región los tributos de las cuatro partes del globo. Acaso sólo allí podrá fijarse algún día la capital de la tierra, como pretendió Constantino que fuese Bizancio la del antiguo hemisferio”.

¿Qué hicimos del sueño de Bolívar? ¿Qué, de sus palabras? ¿Qué, con esa garganta de América, futuro “emporio del universo”? ¿Qué con las ideas del sabio Valle sobre el mismo tema, y con las de Morazán y otras figuras ínclitas de América?

* * *

Poco hicimos en realidad con el pensamiento de los próceres. Ignorarlo, por el ya citado analfabetismo de la Historia: de nuestra propia Historia. Y por el analfabetismo de los problemas mundiales, que ya se trajo también a estos apuntes.

O destruirlo y escarnecerlo por incapacidad de comprensión; por falta de honradez y entereza; por los odios y ambiciones de nuestros dirigentes; por las eternas luchas intestinas de güelfos y gibelinos, de montescos y capuletos en nuestro clima americano, criollos o mestizos, que se han matado entre nosotros como fieras, diciéndose liberales o conservadores.

¡Liberales casi siempre jacobinos, liberales *pánteristas*, ajenos a la doctrina liberal! ¡Conservadores del ojo diestro al Cristo, y del siniestro al machete y la canana!, como el clérigo aquel del Obispo de Zamora, de quien escribe Prado Rodríguez que derrocó a once hombres con su “guávil”

o mosquetón; “y el donaire era que, a tiempo que asestaba para tirarles, los santiguaba con la escopeta y los mataba con la pelota”.

De qué manera el Destino Manifiesto nos ha dejado como quedó Esaú con las lentejas

Y así se va pasando el siglo XIX hasta entrar en el que nos movemos. Grandes imperios europeos, amamantados por la industria y las colonias con sus materias primas, “al servicio de la civilización occidental”. Otro imperio que nace en el Lejano Oriente, y se barbariza con la europeización; señoríos feudales, explotación sin límite, extraterritorialidad en China de nipones y europeos.

Y en América, una nueva y vigorosa gran potencia; veinte jóvenes repúblicas que se van dejando colonizar; aplicación estadounidense de la Doctrina de Monroe; empréstitos y concesiones como forma menos arriesgada de intervenir y succionar. ¡Pero no abrimos los ojos!

Estalla en 1898 la guerra de Estados Unidos contra España. Se firma el Tratado de París entre Madrid y Washington. Caen Puerto Rico, Guam y Filipinas bajo el dominio norteamericano. Obtiene Cuba su independencia *dirigida*, con Gobernador Militar de barras y estrellas, y posteriormente con la Enmienda Platt.

De modo que se acentúa fatalmente el “Destino Manifiesto” de los Estados Unidos en su gran zona de influencia: el Caribe, México, Centroamérica. ¡Pero no abrimos los ojos!

¿Qué hacemos entretanto? ¡Salvar a la patria!

Feroz barbarie *liberal* en Guatemala con Estrada Cabrera. Tiranía no menos *liberal* de Zelaya en Nicaragua. Conspiraciones en Honduras. Conspiraciones en El Salvador. Unas alentadas por Cabrera, otras dirigidas por Zelaya.

A ese paso perderemos la garganta entre los dos océanos. ¡Pero no abrimos los ojos!

* * *

Son dos las rutas canaleras: Nicaragua con Zelaya y sus volcanes, o Panamá que pertenece al altiplano de Colombia. "Se ponen tercios los colombianos" —declara el Roosevelt del gran garrote.

¡Y los liberales y los conservadores, que se han seguido matando durante más de medio siglo, y que unos a otros se recitan en Bogotá sus bellísimos poemas, no pueden atender al Istmo, como no pudo México atender a Texas!

El Tratado Bunnau-Varilla —suscrito en la residencia privada del Secretario de Estado John Hay, a espaldas de la delegación panameña todavía en camino de Washington— es lo que recibe Panamá en 1903, como *hecho consumado* a toda prisa, cuando quiere ser independiente. ¡Veintiséis artículos que sólo pueden leerse con indignación y con angustia!

Philippe Bunnau-Varilla, el aventurero de París que daría su nombre al Tratado, representante de la vieja compañía francesa de Lesseps, puso así en manos de los Estados Unidos "el emporio del universo".

Cuatro siglos antes hacía notar a Carlos V

Fray Tomás de Berlanga, Obispo de la región: "Si este paso se remedia no hay necesidad de buscar otro estrecho, porque Vuestra Majestad será señor de un tan gran mundo como el que en esta Mar del Sur se descubre, e espera se descubrirá, e tenerlo todo como debajo de llave".

¡Como debajo de llave está el pequeño país! Solamente por el esfuerzo incansable y patriótico de sus más preclaros hijos, aprovechando la buena vecindad de Franklin Roosevelt y de Cordell Hull, pudieron mejorar los panameños, en marzo de 1936, las ominosas condiciones que les impuso el otro Roosevelt en 1903. Y también pudo liberarse Cuba de la Enmienda Platt. ¡Pero falta tanto para que ambos pueblos se descolonicen! ¹

* * *

Más que en el analfabetismo de la masa popular, la tragedia hispanoamericana está en la corrupción y en el analfabetismo de sus letrados, de sus jurisconsultos, de sus generales incapaces.

¿Qué hacían —qué hacen— las levitas y las chaterreteras ante la peligrosa situación de Centroamérica? ¡Salvar a la patria! Y para salvarla iban a seguir allí las montoneras.

¹ Ya están en plena lucha los cubanos —¡¡¡ojalá se ciñan al pensamiento de Martí sobre la inteligencia!!!—, desde el 1º de enero de 1959. Y hacen a su vez los panameños cuanto pueden, al frente la juventud universitaria, para que se ponga en vigencia la política norteamericana del **buen socio** y de la **buena vecindad** en sus relaciones canaleras con los Estados Unidos. ¡Ojalá comprenda Washington que la justicia da mejores resultados que la injusticia!—V. S., 1960.

Se multiplican las conspiraciones. ¡Todavía Zelaya contra el déspota de Guatemala! ¡Todavía Cabrera contra su colega el *liberal* nicaragüense, quien amenaza también a Costa Rica, mientras sigue Honduras a merced del uno y a merced del otro!

A ese paso perderemos la segunda garganta entre los dos océanos, a través del río San Juan y el gran lago de Nicaragua. ¡Pero no abrimos los ojos!

Cita entonces Washington a reuniones de paz y amistad en 1907. ¡Paz y Amistad! ¡Paz y Amistad! ¡Paz y Amistad!

Lo que nos viene es la guerra civil, atizada por el Secretario de Estado norteamericano Philander C. Knox, esta vez con intervención de "blue jackets" y con diplomacia del dólar.

Desconocimiento de los pactos de Washington —¡los de Paz y Amistad de 1907!—, por el propio Gobierno de Washington. Y al fin, como remate, el Tratado Bryan-Chamorro del 5 de agosto de 1914, en el que se nos priva de la ruta canamera del San Juan.

"El Gobierno de Nicaragua —dice en su artículo primero el protocolo de la entrega— concede a *perpetuidad* al Gobierno de los Estados Unidos, libres en todo tiempo de cualquier tasa o impuesto público, *los derechos de propiedad* exclusivos, necesarios y convenientes para la construcción, operación y mantenimiento de un canal interoceánico por la vía del Río San Juan y el gran Lago de Nicaragua, o *por cualquiera otra ruta del territorio nicaragüense*". (Subraya el Autor).

En el artículo segundo el Gobierno pelele o

“quisling” de la victimada república centroamericana, arrienda al de Estados Unidos, por noventa y nueve años prorrogables, al criterio y albedrío de Washington, las Islas del Maíz en el Caribe y las aguas que quiera y elija la potencia anglosajona en el Golfo de Fonseca, para operar y mantener una base naval. Se conviene expresamente que el territorio arrendado y la base naval, estarán sujetos a las leyes y a la soberana voluntad de los Estados Unidos.

En el artículo tercero se establece el pago de tres millones de dólares en beneficio del Gobierno de Nicaragua, suma que manejaron y repartieron los banqueros de Wall Street, Brown Brothers and Seligman and Company, salvándose únicamente medio millón de dólares para el pago de sueldos atrasados.

* * *

No tengo espacio en este prólogo para entrar en más detalles. En numerosos trabajos y en “Rompiendo Cadenas” (CIADE, México, D. F., 1933), pude reunir datos y documentos suficientes para comprobar la monstruosidad y la ilicitud de este Tratado, de acuerdo con la tesis de la Corte de Justicia Centroamericana, y de acuerdo también con los más elementales principios de decencia internacional. El dictamen jurídico de ayer es el de hoy, no obstante la desaparición de la Corte por haber declarado nulo ese Convenio.

Viola el Tratado Bryan-Chamorro, en resumen, los derechos de Costa Rica en el Río San Juan y en la Bahía de Salinas; los de El Salvador y Hon-

duras en el Golfo de Fonseca; el principio de neutralidad y de soberanía, establecido en protocolos canaleros anteriores y en todas las Constituciones centroamericanas, así como los Pactos mismos de Washington, suscritos en 1907.

Buena vecindad, si vuelve, y hombres rectos en el poder, es lo que requieren los pueblos morazánicos —hace un cuarto de siglo vengo proclamándolo—, para que a base de cooperación y no de entrega podamos todos juntos defender la democracia.

¡Buena vecindad —y aprovecharla siquiera en parte—, como tímidamente pudo hacerlo Panamá en 1936! ¡Como a ración mínima pudo hacerlo Cuba! ¡Como a medias pudo hacerlo, años después, el Archipiélago de Filipinas!

Eso señala el camino a los gobiernos centroamericanos, que guardan silencio inconsciente o delictuoso, cuando el régimen envilecido de Managua insiste en ofrecer mayor cantidad de tierras y aguas de Centroamérica a los Estados Unidos, empeorando aún más las condiciones del Convenio Bryan-Chamorro.

¡Y los gobiernos de Costa Rica guardan silencio, sin pensar que quedaremos a la postre entre los dos canales, no al servicio del género humano sino de una empresa bélica, convertida nuestra patria —que William Krehm llama Shangri-La— en centro de operaciones para defender puntos vitales de una gran potencia extranjera!

¡Y quedará convertida Costa Rica, además, en blanco seguro de la bomba atómica, a la que deberán agregarse los nuevos instrumentos de atrocidad y de matanza, que vaya descubriendo el

inefable espiritualismo de la civilización occidental!

* * *

Ahora sólo falta completar el cerco con el traspaso de Belice a los Estados Unidos, que tanto se propicia con el *abstencionismo* de Washington frente al coloniaje, y con sus maniobras a favor de Inglaterra en Bogotá y en La Habana.¹ Entonces —¡¡entregándose!!— habrá cooperado Centroamérica con el máximo servicio que podía prestar a la causa democrática mundial.

¡El máximo servicio! Defender la democracia de banqueros y de concesionarios, del Cardenal Spellman y de la United Fruit, de la Royal Dutch y de la Standard Oil, de otros pueblos y de otros continentes, a costa de nuestra propia democracia, de nuestros ideales, de nuestra tradición y cultura, de nuestra mal parada y peor defendida autonomía.

Así quedaremos todos, desde el Suchiate hasta el Darién —ya vimos que lo previó hace 400 años Monseñor Berlanga respecto a Panamá—, como debajo de llave. Y se habrá diluído para siempre el sueño de Bolívar, y no podrán nunca

¹ Las mismas maniobras se repitieron en la tristemente célebre Conferencia de Caracas (marzo de 1954), cuando el ya fallecido mister John Foster Dulles se abstuvo de votar en contra del coloniaje, siguiéndole así los pasos al general de cinco estrellas —ahora también difunto—, mister George C. Marshall, premio Nóbel de la Paz y Secretario de Estado del atómico mister Truman en 1948, cuando apoyó a las potencias colonialistas en la Conferencia de Bogotá.—V. S, 1960.

realizarse las ideas del sabio Valle ni del último Presidente centroamericano, Francisco Morazán.

“¡Hubiese animado el espíritu de estos próceres a los granadinos y a los centroamericanos — escribí en mi ensayo sobre “Morelos y Bolívar”, México, D. F., 1947—, y es posible que se hubieran cumplido sus profecías y sus deseos, con los grandes canales de Panamá y de Nicaragua, *multilateralmente financiados y planeados al servicio de la humanidad*, sin pérdida de soberanía ni prerrogativas de índole militar, que hoy atraen sobre sus habitantes el peligro antes mencionado de la bomba atómica!

“Hubiera animado ese mismo espíritu a los gobernantes que siguieron en el siglo XIX y a los de la actual centuria, y no se nos podría entonces aplicar el versículo 34 del Génesis, que reza textualmente en el capítulo XXV:

“Entonces Jacob le dio a Esaú pan y un plato de lentejas. Y éste comió y bebió, y se levantó y se fue. Y así despreció Esaú su primogenitura”.

* * *

Respecto de nuestra heredad agraria —y que se me perdone la repetición—, voy a transcribir una vez más lo que dijo José Martí: “El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública, no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás”.

Eso dijo y escribió el inmortal y apostólico Jo-

sé Martí. ¿Pero qué hicimos nosotros del "tesoro común" que es nuestro suelo?

¡Latifundios! ¡Concesiones a cambio de centavos! ¡Sociedades anónimas cuyos dividendos, sobre acciones escritas en inglés, llevan prosperidad y riqueza a otros países, y acá nos dejan el cascarón de las minas, la fértil tierra tropical exhausta, el rencor de pueblos escarnecidos y vejados por la rapacidad doméstica, en criminal celestinaje con la codicia extranjera!

Hipotecemos la tierra.

Perdemos las minas.

Acuden los políticos, o los parientes de los políticos, o los amigos de los políticos, a ofrecer concesiones al magnate de afuera.

¡Hay que salvar a la patria!

Y entregamos el oro, el cobre, el estaño, la plata, el petróleo, los bosques, los servicios de luz y fuerza, los ferrocarriles, el hierro, los bananos.

¿Qué recibe el pueblo de esas concesiones y de esos dividendos?

La respuesta se puede leer en nuestro nivel de vida pavoroso; en la tristeza del indio; en el rostro macilento de los campesinos; en las madres con el niño desnutrido a cuestas; en el calzón de manta y el sombrero roto; en la choza de palma y lodo; en estadísticas que causan pena y desazón a quien tenga siquiera un adarme de sensibilidad en la conciencia.

* * *

Las exenciones de impuestos a compañías ex-

tranjeras, son a veces más altas que los ingresos fiscales en su totalidad.

¡Ah, Honduras, cuna gloriosa de Morazán y feudo del Zemurray de la United! ¡Ah, don Tiburcio Carías Andino, que hasta los ferrocarriles se dejó quitar, para que los trasladase Zemurray a nuevos bananales!

Y cuando se defiende a Honduras y se clama por volver al prócer, suéltanse las alimañas garrapateadoras, los intelectuales negociantes, los abogados en pugna con la ley. “¡Ayúdelo la Providencia, señor don Tiburcio!”, quise yo escribirle —rimando la prosa— cuando me insultaban sus fieros mastines de Tegucigalpa, o los maestros periodistas alquilados desde el extranjero con planas enteras de publicidad.

Y aun estuve a punto de cablegrafiarle que tomara las de villadiego, en la grata compañía de su amigo y cofrade el muy ilustrado General Somoza, para que pudieran verse, abrazarse y unirse en Nueva Orleans los cuatro dictadores centroamericanos, *que sólo quisieron salvar a la patria*.

Desde 1944 esperaban en aquella urbe, a la otra pareja, el bárbaro de Ubico y el teósofo Martínez, casi resurrectos, pues si no se escapan los hubieran puesto pies arriba como res en gancho. Gracias a su fuga se atrasó el festín de los gusanos, en un hoyo negro donde acaba para siempre el que sólo es materia, y únicamente el que tuvo espíritu seguirá viviendo.

Síntesis del mensaje jamás expedido, que me sigue saliendo en prosa rimada:

“Váyase con ellos, señor don Tiburcio. Distráigan, reunidos, sus viejos achaques. Tengan sus

tertulias. Coman "ham and eggs". Jueguen al tresillo.

"¡Huele mal en Tegucigalpa, señor don Tiburcio! ¿No es mejor salirse?

"Mire usted al héroe y su cabalgadura. Se mueven inquietos en el monumento. Morazán se tapa las narices. Náuseas le dan y hasta el caballo suda, temiendo el noble bruto que allí quieran montarle aquellos aromas fundidos en bronce.

"¿No es mejor salirse, señor don Tiburcio, por respeto al prócer y piedad al menos hacia el noble bruto?"

Mas no he de seguir con lo que tuve en mira hacer y no se hizo, ni he de alargar con una sílaba más este paréntesis. William Krehm, por otra parte, según me permito explicarlo en varias notas de pie, dice de estos hombres y de estas cosas cuanto vio y oyó, sin que sea preciso que los centroamericanos agreguemos lo que se juzgaría rencorosa pasión o "propaganda de teorías exóticas".¹

¹ De esas notas de pie, y de la adulación y el servilismo en que suelen caer nuestros intelectuales frente a la dictadura y los dólares del consorcio extranjero, acaso sea necesario sintetizar en pocas palabras la Nota N^o 10. Dije en ella cómo es realmente penosa la actuación de algunos periodistas centroamericanos, incapaces de comprender lo poco que son y lo mucho que podrían ser en la vida social y política del Istmo, si tuviesen sentido de responsabilidad. ¡Pero son irresponsables morales! Sólo así se explican estas estampas de William Krehm sobre bien o mal llamados intelectuales hondureños—lo mismo había ocurrido en la Guatemala de Ubico y en la Nicaragua de Somoza—, que hasta "cuidaban los canarios favoritos del dictador Carías". Peor aún: acumulaban fortuna en connivencia con "primeras damas" del rumbo, cosa igual-

*Nuevas acotaciones, con anverso y reverso
de luz y sombra*

De modo que en los primeros treinta años de este siglo veinte —por “seguir salvando a la patria”, mosquetón al hombro o a machetazo limpio—, estuvimos “como debajo de llave”.

¡Cada vez más apretada! Porque no eran suficientes las ventajas ni los territorios que obtuvo Washington en el Tratado de París, ni en los Tratados increíbles de Panamá y de Nicaragua. Tenían que venir otros convenios y otras intervenciones: Haití, Santo Domingo, a reforzar el dominio de los Estados Unidos en su gran zona de influencia.

Cuando Krehm habla de este pasado lamentable, me hace recordar a Scott Nearing y a Joseph Freeman en su “Dollar Diplomacy”; a Charles David Kepner y a Jay Henry Soothill en su “Banana Empire”; a Carleton Beals en “Lands of the Dawning Morrow”, “Panamerica”, “The Crime of Cuba” y “Banana Gold”; a Horace G. Knowles, defensor incansable de la República Do-

mente penosísima. Pero nada más he de agregar tocante a este tópico, menos aún tratándose del diario oficial “La Epoca”, en cuyas columnas se nos ha insultado en forma vil a los miembros de Unión Democrática Centroamericana. A mí en lo personal —¡por defender a Honduras y enaltecer a Morazán!— me han lanzado allí tales improperios, injurias de tal jaez, reforzadas por la radio de Tegucigalpa, que tentado estuve de contestarle directamente a Carías y no a sus segundones. Mas si logré entonces dominarme, con mayor razón he de hacerlo en estas páginas, en las cuales un autor de habla inglesa retrata de cuerpo entero a tan mínimos y ocasionalmente encumbrados personajes. V. S., 1949.

minicana intervenida; a tantos otros escritores y amigos nuestros de los Estados Unidos, en tal forma justos y documentados, de tal manera ciento por ciento norteamericanos, que nadie sería capaz de señalarlos como enemigos de su propia patria y de la democracia, según suele decirse de quienes en idioma castellano, para orientar y orientarnos, abordamos los mismos temas.

Dicen ellos, y lo constatamos nosotros en nuestra propia carne, que la diplomacia del dólar, por su parte, como si fuese poco lo militar y lo político, era el arma contundente que usaban los llamados *inversionistas* de Wall Street, con objeto de redondear la tesis del "Destino Manifiesto". Los inspiraba en todo instante la mejor disposición de ánimo para *protegernos* —que es como decir acogotarnos—, ayudando eficazmente a su Gobierno en esa forma.

¡Conversión de viejos empréstitos europeos cuyos bonos caídos, que valían centavos, se trocaban en valores al cobro, tan pronto iba un acorazado a redimirlos! ¡Nuevos préstamos, o simulación de préstamos, porque eran los mismos valores convertidos, con amplia garantía hipotecaria! ¡Contratos de diversa índole! ¡Y concesiones: jugosas concesiones, "*porque nuestros países necesitan capital*"!

Por supuesto que todo en orden. Papeles siempre. ¡La santidad de los Tratados! ¿Debilidad, cobardía, soborno, corrupción de nuestros maravillosos hacendistas y jurisconsultos, que aceptaban y ratificaban semejantes cosas?

A la incógnita sólo es posible contestar que los Estados Unidos, respetuosos en grado sumo de la

forma, se respaldaban en cada ocasión con documentos. ¡Documentos firmados por nuestros presidentes, por nuestros ministros, por nuestros diputados!

* * *

Analfabetos los políticos a pesar de su cultura, si se quiere exculparlos de codicia; o avorazados del Bravo al sur, la verdad dolorosa es que en lo que atañe a dignidad del gobernante y a patriotismo —que no ha de ser únicamente cuestión de bandera, de himno nacional ni de discursos—, nos llevan gran ventaja los norteamericanos. Ellos, en última instancia, se golpean el pecho y se limpian la conciencia, diciendo que proceden en beneficio de su patria. Nosotros, por el contrario, procedemos en contra y en desprestigio de la nuestra.

¿Puede alguien concebir que el Presidente Roosevelt del gran garrote, al tomar para su Gobierno las acciones de la compañía francesa malograda en Panamá, le cobrara comisión al aventurero Philippe Bunnau-Varilla por los cuarenta millones de dólares que se le entregaron?

¿O que los Presidentes Taft y Coolidge, a pesar de su diplomacia del dólar y de su protección a concesionarios y banqueros, anduviesen en la danza para salir de ella enriquecidos, con palacios y casas de campo, fincas de ganado, establos de primera, monopolios vergonzosos y toda esa suerte de negocios turbios, con los cuales hinchan algunos dictadores y sus cómplices los depósitos bancarios?

¿Hay punto de comparación entre estos hombres del norte y algunos de los nuestros, que Washington y Wall Street, por desgracia para un buen entendimiento interamericano, han aprovechado y aprovechan todavía en las naciones del sur?

¿Se pueden pesar en la misma balanza, en relación con este aspecto del negocio indebido en la política, gobernantes norteamericanos que hacen a su juicio obra patriótica, y Juan Vicente Gómez y Machado, por ejemplo, o Trujillo y Somoza, para citar siquiera de refilón al dueto menos escrupuloso, más afín con la actual Secretaría de Estado norteamericana, y más pintoresco de nuestro *espiritualismo occidental* contemporáneo?

Pena y dolor siente uno al confesarlo. Mas no hay cómo negar que los "quislings" nuestros, por falta de sentido ético, por avidez de lucro, por punible indiferencia a la dignidad del gobernante, no titubearon en firmar lo que jamás hubiera hecho contra su patria, contra los intereses de su país, un presidente de la Casa Blanca.

¡Y así en los convenios internacionales de vida o muerte, como en las concesiones y en los contratos abominables de explotación y ruina!

* * *

Siempre, pues, hubo documentos firmados, gracias a la complicidad del criollo entreguista, o a la inquietud del zambo o del mestizo en busca de fama y acomodo, o al complejo del mulato —más del alma que del cuerpo—, en persecución de matrimonio ventajoso con dama principal para blanquearse. ¡Documentos firmados por nuestros pre-

sidentes, por nuestros ministros, por nuestros diputados!

Sí. Pero también hubo resistencia. ¡Resistencia heroica de los pueblos y de los más altos valores hispanoamericanos contra la intervención y el ultraje!

En Santo Domingo —tan venido a menos que hasta de nombre le cambiaron a su vieja metrópoli— brillan aún las figuras del centenario patrio don Federico Henríquez y Carvajal, de Monseñor Nouel, de Fabio Fiallo, Emiliano Tejera, Américo Lugo. ¡Tantos ilustres varones más, a tal extremo fuertes de razón como de espíritu, que en los propios Estados Unidos encontraron aliados y defensores de su patria invadida, hasta conseguir que salieran los marinos de la intervención!

¡Qué falta hacen hoy hombres como esos en la actual República Dominicana, donde piafan en numerosas estatuas ecuestres, como en una gran caballeriza, las bestias enjaezadas del Generalísimo Trujillo!

En Nicaragua, región neurálgica de Centroamérica, vilipendiada y puesta en subasta por los gobiernos *conservadores* de ayer y por los gobiernos *liberales* de hoy, igualmente entreguistas, se ha polarizado el alma popular en varones de tan extraordinaria fuerza y simbolismo como Benjamín Zeledón y Augusto César Sandino.

Y si respecto de Honduras apenas esbocé lo que había que esbozar, no puede olvidarse que esa tierra noble y generosa no sólo es la cuna de Francisco Morazán, sino también la de otros próceres que viven y seguirán viviendo en lo más hondo

de la conciencia centroamericana. Bastaría recordar al sabio Valle y al ínclito Cabañas, a quienes no deberá agregarse una pléyade de honestos pensadores y patriotas, sin excluir a jurisconsultos de tan merecida nombradía como don Policarpo Bonilla. Y aquí repito lo que dije antes:

¡En un ambiente como el de Versalles después de la primera guerra mundial, cuando los PEQUEÑOS estaban más empequeñecidos que nunca ante los GRANDES, fue este ilustre hondureño el único que tuvo la osadía de pedir una interpretación de la Doctrina de Monroe, para impedir que se incluyera, en silencio, aquel instrumento de política unilateral de los Estados Unidos en el artículo 21 del Pacto de la Sociedad de las Naciones!

* * *

¿Y El Salvador? Si el padre José Matías Delgado y los sacerdotes Aguilar, precursores de nuestra independencia, no fuesen motivo bastante de gloria para ese país, demos un salto de generaciones durante más de un siglo, y pensemos en tres guías contemporáneos para no perder la fe: el humanista don Francisco Gavidia, el maestro Alberto Masferrer y el Presidente de la Corte Mundial de Justicia, Dr. José Gustavo Guerrero.

Así como el hondureño don Policarpo Bonilla alzó su voz en Versalles contra lo que consideraba indebido, así también el Dr. Guerrero —insisto en la obsesión patriótica de repetirme— abrió el camino de la no intervención y de la buena vecindad en la VI Conferencia Panamericana, al

plantear la tesis de respeto a la independencia y a la soberanía de las naciones débiles. (La Habana, Cuba, enero de 1928).

¡En esos mismos días fuerzas de los Estados Unidos bombardeaban a los patriotas nicaragüenses, encabezados por Sandino! Y no arredraron al juriconsulto salvadoreño la indiferencia o el temor de casi todas las demás delegaciones de la raza, ni el formidable equipo norteamericano allí presente, con el propio Mr. Calvin Coolidge en el estrado, en compañía de los señores Hughes, Fletcher, Morrow, Kellogg y otros santos grandes del intervencionismo anglosajón en el resto del Continente.

Pero habrá que pensar, sobre todo, en el pueblo de esa pequeña república hermana; en los estamentos sociales de diversa índole que tomaron parte en el movimiento revolucionario del 2 de abril de 1944, y en la huelga general subsiguiente, hasta lograr que cayera el sanguinario despotismo de Maximiliano Hernández Martínez.

En tres capítulos: "El Teósofo Ametrallador", "El Anticlímax se transforma en Clímax" y "Reincidencia", informa detalladamente William Krehm acerca de ese gran paso adelante de los salvadoreños. Y lo hace en forma tan clara, que no he creído necesario agregar sino lo que aparece en algunas notas de pie que llegan hasta sucesos más recientes. Actuaciones de tal manera firmes y gallardas, no son para que los centroamericanos sintamos complejo ninguno de inferioridad. Sólo es de desear que la actual Junta de Gobierno —nota No. 3— sepa convertir en realidad los firmes ideales democráticos de Cuscatlán.

* * *

Demos ahora un salto a Guatemala, al país que ha pasado tres cuartas partes de su vida independiente bajo férreas dictaduras medioevales. Allí se reflejó y se superó el 2 de abril salvadoreño. En "El Hombre a Caballo" y en "Las ovejas se convierten en Leones", hace William Krehm un vívido relato de lo que era y de lo que es Guatemala; de la Revolución del 20 de octubre y de la forma en que cayeron Ubico y Ponce; de lo que pudo hacer la Junta Revolucionaria; de cómo resultó electo Presidente el catedrático y filósofo doctor Juan José Arévalo; y de la honda transformación política y económica que ha podido realizar este gobernante civilizado, sin necesidad de poner a nadie frente al paredón.

El Presidente Arévalo "abrió las ventanas", respondiendo decididamente a las aspiraciones de la inmensa mayoría que lo llevó al poder. ¡Por esas aspiraciones pelearon los guatemaltecos el 20 de octubre! Pero cuando se abren puertas y ventanas, que habían estado herméticamente cerradas, "siempre hay personas que se quejan de las corrientes de aire".

¡Personas y compañías! La United Fruit Company, la Electric Bond and Share, la International Railways of Central America, así como los viejos encomenderos del salario de hambre y el desprecio al indio. ¡Y las nobles gentes pías que aún sueñan con el Marqués de Aycinena y con Casaus y Torres, pero que sienten aversión profunda hacia prelados del patriotismo y la grandeza de Monseñor Piñol y Batres!

A todo eso se ha enfrentado el Gobierno revolucionario, sin demagogias ni estridencias. Y al déspota de España, y a los que todavía ululan y pululan en este Continente de la democracia, adoptando Guatemala una política internacional concreta y definida. ¡Rompimiento de relaciones diplomáticas con Franco y su Falange, con Trujillo, con Somoza, con el régimen militar de Venezuela! ¹

Se comprenderá, entonces, por qué las fuerzas de explotación y de caverna, con el apoyo de empresas extranjeras y de sátrapas vecinos, han agitado a la República incensantemente, hasta culminar el 18 de julio último en un movimiento militar de peligrosa envergadura, al que pude referirme en la nota de pie No. 4. Pero debelado felizmente ese golpe de cuartel por el régimen de un profesor y de un filósofo, al que dieron su eficaz apoyo las masas populares, hay motivo suficiente para esperar que sigan abiertas las venta-

¹ ¡Error imperdonable que el coronel Jacobo Arbenz, sucesor del Dr. Arévalo en la presidencia de Guatemala, con el pretexto de facilitar la formación de la ODECA (Organización de Estados Centroamericanos), hubiera reanudado sus relaciones diplomáticas con el déspota de Nicaragua, y más innecesariamente todavía con Pérez Jiménez, el otro sanguinario atracador de Venezuela! A poco andar se vieron los resultados, con haber tenido que salirse Guatemala de la famosa ODECA, y con lo acaecido después en favor de Castillo Armas, consecuencia de lo resuelto y corregido en la Conferencia de Caracas por John Foster Dulles. ¿De qué le sirvió al débil, al poco animoso Presidente Arbenz su ingenuo apaciguamiento de las dictaduras, rompiendo el cordón sanitario, si las dictaduras estaban en contra suya para servirles a Washington y a la United Fruit? V. S., 1960.

nas, y que continúe Guatemala oxigenándose con nuevas ráfagas de libertad y de cultura.¹

* * *

Acerca de Costa Rica, bien captado lo que expone William Krehm. Hace historia de nuestras plácidas costumbres antañonas, de nuestra vida democrática, de nuestros viejos liberales. Y al pensar en ellos, que fueron y siguen siendo nuestras más altas figuras, tan serenas, tan humanas, tan dignamente erguidas, de tanta nobleza y señorío, pienso al mismo tiempo en lo que sentirían ahora si resucitaran. ¡Pasiones desatadas, centenares de sus compatriotas en el extranjero, convertido aquel oasis en centro de inquietud y de constante alarma, cuando ya teníamos hasta Garantías Sociales, que sólo a costa de mucho dolor y de mucha sangre se han podido conquistar en otros sitios!

Pero vino la de malas. Culpa de unos y de otros. Falta de serenidad. Demasiada política de la que ciega la razón y envenena el ánimo, no por ideales sino por fulanismos. Dividido el país en dos mitades, la oficial de arriba tenía puestos los

¹ Para infortunio de Guatemala, para infortunio de Centroamérica, los postulados vivificadores de la revolución de octubre de 1944, y la oxigenación democrática del Presidente Arévalo, se vinieron abajo a los embates de John Foster Dulles, el macartismo, la United Fruit, John E. Peurifoy y sus cómplices de adentro. Nada quedó en pie: ni el propio Arbenz, ni su lamentable presidencia, ni su coronelato, pues en vez de enfrentarse a la invasión tomó a toda prisa las de villadiego, atravesó la calle y se asiló en la Embajada de México. ¡Cosas veredes! V. S., 1960.

ojos en el Dr. Calderón Guardia, hombre de ciencia; y la mitad de abajo en el señor Otilio Ulate, hombre de letras. El primero dominaba en el Congreso, de manera que podía elegir designados a la presidencia y ayudar a su patria desde el Poder Legislativo. El segundo fue declarado electo por el Consejo o Tribunal que conoció de los sufragios.

¡Faltó elegancia! Con fraudes o sin fraudes, para evitar la guerra, haber dejado que gobernara Ulate, felicitarlo como en nación civilizada y esperar. No valía la pena que la gente se matara por ninguno de los candidatos, si ambos representaban en conjunto a la nación entera.

La política entre nosotros, desgraciadamente, es cosa de pasiones y no de raciocinio. En medio de la tormenta, para que fuese mayor la desventura, no había gobierno con Picado. Siguió encendida la lucha, se anuló la elección de Ulate y estalló la guerra. ¡La guerra civil en Costa Rica!

Victorioso el grupo de José Figueres, cuyo movimiento armado clamaba por la legalidad, bien se pudo encontrar la fórmula de volver sin dilación a ella. Pero se llegó al acuerdo de que gobernarán durante dieciocho meses los que habían tomado las armas, formándose una Junta Revolucionaria.

Así se daba tiempo al "régimen de los muchachos" para reunir una Asamblea Constituyente, que dotase de nueva Constitución a la República. Lo cual quiere decir que caíamos innecesariamente en el vicio —muy hispanoamericano— de reformar, según las circunstancias, o de confeccionar y estrenar "Cartas Magnas" flamantísimas a cada golpe de cuartel. ¡Cómo si el mal estuviese

en los papeles, en las leyes, y no en las pasiones, en los odios, en el corazón mismo de los hombres!

Mas no he de agregar, ni se requieren, otros comentarios que los que hice en varias notas de pie, y los que figuran en determinados pasajes de este prólogo. Podría decir tal vez, como final, que mucho se desprestigió el Gobierno de Picado, desprestigiando a Costa Rica, por sus estrechas ligas con el falangismo y por su defensa de Franco en las Naciones Unidas; por su amistad íntima con Somoza, cuyo retrato en marco de lujo adornaba su sala de recibo; por sus embajadas y felicitaciones a Carías y a otros ejemplares más o menos robustos de nuestra rica fauna tropical.

Y me refiero a eso, porque el Canciller del régimen figuerista ha seguido los mismos pasos del Gobierno anterior, en política internacional, esgrimiendo argumentos tan extraordinarios que se queda uno perplejo. ¡Hay que estar con los pueblos —escribe convencido— y reconoce a la Junta Militar de Venezuela! ¡Hay que estar con los pueblos —vuelve a escribir— y se emociona pensando en don Francisco Franco!

* * *

Termina William Krehm su visión de Costa Rica y de Centroamérica, refiriéndose a la necesidad de que se unan las cinco fracciones de la vieja patria. "En ninguna parte la unión se halla en tantas bocas ni bajo tantos pies". Y explica su punto de vista, que no difiere de las razones esgrimidas por ese ideal durante más de un siglo. Sería inútil repetir lo que siempre hemos dicho

los unionistas centroamericanos, porque ya no es asunto de *predicar* sino de *hacer* la unión. ¡Hacer la unión! ¡¡Hacerla!! ¡Que no siga en tantas bocas ni bajo tantos pies!

Mas he aquí que son graves los obstáculos que ahora se presentan al unionismo, y no ya de carácter local como en épocas pasadas. Perdimos el tiempo, nos faltó visión, y nos encontramos a la postre con el dogal al cuello. Los grandes monopolios extranjeros son un obstáculo. El Tratado Bryan-Chamorro es otro obstáculo. ¡Incluso el temor al fantasma comunista favorece a los enemigos de la unidad de Centroamérica, temor o fraude muy de la mano siempre con nuestros pequeños sátrapas!

Así se comprobó cuando pudo hacerse la Federación en 1921, aunque bien es verdad que entonces no era tan agudo el pavor al comunismo soviético, sino al tenebroso *comunismo mexicano* del Presidente Obregón primero, y después del Presidente Calles.

Cuando entró en vigencia la Constitución Federal, nuestro querido Tío Samuel arrugó malhumorado el ceño. ¡No andaba bien la cosa! Y para remediarla —como hoy se hace con el clan Somoza— el Departamento de Guerra de los Estados Unidos decidió despachar urgentemente al Gobierno de Nicaragua 10,000 rifles, gran cantidad de ametralladoras, varios “técnicos” y siete millones de fajas de tiros (rounds of ammunition). El embarque se hizo en noviembre de 1921, fijándole un valor convencional de 170,585 dólares, con el 6% de interés.

¡Así se combatía el terrible contagio del “co-

munismo mexicano"! Lo que se combatió, lo que logró Washington derrumbar —reforzado el equipo bélico con increíbles *notas diplomáticas* de Mr. Charles Evans Hughes—, fue la unión de Centroamérica. Y lo que se mantuvo hasta la fecha fue el Tratado canalero Bryan-Chamorro, reproduciendo en páginas anteriores.

Cuando el General Plutarco Elías Calles sucedió al General Obregón en la Presidencia de México, acentuóse la ojeriza de Mr. Calvin Coolidge a los "comunistas mexicanos". Y a tal extremo subió de punto la propaganda contra México, dirigida por los omnipotentes consorcios petroleros —como sucedió en 1938 con el General Cárdenas—, que el Secretario de Estado Mr. Frank B. Kellogg, temiendo cierto respaldo al unionismo centroamericano y a los patriotas nicaragüenses, arregló y autorizó un nuevo embarque de armas con destino a Nicaragua: 3,000 rifles perfeccionados, 200 ametralladoras y tres millones de fajas de tiros, cuyo precio se fijó en 217,718 dólares, con el mismo interés del 6% que era ya costumbre cargarle a esta clase de mercaderías. ("Herald Tribune", Nueva York, 24 de marzo de 1927.)

Senadores como Mr. Wheeler y Mr. Borah; grandes diarios, revistas y profesores de norteamericanismo insospechable, no acertaban a comprender que con la imposición de gobiernos impopulares en Centroamérica, estuvieran Mr. Coolidge y Mr. Kellogg enfrentándose a ninguna clase de comunismo.

¡Menos aún a los revolucionarios mexicanos, cuyo programa de reivindicaciones populares es anterior y sin duda diferente al ideario de los fi-

lósofos marxistas! Y después de decirle a Mr. Kellogg, "alma de Dios", "pobre espíritu" y "anciano inadecuado", terminaron denunciando el hecho de que Washington sólo servía con esa política a petroleros tan conocidos como Doheny, Sinclair y Mellon.

He traído a colación estos datos históricos, para que se vea cómo debemos apoyarnos en una mejor inteligencia hispanoamericana, en una efectiva política de buena vecindad los hombres libres de Centroamérica, para que pueda realizarse nuestro ideal unionista, que tan fervorosamente aconseja el autor de este volumen. ¡Y según se ha predicado en todo el Istmo durante más de una centuria!

Pero no existirá esa mejor inteligencia, ni será posible que crea nadie en una buena vecindad sincera, mientras continúe Washington enviando bombarderos y otras armas de destrucción y de matanza a Nicaragua, lo mismo en 1949 que en 1921 y en 1927, según se verá en el título siguiente.

Maremagnum en Centroamérica y el Caribe Vigencia y agonía de la buena vecindad

Para que se entienda el maremagnum del Caribe, será bueno hacer algo de historia, tan sintéticamente como sea posible. Historia de estos mismos días, a partir de la Conferencia de Bogotá (abril de 1948), de modo que se vea nuestro caso concreto de "perturbaciones peligrosas en sitios estratégicos".

Sesionaba todavía aquel inolvidable concurso

interamericano, cuando Guardias Nacionales nicaragüenses invadieron territorio de Costa Rica. Hicieron la denuncia en asamblea plenaria Venezuela y Guatemala, basándose precisamente en informaciones sobre el desagrado que aquella incursión causaba en Washington. Entonces el Secretario de Estado de la gran potencia anglosajona, General George C. Marshall, declaró allí mismo que su disgusto no obedecía "a hechos consumados por Somoza, sino a *supuestas acciones probables*".

¡Acciones probables, en tal forma probadas y comprobadas que no podían negarse, aun cuando la Comisión Investigadora que nombró al efecto la propia Conferencia, como suele ocurrir en estos casos, no hubiera encontrado méritos bastantes para acusar al bien fornido instrumento de Washington en Centroamérica!

Sin embargo, Mr. Marshall ordenó al pupilo nicaragüense que se retirara de Costa Rica, según lo refiere William Krehm; pero sin pérdida de tiempo favoreció con su visto bueno, con su decisivo espaldarazo, al régimen pelele que Somoza había instaurado en Nicaragua.

De ese modo la Doctrina Estrada —de la que ya se ha hecho referencia en este prólogo—, arma de dos filos con su apéndice de reconocimiento automático, escogida en Bogotá como instrumento de política interamericana, comenzó a dar sus frutos a plazo ciertamente corto en nuestra América.

Después vendrían a demostrar los golpes a traición del Perú y de Venezuela, hasta dónde esa doctrina, manejada sin nociones de ética interna-

cional, sólo habría de servir para animar a nuestros más vituperables espadones —los viejos y los de nueva hornada—, y para reconocer como legítimos sus cuartelazos *en nombre de la democracia*.

Reconfortado por otros reconocimientos anficiónicos, se creció Somoza. Y una vez más, en diciembre de año tan infausto para Costa Rica como habrá de serlo en su Historia el de 1948, pasaron la frontera varios miembros de la Guardia somocista. Iban estos hombres como técnicos y lanzabombas de un grupo de rebeldes costarricenses, con el más amplio apoyo del régimen de Nicaragua. ¡Seguían encendidas las pasiones!

A lo que hoy se llama Organización de Estados Americanos, heredera de lo que fue y sigue siendo la Unión Panamericana de Washington, dirigió sus miradas suplicantes la Junta de Gobierno establecida en Costa Rica.

Ya sabemos lo que sucedió: los comisionados de la rebautizada entelequia volaron a los dos países en tetramotor. Y así como había sucedido en Bogotá, el influyente Generalísimo Somoza pudo lograr que lo absolvieran, entre abrazos enternecedores de jueces y acusado, juramentos casi beatíficos de paz, promesas reiteradas de que el victimario de Sandino se portaría bien en lo futuro.

¡Todo dependía de Costa Rica, trastornadora feroz del orden y de la tranquilidad entre propios y extraños, con 120 hombres terribles de la Legión Caribe, que ayudaron a Figueres y que allí se adiestraban a su lado!

Esta Legión Caribe, tan espantosa y espantable, a don Tacho y a Trujillo les venía quitando

el sueño, con grave riesgo para los misericordiosos ideales democráticos, angelicalmente pacifistas, del Francisco de Asís dominicano y del Francisco de Asís nicaragüense.

Vino a resultar, entonces, que Costa Rica pidió lana en mala hora, y que volaron de Washington a trasquilarla. Se podría explicar el trasquilón — plagiando al ex Secretario de Estado Mr. Marshall—, por aquello de que si es verdad que So-moza había invadido territorio costarricense, también es cierto que se *temían o vislumbraban* “*supuestas acciones probables*” de la Legión Caribe.

* * *

Se podrá leer en el capítulo relacionado con Santo Domingo, y en las notas de pie correspondientes, hasta qué punto siguió el nerviosismo de los dos Generalísimos, y cómo era cada vez mayor su fobia contra los gobernantes civiles de repúblicas vecinas: doctores, letrados o filósofos.

Trujillo, sobre todo, después de la fracasada expedición de junio de 1949 —nota de pie N° 32—, en vez de amainar sus ímpetus con la descomunal victoria de sus tropas sobre una nave aérea, alzó antes bien la voz, hecho de pies a cabeza un basilisco, que en otras partes llaman *tatacoa*. ¡Bombardearía la ciudad de Guatemala! ¡Haría polvo a San José de Costa Rica, con todos sus maestrillos y sus licenciados! ¡Que se cuidara Cuba!

Para evitar el ataque con sus bombarderos, aconsejaba don Leonidas a los gobernantes de esos tres países que se fueran a vivir en el exilio,

con el Presidente-novelistista Rómulo Gallegos, haciéndose acompañar también de Betancourt y de los apristas peruanos desterrados. Mas como no siguieron tan piadosa indicación los unos ni los otros, intensificó Trujillo la guerra de nervios, apuntando sus baterías principalmente a Guatemala.

¡Hasta el Mariscal Stalin, Vischinsky y Molotov salieron a relucir en esta rumba o danza, como *inspiradores* o *consejeros* del Presidente Arévalo, quien sólo pudo ser electo por influencias directas de Moscou!

O sea, vale decir, que los fabulosos propagandistas bolcheviques habían dado el salto desde las estepas rusas, para caer en Guatemala y meterse en las casillas electorales más lejanas, incluso las de San Marcos, Huehuetenango y el Petén. Y siempre de acuerdo con Prío Socarrás, claro que por interpósita mano —pero con *documentos originales* que Trujillo se agenciaba milagrosamente—, seguía el Presidente Arévalo en misteriosos arreglos con la Unión Soviética para descomponer la paz de los Caribes.

Vino después el fallido cuartelazo del 18 de julio en la capital guatemalteca; y por haberse sostenido el régimen constitucional y popular en el poder, vibró otra vez la radio dominicana, y surgieron periodistas con nuevos documentos terriblemente comprometedores, y secundó Somoza el griterío.

Entonces le mandaron armas de los Estados Unidos a la democrática y asustadiza pareja de divisionarios, cabe suponer que para defenderse de algunas otras legiones caribeñas, más o menos

fantasmas, protegidas y adiestradas indudablemente, ahora sí, por el insaciable comunismo que quiere cambiar hasta la geografía de América.

* * *

Esto, que por pueril o por ingenuo se podría tomar a risa, queda comprobado con las cuantiosas compras de material bélico hechas por Trujillo en diversos países, y por el nuevo equipo para sus fábricas de armas, que le sigue llegando de misteriosos centros manufactureros.

En lo que concierne a Somoza, apenas terminaba el citado mes de julio, y dos enormes bombarderos, recién adquiridos en Estados Unidos, hacían vigilancia democrática sobre la capital de Nicaragua. Informan al respecto los diarios "Novedades", "La Prensa" y otros periódicos nicaragüenses que tengo aquí a la mano:

"Por la tarde de ayer ingresaron a esta capital dos fortalezas aéreas, de último modelo, compradas por nuestro gobierno a los Estados Unidos. Son A-20, con una potencialidad de vuelo de 350 millas por hora, o sea de lo más rápido que hay en estos momentos en su clase. Ayer mismo salieron de Miami, arribando sin novedad a Nicaragua. Estas dos naves aéreas vienen a reforzar la aviación militar de nuestro país". (Novedades, 31-7-1949).

"Los dos nuevos y rugientes aviones tipo A-20, vendidos por el gobierno de los Estados Unidos al de Nicaragua, fueron enseñados ayer al público de Managua. Desarrollando una velocidad aproximada de 350 millas por hora, los dos veloces

monstruos aéreos volaron varias veces sobre la ciudad, haciendo rápidos virajes". (La Prensa, 31-7-1949).

"Los nuevos aviones pasan rozando los techos, con ruido ensordecedor, alarmando a los tímidos, agravando a los enfermos, quitando el hambre a los que aún tienen qué comer. Si es para asustar, esos gigantes ya cumplieron su misión, aunque violando la ley de altura y poniendo en grave peligro al vecindario. El resultado final es que se asustaron ciertamente los enemigos, pero también los partidarios de esta democracia especialísima". (Recorte de la misma fecha, también de Managua, pero sin dar el nombre del periódico).

* * *

Apenas he podido transcribir las notas anteriores, cuando me llega el último número del "Boletín de Información Política" (22 de agosto de 1949), importante hebdomadario de esta ciudad de México. Y encuentro en sus páginas algunas informaciones alarmantes sobre este mismo tópico de Centroamérica y el Caribe.

Se enumeran en varias páginas nutridas de ese periódico, diversos hechos que sin duda causan inquietud. Acaso valga la pena destacar, sintetizándolos, los que más se prestan a meditación. Y no con afán demagógico ni con románticos arrestos antiimperialistas, sino con el deseo sincero, antes al contrario, de que sea posible volver a la política de buena vecindad. He aquí esa síntesis:

Campana sistemática, perfectamente sincroni-

zada, de la gran prensa mercantil hispanoamericana, dirigida a silenciar, con toda habilidad y malicia, a quienes en una o en otra forma sean capaces de hacer resistencia a la penetración de las compañías norteamericanas en nuestro suelo, protegidas por exenciones y otros privilegios discriminatorios especiales.

Golpes domoledores que han empezado a descargar ciertos gobiernos —como obedeciendo a una consigna— contra las organizaciones obreras centro y sudamericanas, señalándolas a todas, sin el menor escrúpulo, como *focos de infiltración soviética*.

Intervención constante del servicio de inteligencia de los Estados Unidos en nuestras repúblicas, con objeto de enjuiciar y perseguir a los adversarios de dictadores como Somoza y Trujillo, quienes cuentan además con el respaldo diplomático de los Estados Unidos y con implementos bélicos, a manos llenas, del Gobierno democrático de aquella gran potencia.

Propaganda tendenciosa, cohecho de políticos, leyes y tratados casuísticos para sujetar “la llave estratégica del Caribe”, y para poder usarla libre y caprichosamente, acogotando a México, Centroamérica y las Antillas.

Suministra después el Boletín, además de hechos tan visibles como los esbozados, una serie de detalles minuciosos en relación con los distintos gobiernos, sus maniobras para servir a Washington, y los contactos de las Embajadas norteamericanas para “cerrar la rosca” en esta región del nuevo mundo.

Leídas y meditadas dichas informaciones, lle-

ga uno a creer que algo sumamente grave, definitivo acaso para el porvenir de estos países, se está tramando en contra de su tradición, de sus derechos soberanos y de los principios formulados en la desaparecida carta del Atlántico.

¡Algo grave, ciertamente, porque en su zona de influencia no está Washington con las democracias —ni siquiera con el ideal democrático en abstracto—, sino con los regímenes de imposición, de absolutismo y de barbarie que asegura combatir en otros continentes!

Quiere decir que en estos días el Departamento de Estado apoya lo peor, lo más ignominioso de tan sufridas naciones; a hombres que *no toleraría* como gobernantes el pueblo de los Estados Unidos; a políticos irresponsables y rapaces, cuyos vicios y lacras exhibe en las páginas de este libro William Krehm.

En tales condiciones se han formado dos bloques: el de las dictaduras, increíblemente armadas por la patria de Jefferson y de Lincoln contra las democracias —a las que se les pone la etiqueta de comunistas—, y el de pueblos que luchan por su libertad y por mantener incólume su conciencia efectivamente democrática.

* * *

Explicado a grandes rasgos el maremagnum del Caribe, puedo ya conectar con el principio, allí donde hice ver que Mr. Paul C. Daniels, representante de los Estados Unidos en la Comisión Interamericana de Paz, había planteado en Wash-

ington la urgencia de estudiar “la crisis que perturba la paz en esa zona”.

Ahora debo agregar —con el “Boletín de Información Política” ante los ojos— que “Mr. Daniels era el Secretario de la Embajada norteamericana en Managua, cuando fue asesinado el general Augusto César Sandino”; y que en notable artículo de un colega suyo en funciones diplomáticas, “publicado hace aproximadamente un año en el periódico “Excelsior” de esta capital, se denunció la intervención del propio Mr. Daniels en las maniobras que dieron por resultado la muerte del líder de las Segovias”.

Dije además que este ilustrado caballero es amigo y defensor de nuestros más pintorescos *hombres fuertes*. Informa al respecto el mencionado Boletín: “Podemos afirmar, de otra parte, que Daniels ha mantenido estrecha amistad con Somoza, a quien le prometió hace apenas unos cuantos meses —en la época en que se produjo el incidente entre Costa Rica y Nicaragua— *arreglar las cosas en Centroamérica a muy corto plazo*”.

¡Y ya, por lo visto, está Mr. Daniels sobre la marcha! Simuló asustarse mientras llegaban los nuevos monstruos aéreos a Managua. Consiguió —¡así pondría el gesto de trágico!— que de veras se asustaran otros compañeros suyos, *admiradores* de Trujillo. Se asustó por carambola la Comisión Interamericana de Paz. Y se asustó, a su vez, la flamante Organización de Estados Americanos, heredera —ya se dijo antes— de la Unión Panamericana, que algún escritor de mala entraña quiso equiparar a un Ministerio de Colonias.

De manera que se asustaron por aquello tan

divertido de la Legión Caribe, y resolvieron sesionar los de la OEA el 3 de agosto. Tornáronse a reunir el 5, dispuestos a evitar que se repitan sucesos tan perturbadores en la zona tropical de este hemisferio. Y días después recibieron, para leerlas y discutir las amistosamente, abundantes pruebas documentales de los dos Generalísimos.

¿Solución primera para que haya paz en Centroamérica y el Caribe? ¡Una consulta! Consulta a los 21 gobiernos anfictionicos, rogándoles que estudien el problema y aconsejen, *sabiamente*, sobre la forma más atinada de resolverlo.

Entre los que van a dar *sabio* consejo sobresalen, por supuesto, Delgado Chalbaud, el de la Junta Militar de Venezuela; el Jefe Gálvez, abogado de la United Fruit Company en Honduras; el coronel o general Odría, autor del último cuartelazo en el Perú; y, naturalmente, los propios y siempre bien informados Generalísimos don Anastasio Somoza y don Rafael Leonidas Trujillo.

¡Todos ellos angelicalmente democráticos! ¡Todos, no cabe duda, enemigos de las ideas exóticas! ¡Todos, de acuerdo con Mr. Daniels, amantes beatíficos del orden y de la paz!

* * *

No. Guárdense más bien los organismos de Washington, los bien intencionados pacifistas y los demócratas sinceros, que allí representan a la América bolivariana, de pedir sabio consejo a ciertos gobiernos hemisféricos.

Saquen, alguna vez, ánimo de su flaqueza.

No imiten, con su debilidad, a los apaciguadores europeos, encabezados por Chamberlain y Daladier, incapaces de afrontar la trágica realidad que los llevó a la guerra.

El hemisferio occidental no puede, no debe seguir las tácticas del viejo mundo. La Organización de Estados Americanos tiene una misión que cumplir, que no es de encubrimiento culpable ni de torpe disimulo. Tiene una obra que realizar, profundamente humana, o desaparece y se hunde como el Comité de Londres y la Sociedad de las Naciones.

Olviden el estéril formulismo de la vieja diplomacia los hispanoamericanos que allí se reúnen.

No quieran congraciarse con los dictadores.

Ausculten el dolor y el sentimiento de sus pueblos.

Estudien, con decisión y ánimo sereno, lo que ha sido, lo que es y lo que puede ser Hispanoamérica sin despotismos; sin el temor constante al atropello y al ultraje; con segura protección para el trabajo; con industrias y tractores en lugar de materiales bélicos.

Vean, si tienen ojos.

Si tienen oídos, agúcenlos y oigan.

¡Oigan el zumbido de las máquinas de muerte sobre Managua!

¡Oigan el zumbido de los grandes aviones que vuelan sobre Santo Domingo!

¡Oigan el ruido de los tanques, de las ametralladoras, de los sables y de las espuelas en Lima y en Caracas!

Vean y oigan, sin venda en los ojos ni algodón en los oídos. Allí lo que hay es barbarie y despo-

tismo sórdidos. Y pueblos desmoralizados, que sólo piden menos complicidad con sus verdugos para vivir la democracia.

No se preste cooperación de guerra a los regímenes de dictadura, sin otro fin que el de oprimir al hombre y anular al ciudadano, y tendremos paz en Centroamérica y habrá paz también en el Caribe.

De ello pueden estar seguros el Gobierno de Washington y la flamante Organización de Estados Americanos.

Palabras finales

No quiero dar la impresión de que ha sido mi deseo abrir viejas heridas en momento inoportuno. Ya se ha visto de qué manera hago constar la comprensión de ilustres escritores y estadistas norteamericanos hacia nuestros graves problemas. Y se habrá leído, también, en qué forma señalo nuestra propia responsabilidad en la situación que nos aqueja.

He hablado insistentemente de la buena vecindad y de cómo es indispensable volver a ella, lamentando que su vigencia se haya convertido en agonía con la muerte del Presidente Roosevelt.

“Parece que estamos demasiado ocupados con el Pacto del Atlántico Septentrional, para poner atención ninguna a nuestros vecinos, a quienes tan desesperadamente cortejamos durante la última guerra”. Textualmente me ha dicho estas palabras, durante su reciente visita a México, mi vie-

jo amigo el doctor Samuel Guy Inman, Consejero del Departamento de Estado mientras vivía y gobernaba Mr. Franklin Delano Roosevelt. Y se hizo a continuación esta pregunta:

“¿Estaremos obligados en una crisis futura a volver los ojos a las repúblicas hispanoamericanas, a cortejarlas de nuevo para pedirles su ayuda?” Me confiesa después con amargura:

“La política de buena vecindad *ha caído verticalmente*. Entre 1900 y 1933 hubo *cuarenta intervenciones armadas* de los Estados Unidos en América Latina. Pero los norteamericanos conscientes sentimos una honda satisfacción cuando se retiraron nuestros marinos de Nicaragua y de Haití; cuando se puso término al derecho de cobrar deudas por la fuerza; cuando se abrogó en Cuba la Enmienda Platt, estableciéndose así nuevos sistemas de convivencia entre las dos Américas, a base de buena fe y de leal cooperación. Esa fue la realidad interamericana, desde que el Presidente Roosevelt llegó al poder hasta el final de la segunda guerra. Hoy aquella mutua cooperación es como un bello florero que se nos ha caído de las manos y se ha roto contra el suelo”.

* * *

No daría fin a este prólogo si quisiera comentar lo que otros escritores de renombre, periodistas y diputados norteamericanos han dicho sobre la vuelta atrás de la Secretaría de Estado. En el concepto de estos personajes, “Washington invierte miles de millones de dólares para mejorar las condiciones de vida de las potencias del Eje Roma-

Berlín-Tokio, con cuyos pueblos vencidos quiere ser indulgente. ¡Y bien está que lo sea! Pero no hay razón ninguna para que a los vecinos del sur, que fueron nuestros aliados, se les trate como si ellos hubieran sido los derrotados en la guerra”.

A ese paso —es lógico suponerlo— lo único que va a prosperar es el viejo rencor, la desconfianza de los pueblos hispanoamericanos hacia los Estados Unidos, no obstante lo que puedan susurrar los amables diplomáticos, imposibilitados para sacudirse el miedo, decir la verdad y defender, con justas y buenas razones, los principios democráticos de América.

Si ellos no proclaman esa verdad, bueno es que alguien la diga.

Se nos pondrán etiquetas o marbetes de color subido a los que pugnamos por evitar males mayores.

Se nos insultará, se nos difamará, se nos calumniará.

¡Nada importa!

Abajo en el fondo está el final, donde ya no se escuchan las voces estentóreas. Hacia ese final vamos todos irremediabilmente, encajonados en las cuatro tablas de un ataúd.

Seguirán viviendo los que tuvieron determinado ideal inmarcesible, al que dedicaron lo más noble de su espíritu.

Se quedarán muertos para siempre, definitivamente muertos, los que sólo pasaron por el mundo para ser materia, y sólo vivieron por ella y para ella.

O nos dirán, los que perdieron la fe, que estamos clamando en el desierto. ¡Pudiera ser! Pe-

ro que a los hombres de conciencia en América nos quede siquiera el derecho de protestar e indignarnos.

¡Gritar!, como decía Unamuno, con espíritu resuelto a que los bachilleres y los duques no sigan custodiando el sepulcro de don Quijote.

Insisto en repetir —oíganse o no estas voces—, que no hay otra intención en cuanto aquí se ha dicho que prevenir daños mayores.

¡Prevenir daños mayores!

Eso es, en conclusión, lo único que me propongo. Y eso es lo único que hace William Krehm en este libro aleccionador sin histerismos.

México, D. F., agosto de 1949.

**PALABRAS EXPLICATIVAS DEL AUTOR
A LA SEGUNDA EDICION DE SU
LIBRO "ROMPIENDO CADENAS"**

Unión Democrática Centroamericana,
México, D. F., 1951

Ha dicho el Gandhi: La civilización de hoy no representa el espíritu de Dios ni del Cristianismo, sino el espíritu de Satanás. Y los éxitos de Satanás tórnanse máximos, cuando aparecen con el nombre de Dios en los labios.

*En donde se habla de analfabetos morales
y de lo que vale un buen millón robado*

A CASO sea temeridad reimprimir este libro de verdades nuestras, *cruelas y dolorosas verdades hispanoamericanas*, cuando el mundo está lleno de mentiras, para satisfacción de quienes heredaron, no la técnica ni el mesianismo, pero sí las intenciones satánicas de Goebbels y del "Mein Kampf". ¡Temeridad, y no de poca monta, por lo que ello significa de nuevos sacrificios, de aislamiento y de renunciación para el intelectual respetuoso de sí mismo!

No faltará quien asegure, además, recordando tal vez la época del buen vecino, que lo que pudo decirse y escribirse hace ya veinte años, no es cosa de sensato juicio decirlo ni escribirlo en 1951. Y que tampoco implica madurez de entendimiento que siga uno enfrentándose, después de tanto ba-

tallar, a los amos del poder y de la fuerza en nuestro medio de resignación y entreguismo.

Mucho he pensado y meditado en esas buenas o malas razones de amigos generosos; en lo que serían mi comodidad, mi provecho personal y el bienestar seguro de los míos, si contrariando la ética de Montalvo emplease yo la pluma por cuchara; en la mirada torva o el ceño adusto que algunas gentes me pondrán, a pesar del Cristianismo, todo él misericordia; y en las cruces y desvíos que juzguen necesario hacerme, por simulación los que estén al servicio de quien maneja el oro de la propaganda, o con sinceridad los que tienen diminuto el ánimo.

Y así anda la procesión en estas guerras de nervios —a propósito de sensato juicio—, porque no gobierna la sensatez a los que la deberían tener y hacer brillar desde la altura, de tal modo que la histeria de los enloquecidos no se propague a los desamparados de la inteligencia, a los pobres de espíritu y de voluntad, que se aprietan de temor en la llanura.

* * *

Mucho he pensado y meditado, pues, en todo eso y en posibles contratiempos. Pero no con amargura. Tampoco con desdén o ingratitud hacia los que se preocupan al verme otra vez montado en Rocinante. Sí, en cambio, con el desaliento de los años, de la incomprensión y del esfuerzo inútil.

Porque es inútil —aparentemente inútil— el esfuerzo de días, y de semanas, y de meses, y de

noches enteras, hasta el amanecer, “escribiendo con la pluma en el papel”, como diría Martí, para encontrarse uno a la postre con una triste verdad. Con la verdad desconcertante de que vale más un buen millón robado, o un Cadillac de lujo, o un político rastacuero con palacetes y brillantes; y más, pero mucho más, la traición de un militar o un cuartelazo con fortuna, que la tarea del escritor, del sabio o del artista, sin otro respaldo que su pensamiento.

¡Su pensamiento en mitad de la vorágine, de los apetitos desenfrenados, del afán de lucro; y en medio de todo, las oraciones pías!

Porque no olvida el funcionario del millón robado, ni el tocinero en Cadillac de lujo, ni el político con palacetes y brillantes, ni el militar que con la fuerza traicionó a su pueblo; porque no olvidan estos hombres, o sus mujeres y sus hijas, la vieja costumbre de darle a Dios las gracias y encenderle velas a la Virgen Santísima del Perpetuo Socorro, por lo que pudo acumular el codicioso, empobreciendo más al miserable.

* * *

El pensamiento del escritor, del sabio o del artista —lo diré en otras palabras—, languidece en estos días frente a orates con palo y con mando, cuyo sitio está en el manicomio o en la cárcel; o frente a grupos poderosos de *analfabetos morales*; o frente a multitudes sencillas de analfabetos sin culpa, porque los engañan y los desorientan quienes habrían de llevarlos por el buen redil.

Son multitudes analfabetas del silabario im-

preso, y aun del verbo en la tribuna, pues se las tiene acostumbradas al grito de los líderes, al ruido *glorificador* de los machetes, al tableteo de las ametralladoras o al estallido de la bomba atómica, símbolo máximo de la civilización contemporánea.

No leen entonces, no quieren leer la verdad escrita, los que podrían leer. No oyen, no quieren oír la verdad clamada, los que podrían oír. Y si alguien de la multitud se acerca deseoso de entender, los Ku-Klux-Klanes de la nueva Inquisición le tapan los ojos para que no vea, y le tapan los oídos para que no pueda escuchar *la falsa prédica de los ateos*.

* * *

Y así van los hijos de Dios en mitad del siglo veinte, perdidos dentro de sí mismos; enfermos de la voluntad y del espíritu; a merced de hombres pequeños y mediocres, sin que ningún guía tenga manera de señalarles el camino a seguir en este laberinto, en este inmenso Campo de Agramante que es hoy la humanidad, desgarrada por dentro y por fuera, expuestos todos a matar y a que los maten, sin saber por qué ni para qué.

¿Por un ideal digno de vivirse hasta morir por él?

¿Por la honra?

¿Por la patria?

¿Por la justicia?

¿Por la libertad?

Eso y mucho más se ha predicado. Pero los padres, las viudas y los huérfanos de muchos millones de combatientes, muertos en la primera y en

la segunda carnicería mundiales, no saben a ciencia cierta, a juzgar por lo que sucedió después, por qué ni para qué mataron o sucumbieron los que apenas fueron en la guerra carne de cañón.

Ni saben tampoco, las gentes sencillas, por qué la sangre del hombre se ha derramado y se sigue derramando, hoy peor que ayer, en contiendas incesantes con membrete de distinto color, anteriores y posteriores a las dos grandes matanzas totalitarias de esta bárbara centuria supercivilizada.

*Sumario en el cual se observa cómo han sido
atacados los movimientos democráticos
del siglo veinte, entre ellos la Revolu-
ción mexicana y el "New Deal"
del Presidente Roosevelt*

Podrían saberlo las víctimas propiciatorias si las dejaran entender. ¿Por qué no enseñar honesta y correctamente, por qué no interpretar la Historia, biografía de la raza humana, fuente de experiencia para los de arriba y los de abajo? ¡Siquiera la de cien años a la fecha!, que es lo que interesa, analizando hechos como los que siguen:

I.—Viejos imperios coloniales.

Guerra franco-prusiana de 1870.

Formación y desarrollo de cuatro nuevas potencias agresivas en el siglo pasado: Alemania, Italia, Estados Unidos, el Japón.

Técnica de las concesiones, sin el esfuerzo ni la responsabilidad del coloniaje.

Extraterritorialidad en China.

Explotación del Africa, del Medio Oriente y de la América Española.

II.—Revoluciones democráticas —¡las de países retrasados!— al iniciarse el siglo veinte.

Primero la de México en 1910, *característicamente mexicana*, con su Constitución avanzadísima de 1917. Por qué razón y en qué forma fue difamado ese movimiento, de manera sistemática, por los grandes consorcios extranjeros.

Después la de China, *característicamente china*, dirigida en 1911 por el Dr. Sun Yat-Sen. Por qué razón y en qué forma auxiliaban las potencias extranjeras, las potencias llamadas democráticas, a los mandarines contrarrevolucionarios de aquel inmenso país, escarnecido y humillado por la civilización occidental.

De cómo esta misma civilización occidental fortalecía también al imperio militarista japonés, para desmembrar entre todos a los chinos.

Política Panasiática de los nipones, que desde su guerra victoriosa contra el Celeste Imperio en 1894-95 y contra Rusia en 1904-1905, se habían quedado con la isla de Formosa y con la península de Corea, como posteriormente se apoderaron de Manchuria, Jehol y otros territorios.

III.—Aspectos de la primera guerra mundial, otro fruto sazonado y madurado de la civilización occidental.

El Kaiser de los teutones, el católico Emperador austríaco Francisco José, Inglaterra, Francia, etcétera, unos contra otros, sin que de ello pueda inculparse al socialismo, ni al liberalismo, ni a la democracia, sino a la falta de piedad cristiana.

En aquel entonces Italia, con la ilusión de ampliar sus colonias en el Africa, y el Japón, bien respaldado el régimen de Tokio para seguir dominando en Asia, lucharon codo a codo con las potencias aliadas.

Revolución soviética de 1917, posterior a la de México y a la de Sun Yat-Sen. Por qué razón y en qué forma, desde sus comienzos, se organizaron las potencias capitalistas contra el movimiento ruso, atacándolo primero con las armas y después con el "cordón sanitario", mientras permitían el rearme de Alemania sin acordarse del Tratado de Versalles.

Resultado negativo del Plan Dawes y del Plan Young, como fracasaron también los 14 puntos del Presidente Wilson, el Pacto Briand-Kellogg y demás convenios económicos o pacifistas.

IV.—Caída de la monarquía e instauración de la república de España. Por qué razón y en qué forma combatieron las derechas a este nuevo régimen liberal y democrático, *característicamente español*.

Mussolini y el fascismo. Hitler y la doctrina nazi. Cómo se impusieron en el mundo estos totalitarismos y sus líderes.

Roosevelt y el "new deal". Significación revolucionaria de dicho sistema en los Estados Unidos. Por qué razón y en qué forma se le opusieron, de manera sistemática, los grandes "trusts" financieros norteamericanos.

Eje Roma-Berlín-Tokio. Nuevas agresiones del Japón a China. Ataque y conquista de Abisinia por Musolini. Los nazis y los fascistas se lanzan contra España.

Fracaso total de la Sociedad de las Naciones y fortalecimiento, cada vez mayor, del Eje totalitario, que con la enseña del peligro comunista logró neutralizar a las potencias democráticas.

V.—De la agresión nazifascista a la barbarie de la segunda guerra mundial.

Anexión de Austria por los ejércitos de Hitler.

El Pacto de Munich y la entrega de Checoslovaquia a los teutones, con el asentimiento de Italia, de Francia y de Inglaterra.

Derrumbamiento de la República Española, abandonada por la Civilización Occidental, que estaba entonces al servicio de Hitler, de Mussolini y de los militaristas japoneses.

Sangrientas persecuciones y matanzas de judíos en el viejo mundo, dominado por los nazis.

Ofensiva constante de nervios bajo la dirección de Goebbels, con el fantasma comunista en ambas manos.

Conquista de Albania y anexión de Memel, hasta que estalló al cabo la segunda guerra, cuando Alemania se lanzaba también sobre Polonia.

VI.—Pacto ruso-germano de no agresión, a pesar del cual Hitler arremetió en 1941 contra la Unión Soviética.

Para entonces el Reich bombardeaba furiosamente a Londres, y habían caído en su poder Noruega, Dinamarca, Luxemburgo, Holanda, Bélgica, la Francia mancillada de Pétain y de Laval.

Enormes batallas entre rusos y germanos. Encendidas alabanzas de los lores, de los comunes, de los demócratas europeos y norteamericanos para el señor Stalin y su pueblo. Respaldo de Ingla-

terra y de los Estados Unidos a la Unión Soviética.

Inopinado ataque del Japón a Pearl Harbor, Honolulu, Filipinas, Guam, Singapur, Hong Kong y otras posesiones norteamericanas y británicas en el Lejano Oriente.

Carta del Atlántico. Conferencia tripartita de Moscou. Acuerdos del Cairo y de Teherán. Carta de San Francisco.

Otras muchas "Cartas" sobre independencia, democracia, justicia y libertad.

Actitud del Continente Americano frente a la guerra mundial.

Nueva interpretación de la mal traída y peor llevada Doctrina de Monroe.

En Río de Janeiro quedó consagrada la solidaridad continental americana, para provecho de Washington y lo contrario al sur del Bravo

*En donde se averigua lo que vino a sucederle
a Cándido con Cunegunda*

Si las víctimas de tan atroz desequilibrio en medio de tantas "Cartas" y promesas, supiesen lo que hay en un sumario como el esbozado; si se enseñara y se interpretara la Historia honestamente, como se insinuó en página anterior; si a las gentes sencillas las dejaran entender, entonces no andarían exponiendo la vida en busca de la democracia, de un confín a otro de la tierra, según narra Voltaire que hizo Cándido en pos de Cunegunda.

Así estuvo la cosa: logró Cándido encontrar

por fin a Cunegunda, aunque bien es cierto que violada varias veces y por distintos hombres: un búlgaro de gran tamaño, que con su daga casi le cercena el pecho izquierdo por oponerle resistencia; un inquisidor, el judío don Isacar y el Gobernador de Buenos Aires; y tan enjuta, tan fea, tan arrugada y tan descolorida, que nuestro personaje dio tres pasos atrás al tenerla por delante, después de tantas privaciones, peligros y torturas como sufrió por ella.

Ni les ocurriría, a los desprevenidos por ignorancia, lo mucho que padecieron el optimista del Dr. Panglós y el propio Cándido, cuando arrojado de la quinta del señor barón de Tundertentronck, título de Westfalia, se encontró de buenas a primeras en una famosa y singular batalla que libraban los búlgaros con los ávaros. (¡Cuánto diera por tener humor y ánimo para escribir un breve relato sobre *Cándido en el siglo veinte!*)

Conocerían entonces, quienes no fuesen ciegos ni sordos, las causas de la guerra:

Algunas veces, ambición de gloria de este o aquel gran capitán desaforado, con magnetismo suficiente para que el pueblo se deje armar y lo secunde, "en aras del honor nacional".

Intransigencias religiosas o políticas, en ciertas ocasiones, sobre todo en épocas pasadas.

Viejos odios de nación a nación o de raza a raza, que sabe aprovechar la demagogia para "cobrar agravios a la patria".

Pero en el fondo de lo abstracto —en esta centuria de tanto progreso que los hombres se confunden con las máquinas—, lo concreto que toma o conquista el poderoso:

¡Oro, plata, petróleo, materias primas, caucho, minas de carbón, nuevos mercados, nuevos territorios, puntos estratégicos, bases aéreas, bases navales, bases militares, porque van cambiando de lugar, se van ampliando las fronteras de los imperialismos!

Nuevas razones por las cuales se demuestra que el mundo anda desquiciado

Están así en su gloria los fabricantes de armas, los petroleros y otros monopolios insaciables, los contratistas, los amos de la industria; es decir, los que manejan *monstruosos intereses materiales*, en cualquier caso de menos valor que la vida, por cuya posesión clamaba don Quijote que es gran bellaquería matarse y no entenderse.

Se matan, sin embargo; se matan y no se entienden —en Corea y fuera de Corea— los que fueron aliados, los que estuvieron unidos contra la terrible agresión de alemanes en Europa y de japoneses en el Asia. ¡Hay que diezmar a los chinos, bombardear Manchuria, quedarse con Formosa! ¿No era éste el pensamiento del general Douglas McArthur?

Plácidamente sonríe el Mikado, cuyo imperio irá poco a poco resurgiendo de las cenizas de la bomba atómica. Hoy mismo, 8 de septiembre de 1951 —¡seis años después de terminada la guerra!—, mientras pongo en orden los apuntes de este prólogo, leo en los periódicos que 49 países suscribieron en San Francisco el Tratado de Paz con el Japón.

Bien está que se firmen protocolos de paz, que conduzcan efectivamente a una paz firme y estable. ¿Pero no ha de contar en el Continente asiático la enorme China, agredida por el Japón durante lustros y decenios, en negociaciones que la atañen más que a otras potencias? Nada quieren con ella Washington ni Lake Success. Rusia y la India se abstuvieron entonces de firmar el documento.

¡Rusia, India, China! Mil doscientos millones de habitantes, que algo han de pesar en el Asia y en las relaciones presentes y futuras del planeta. ¿No es verdad que anda el mundo desquiciado?

* * *

Anda desquiciado el mundo, no cabe duda, a pesar de Lake Success, por haberse dividido en bloques antagónicos —¡artificialmente antagónicos, diría Mr. Franklin Delano Roosevelt si resucitara—; porque el noruego Trigvie Lie, con la costosa, ineficaz y pródigamente alimentada burocracia de las Naciones Unidas, no sabe de qué se trata ni en sus propias oficinas; porque nadie obtiene información exacta sobre lo que sucede tras la Cortina de Hierro; y porque los famosos *cinco grandes* de la Carta de San Francisco, excluída China, se han convertido en dos y medio:

El gigante norteamericano. El gigante ruso. Y en la media unidad, holgados porque sobra espacio, Inglaterra, Francia y el infortunado Chiang Kai-Shek de ahora, que en su isla de Formosa es algo así como el jefe de un gobierno en el exilio.

Y de tanto amenazarse y desconfiar y discutir los dos grandes gigantes, sin que los países pequeños o los más crecidos se atrevan a mover un dedo, o a salirse de la Naciones Unidas para no continuar allí como satélites; y de tanto amenazarse y discutir los dos gigantes, ha nacido y va creciendo el histerismo en Occidente a tal extremo, en forma de tal modo pavorosa, que los pueblos están aterrados por lo que ven venir, en tanto que los magnates de la gran industria bélica se llenan de pavor, cuando hay indicios de que estalle y logre buen éxito una *ofensiva de paz*.

Sólo se habla, en suma, de nuevos armamentos supercivilizados; de bombas todavía más poderosas que la de hidrógeno; de medios aún más rápidos y eficaces de destrucción y de matanza, como para que nadie quede vivo ni pueblo ni ciudad en pie; y, naturalmente, de sumas fabulosas a cargo de los contribuyentes, para que ellos mismos se maten o los maten sin saber por qué ni para qué.

*De lo que se gasta en armas para la muerte
y no en vituallas para la vida*

Como prueba estadística de lo que se viene aquí afirmando, en esta misma fecha del Tratado de Paz con el Japón publican los periódicos, también a grandes títulos, las enormes cifras del presupuesto de guerra norteamericano para el año fiscal que se avecina, a saber:

Dls. 61,103.856,030,00 para las tres armas:
ejército, marina y fuerza aérea. Más Dls.

44,278.000,000.00, anteriormente concedidos pero no erogados, y que están a la orden del Departamento o Secretaría de la Defensa. Más Dls. . . . 5,000.000,000.00 para un "fondo de emergencia nacional", que los jefes militares podrán usar a discreción.

Lo que suma en total, sólo para guerra —sin contar lo que erogan otras potencias, ni las cantidades igualmente astronómicas de años anteriores—, Dls. 110,381.856,030.00 (Ciento diez mil trescientos ochenta y un millones, ochocientos cincuenta y seis mil treinta dólares).

* * *

Para darse una idea de lo que esto significa; para comprender lo que esa fantástica riqueza le resta de bienestar al ser humano, desnutrido, angustiado, sin más horizonte que su miseria y su dolor; para que los de uno y otro bando acepten la razón del Gandhi sobre la civilización contemporánea, expuesta en el epígrafe; para que todos podamos ver y calcular en qué forma tan cristiana y efectiva se podría vencer lo que suele llamarse comunismo, con sano regocijo y no con lágrimas ni sangre, *si el poderío económico de los privilegiados se emplease en vituallas para la vida, y no en máquinas ni en hombres para la muerte*; para que vayan entendiendo, pues, las gentes sencillas, bien vale la pena simplificar el cálculo.

Simplificarlo, reduciendo cifras, porque en estas cuentas de billones o miles de millones, no es remoto perder el sentido de la realidad. Dividamos entonces por 360 la suma transcrita de Dls.

110,381.856,030.00, y tendremos un promedio *diario* de Dls. 306.616,266.78.

¡Algo más, en otras palabras, de 306 millones y medio de dólares al día, para dispararle bombas, cañonazos y obuses a la doctrina comunista, que como tal doctrina o pensamiento filosófico, según quiera llamársele, no hay manera de darle fin en esa forma!

En donde se comparan nuestros presupuestos con el de Estados Unidos, y llega uno a pensar cosas dignas de narrarse

Comparemos ahora nuestra situación con la de Estados Unidos. ¡Nuestra situación, que no puede medirse en millones de dólares ni en arsenales bélicos! ¿Qué somos, materialmente hablando; qué tenemos los centroamericanos; hasta dónde alcanza la potencialidad económica de las demás repúblicas hermanas de este Continente?

Será bueno decir, adelantando lo que explico en el texto de este volumen, que el presupuesto fiscal de los cinco Estados centroamericanos: Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica, apenas llega a Dls. 130.000,000.00 anuales, para todos sus egresos: Salubridad, Educación Pública, Gobernación, Fomento, Defensa Nacional, etc.

El cálculo se ha hecho convirtiendo las monedas de las cinco repúblicas: quetzal de Guatemala, a la par; colón salvadoreño, lempira de Honduras, córdoba de Nicaragua y colón de Costa Rica a su relación con el dólar, tomando como

base un tipo medio de cambio cuando es variable, como sucede en Nicaragua y en Costa Rica, pequeños paraísos de la bolsa negra.

O sea, en resumen, que sólo en armas gasta Norteamérica *por día*, únicamente para erogaciones de guerra, casi tres veces más de lo que invierten los cinco gobiernos centroamericanos, en todos sus servicios oficiales, durante el año entero.

* * *

Si para mayor ilustración en la materia nos detenemos en la realidad fiscal de México, uno de los países mayores en el conjunto hispanoamericano, nos encontraremos con datos como los siguientes:

Ingresos de la Federación en 1950, incluyendo bonos colocados, préstamos obtenidos y enajenación de bienes nacionales inventariados: Pesos 3,640,806,712,66. Erogaciones en el mismo período: Pesos 3,463,290,456.46. Superávit: Pesos 177.516,247.20.

Lo que en buenas finanzas indica que el Gobierno Federal, para todos sus gastos administrativos, para todas sus dependencias y para el incremento extraordinario de las grandes obras materiales, sociales y culturales que ha podido realizar, recibió —¡y tuvo superávit!—, al 8.65, tipo oficial de cambio en aquella época, un gran total en dólares de: 420.902,510, llegando lo invertido a poco más de 400 millones en números redondos.

De esto se deduce que México erogó *en todo el año*, de acuerdo con cifras oficiales de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, lo que el

Gobierno de Washington, *sólo para guerra*, ha dispuesto que se invierta aproximadamente en 31 ó 32 *horas*, que es la proporción de 400 millones de dólares al año en la República Mexicana, contra 306 millones *diarios* en los Estados Unidos, únicamente para ejército, marina y aviación.

* * *

Han de ser relativamente mayores los presupuesto de tres o cuatro países, con moneda fuerte en nuestra América, así como los del Brasil y Argentina. Pero sumando y promediando las erogaciones de unos y de otros, llegaríamos a la conclusión, en todo caso, de que nuestra realidad fiscal y económica es de un ritmo diferente, sin duda, al ritmo extorsionador y acelerado de las poderosas naciones supercapitalistas, al que no es posible que nos acoplemos.

Y hasta puede afirmarse que así piensan los altos funcionarios del Capitolio y de la Casa Blanca, cuando sin muchos circunloquios pero con elocuentes guarismos, a pesar de tantas conferencias y congresos anfictiónicos, nos han dicho su gran verdad. ¿Cuál verdad? Dejarnos *menos de siete octavos de uno por ciento* en su última distribución de caudalosos fondos anticomunistas.

Esta es la historia: Al mismo tiempo que sus fantásticas erogaciones en las tres armas, según se ha visto en estas notas, los Estados Unidos han creído necesario invertir por el sistema de créditos, *para que sus fábricas sigan trabajando y se haga más robusta cada vez la democracia*, muchos miles de millones de dólares en ayuda al extran-

jero, sujetándose los clientes a diversos planes y convenios. El más reciente de estos planes, que son como hijos menores del Plan Marshall, fijaba Dls. 8,500.000,000.00, reducidos en el Senado a Dls. 7,268.250,000.00, para ser colocados estratégicamente en puntos clave del planeta.

* * *

Y aquí viene la gran verdad. Después de mucho pensarlo y discutirlo, de esos 7,268 millones y fracción a distribuirse o prorratearse, se les ha ofrecido a las veinte repúblicas hispanoamericanas un total de 38 millones como ayuda militar, y algo más de 15 millones, fraternalmente divididos — ¡¡menos de lo que en Centroamérica gana la United Fruit y succiona la Standard Oil en unos cuantos pozos del pródigo subsuelo venezolano!!—, para que nos ayudemos económicamente.

¡Halagüeña verdad ésta de dos millones y medio por nación del Sur, por cada hermana o sobrina del Tío Samuel, que es, como quien dice, por cabeza de turco! Halagüeña, no cabe duda, y que hemos de agradecer con satisfacción y gran contento, porque es prueba segura de que las autoridades de Washington confían más en el patriotismo hispanoamericano, que en las armas o en el dinero que puedan ofrecernos para defender nuestra cultura y nuestra vieja tradición de libertad.

Saben ellos que con semejante respaldo —tan simbólico como la Doctrina de Monroe—, apenas nos alcanza para que sus mismos fabricantes nos vendan machetes “Collins” o mosquetones

viejos. Pero saben, de igual manera, que con sus propias fuerzas, cuando ya estaba en decadencia el poderío español, lograron enfrentarse nuestros antepasados a las constantes incursiones de los Hawkins, los Drake, los Morgan y demás piratas de muy alto predicamento en Inglaterra y en otras civilizadas Cortes europeas.

Y conociendo, como han de conocer siquiera en parte nuestra Historia, bien han de recordar los estadistas del Norte en qué forma tuvieron que recular a toda prisa las fuerzas navales de Su Majestad Británica, derrotadas por la población civil, cuando en 1806 quisieron apoderarse caritativamente de Buenos Aires, con ánimo de seguir después a Chile y Venezuela.

¡Querían los ingleses, colonizándola ellos a cañonazo limpio, salvar a Sudamérica de la *ferocidad bonapartista*, pues entonces era Francia — Francia, ni más ni menos— el país que amenazaba la civilización occidental!

Igual lección se habían llevado los franceses del poderoso Bonaparte en la pequeña Haití, tres años antes. ¡Y se la llevarían los de Napoleón Tercero con el régimen de Juárez!

Continuación de lo anterior, saliendo también a relucir la encomiástica democratización del arrepentido eje totalitario

No me parece oportuno insistir más en este tema, que trata del buen criterio de Washington al concedernos valor y prestancia suficientes para defender lo propio. En otras palabras, para opo-

neros a cualquier potencia agresora que tuviera empeño en conquistarnos. Es cuestión de conocer la Historia, como se dijo antes, para tomar conocimiento de que no hemos fallado de la independencia hasta la fecha, *tratándose, por lo menos, de agresiones extracontinentales.*

Lanza en ristre estaban Bolívar y los suyos, no confiando sino en sus propias fuerzas, cuando la Santa Alianza europea —los totalitarios absolutistas de aquel entonces—, Austria, Rusia y los prusianos, con el refuerzo posterior de los Borbones restaurados en Francia y en España, amagaban a nuestros bisabuelos con traerlos otra vez “al dulce yugo de Fernando VII”. ¡Hubiéranse venido sobre el Continente indoespañol los ejércitos enemigos de la libertad, y en las cumbres de los Andes habrían terminado su aventura!

Y aunque sólo sea de paso, no es cosa de olvidar lo que hizo Centroamérica, tan pobre en 1856 y tan desmedrada, contra las fuerzas esclavistas de William Walker. Y para citar un verbigracia de esta misma época de bombardeos aéreos, hagamos memoria de lo que pudo hacer en Nicaragua Augusto César Sandino.

De igual manera, y así lo percibe el Gobierno norteamericano, nuestros países tan mal equipados y tan mal nutridos, pero seguros de sí mismos, sabrán enfrentarse a Rusia, por ejemplo, cuando la Unión Soviética, y hasta los chinos y los norecoreanos, ávidos de colonizar y de quedarse con nuestras minas, nuestro petróleo, nuestros bananales, el Canal de Panamá y aun con las propiedades de la Bond and Share, decidan atrave-

sar el Atlántico o deslizarse por el Pacífico para atacarnos en nuestro propio territorio.

Al repetir con insistencia: *nuestro* propio territorio, se le da al pronombre posesivo carácter bolivariano. Es decir, que si la gran China pretende conquistar al Paraguay o a Bolivia para instalarse en el Chaco, en nombre de la solidaridad continental americana —sin abstenciones estadounidenses como la de Bogotá en favor del coloniaje—, solícitos acudiremos todos en auxilio del Paraguay y de Bolivia.

Y si, valga otro ejemplo, las huestes moscovitas deciden romper su Cortuna de Hierro y lanzarse sobre el Ecuador, Honduras, Nicaragua o la República de Haití, allí estarán los hombres libres de América cumpliendo su destino, con más decisión y eficacia que si los mandaran a pelear en otros Continentes.

* * *

Dicho lo que queda expuesto, que no es opinión mía sino lo que siente y no puede expresar la conciencia o la subconciencia del hombre de la calle, vuelvo a la cifra en que me había quedado, o sea los 7,268 millones de dólares y fracción a prorratearse y colocarse, estratégicamente, en puntos neurálgicos de Europa y de los dos Orientes, sin excluir al Mariscal Tito de Yugoslavia. ¡Y reservándole a España, al régimen nazifalangista de Francisco Franco, la suma más o menos *democratizadora* de 400 millones de flamantes dólares, a cuenta de lo que recibiría después!

Con cargo a la sabrosa lluvia de maná, y al

embarque de cañones y de bombarderos por si se mueve Rusia y llega hasta los Pirineos, ha empezado a recibir el Generalísimo sus primeros créditos para que los firme, letras o pagarés a largo plazo, pero con la excelente garantía de las bases peninsulares, isleñas, navales y aéreas que hoy le cede a Norteamérica en tierras y aguas de su patria, con la misma naturalidad con que ayer se las tuvo prestadas a Hitler y a Mussolini.

Protestan con razón los más altos valores de la cultura hispánica, por lo que eso significa de sojuzgamiento. Y hay sojuzgamiento porque la España falangista no figura, no puede figurar, nadie la quiere —por ser un régimen ignominioso— en el Pacto del Atlántico Septentrional, cuyas naciones signatarias suscribieron *multilateralmente* aquel convenio, al revés de lo que Franco no ha tenido inconveniente en tratar con una sola gran potencia.

Pero se indignan, sobre todo, y con ellos estamos quienes hemos vivido y palpado la heroicidad española, porque respaldar a Franco no es darle apoyo ninguno a la democracia ni a las Cuatro Libertades del Presidente Roosevelt. Unirse a Franco, antes al contrario, es fortalecer a uno de los más criminales dictadores de la época contemporánea, no importa que lleve el nombre de Dios en sus banderas, sostenidas por hijos de Mahoma.

¡Dictador y satélite, por añadidura, del Fuehrer y del Duce, camarada de Ciano, de Goering y de Ribbentrop, cuya misma suerte debió haber corrido —como responsable de la muerte de un

millón de españoles—, al terminar la guerra con la *supuesta derrota* del Eje totalitario en 1945!

* * *

Supuesta derrota se pone subrayado, porque el victorioso de la gran carnicería ha sido en realidad el Eje, a juzgar por otras cifras en las cuales se demuestra cuántos miles de millones de dólares han estado recibiendo los vencidos, desde 1946 hasta julio de 1951. La idea parece ser que Alemania Occidental, Italia y el Japón, ya contritos y absueltos, sin temor a represalias ni a reparaciones, acaben por recuperarse y *democratizarse* todos por parejo, de modo que tengan el ánimo despierto para la guerra mundial número tres.

Mas he aquí que al insinuar cosas tan claras y sencillas entra en acción la propaganda, con sus viejas consignas desplegadas: Libertad. Justicia. Democracia. Cristianismo. Civilización Occidental. ¡¡¡Peligro comunista!!!

Y los mejor comidos y los mejor bebidos; los del millón robado y el Cadillac de lujo; los que le temen a la paz y la adjetivan, porque saben que sólo con la histeria de la guerra se multiplican los negocios y los dividendos; los malos hijos de la catedral, que forman en las filas del anticristianismo; el petrolero, el bananero y el abarrotero; el hambreador, sus cómplices de la baja política, los sátrapas, los vende patrias y sus intelectuales a soldada; todos aquellos que con su *incapacidad moral*, su codicia, su ostentación y su soberbia van sembrando el odio y la desesperación del ser humano; los que sólo viven, en re-

sumen, por el lucro y para el lucro, son los que alzan a mayor altura el estandarte del peligro rojo, proclaman las excelencias de la espiritualidad y miran de soslayo al escritor, al sabio o al artista, que no tiene más respaldo que su pensamiento.

Ya se dijo antes que el mundo está lleno de mentiras. El Santo Oficio le teme al verbo escrito. Le horroriza el verbo en la tribuna. Y si alguien desde abajo quiere entender lo que sucede, la nueva Inquisición, con la complicidad del Oidor, del Cura y de otras dignidades, le tapa los ojos para que no vea, y le tapa los oídos para que no pueda escuchar la gran voz de la verdad.

*En donde al fin se explica por qué vuelve a la
estampa la segunda edición de este volumen, y
se agregan unos ligeros comentarios sobre el
momento actual de Hispanoamérica*

Decir parte al menos de esa verdad, la que concierne a varias repúblicas de nuestra América Española, es el objeto de la segunda edición de "Rompiendo Cadenas", a solicitud de numerosos amigos durante mi último viaje a Guatemala, El Salvador y Costa Rica, en febrero próximo pasado. Al revés de otras amistades no creían ellos, como yo mismo así lo juzgo, que lo que pude escribir y constatar hace veinte años, sea poco atinado darlo de nuevo a la stampa en esta peligrosa resurrección del neofascismo.

Antes bien, tanto o más oportuno que en aquellos días —cuando se iniciaba prometedora la

política de buena vecindad—, me parece hoy necesario traer a la memoria de nuestra América lo que ha sido causa de fricción con la del Norte. Y no con aviesas intenciones, sino para no engañarnos ni engañar a nadie, en tal forma que resurja lo del buen vecino y tome indispensable aliento, por estar semiasfixiada, la solidaridad democrática del Continente.

¡Semiasfixiada! Quisieran todos decirlo, lo sienten todos, porque todos saben que está en realidad semiasfixiada la unidad democrática de América, a pesar de las promesas, los discursos y los convenios oficiales, precisamente por la resurrección del neofascismo.

Y el neofascismo, en nuestro medio, no es otra cosa que el paredón, el “genocidio”, la cárcel, el destierro, la tortura moral y física, la violación de todos los principios y de todas las “Cartas” aprobadas en ruidosas asambleas de plenipotenciarios, que forman en realidad una nueva *burocracia internacional* de parásitos eminentes con pasaporte diplomático.

* * *

En esas asambleas con muchas ponencias y con muchas siglas que nadie sabe lo que significan, se habla sin cesar de ideales comunes, de justicia, democracia y libertad. ¡Pero que a ninguno de los delegados —si aprecia más el buen yantar que su conciencia— se le ocurra recoger allí la voz de la calle y denunciar los atropellos cometidos por la clase de gobiernos que, desde 1948

—como racha de postguerra—, está sufriendo la mitad del Continente!

Entre tan inesperada racha de barbarie, después de tanto confiar en la famosa Carta del Atlántico, figura desde luego el régimen de Laureano Gómez en Colombia, feroz e intransigente como el de su amigo Franco, cavernario y fanático hasta la mutilación y el suplicio, que pudo acaso concebirse pero no aceptarse en el Ecuador convulsionado de García Moreno.

¡Civil el sanguinario don Laureano, para desprestigio de la civilidad! Pero, sobre todo, admirador e imitador confeso de los sistemas “purificadores” de Hitler y de la Gestapo, sin que haya surgido todavía —muerto Gaitán— el liberal avanzado para esta época, el don Juan Montalvo colombiano que lo exhiba y lo desnude, en tal forma que cobre alientos la juventud para ponerle fin heroico a la ignominia.

* * *

Parecida clase de gobierno domina también en Venezuela, cuna gloriosa y tantas veces mancillada del Libertador. Sin mucho rocío de agua bendita como en Bogotá y su vecindario, pero con abundancia de petróleo y con enormes y doradas charreteras en lugar de casullas y estolas, sobrevino el golpe de los mandobles a la civilización, repitiéndose otra vez el caso de Victoriano Huerta con el Presidente Madero, inícuamente traicionado en México.

¿No es por ventura para que se desmoralicen, y aun para que sientan que los invade tentación

de corromperse los hombres dignos pero perseguidos, sanos pero torturados, incólumes pero en el destierro o en la cárcel, al ver que incluso intelectuales que fueron "maestros de América" exaltan la gloria del machete, y que los llamados gobiernos *anfictiónicos* condecoran y festejan a los que han vuelto a las prácticas de Juan Vicente Gómez?

Duele pensar que aquella tierra de tan altos valores haya dado el paso atrás, cuando iba ya rumbo al futuro, con un gran partido popular mayoritario, con una Constitución modelo, con un ilustre ciudadano en el poder, el Presidente-novelistista Rómulo Gallegos. ¡Culpa del cuartel y de la confianza en malhechores! Fueron traicionadas intempestivamente la honestidad por la molicie, la inteligencia por la incultura, la pureza del estadista y del patriota por la voracidad irresponsable de tres pares de *botas federicas* con espuelas.

* * *

De igual manera inadmisible para los demócratas que no sean falsificados, a pesar de los errores que hubiera cometido el *Apra*, tenía que resultar el régimen peruano —o antiperuano— del general Odría. Va siguiéndole los pasos al ínclito fusilador de apristas Sánchez Cerro —que de Dios goce—, hasta en lo de provocar conflictos internacionales. Sánchez Cerro con Colombia, a pretexto de Leticia, y Odría con tiroteos y aventuras fronterizas que lo hagan popular, ilusionando a sus paisanos con la idea de que crezcan los dominios del Perú lesionando al Ecuador.

Tocante a otros caudillajes que no tienen punto de contacto alguno con la democracia, será mejor sintetizar. En Bolivia, con el Presidente popularmente electo Paz Estenssoro en el destierro, ¡gran ruido de espadas y de bayonetas en la casa de gobierno, asaltada también por militares, para que se espante la ciudadanía! Pero no quiso espantarse la ciudadanía, sino que antes bien huyeron despavoridos los Mamertos y los espaldones, frente al empuje del Movimiento Nacional Revolucionario.

En Argentina —caso sin duda muy especial y muy distinto por la demagogia y el llamado “justicialismo de los descamisados”— se tiene que llegar a la conclusión de que el gran país del Plata ya no es, ni mucho menos, la Argentina pujante, pensadora y austera de Sarmiento, de Alberdi, de Calvo, de Drago, de Irigoyen.

Y respecto de Santo Domingo y Nicaragua, bien reforzados desde afuera, con más tanques y bombarderos que tractores, mecidos además por la corrupción política que adentro los rodea, siguen disfrutando paradisiácamente de sus feudos los clanes “anticomunistas” de Trujillo y de Somoza.

* * *

No es grato el panorama. No lo es, para verlo siquiera ni para describirlo, salvo que ande vacunado o con fuerte coraza protectora, quien tenga que vivir o moverse con la dictadura. Porque a los totalitarios de cualquier pandilla, según anden de sangre, no hay por donde tocarlos sin que

salga con alguna mancha, y con picazón o mal aliento, quien cometa la imprudencia de acercarse a ellos.

Así se explica entonces la tesis de mantener aisladas a las satrapías, que nada tiene de común con lo que suelen llamar *intervención* aquellos de los nuestros que nunca abrieron la boca contra Coolidge, ni contra Kellogg, ni contra la diplomacia del dólar, ni contra el "big stick" o gran garrote de Teodoro Roosevelt.

Sostiene dicho principio, en esencia, que los gobiernos democráticos no fortalezcan con su reconocimiento, sus armas, sus préstamos y sus espaldarazos a los verdugos de la persona humana, porque eso sí equivale a intervenir. Y no en favor de los pueblos, no en apoyo de la libertad, la democracia y la justicia sino, precisamente, en contra de todo lo que se aprueba en las Naciones Unidas y sus dependencias, en medio de prolongados aplausos y las más franciscanas actitudes de los que allí representan a los sátrapas.

O sea, en resumen, que el aislamiento de dictaduras es una tesis de civilización y de limpieza, frente al crimen y a la barbarie de los espadones.

* * *

Mas he aquí que postulados de tal naturaleza no encuentran eco, por desgracia, cuando están de por medio los intereses materiales, la presión del poderoso, el ataque al gobernante digno, el neofascismo resurrecto de que ya se hizo mención. Y venimos así a la evidencia lamentable de que en América, para nuestro mal, las únicas fuer-

zas que se ayudan y se respaldan mutuamente son las dictaduras.

¡Se ayudan entre sí, con música celestial de democracia, mientras desde el exterior van recibiendo poderosas armas para defenderla, que es, como quien dice, para sepultarla! Lo mismo que el Eje Roma-Berlín-Tokio-Madrid, ellas han salido victoriosas de la segunda gran conflagración mundial.

Por eso, como arriba quedó explicado, cojea de mal en peor la solidaridad continental americana. ¿O es que habrá manera de hacer solidarios a los pocos gobiernos de decencia que aún nos quedan —gobiernos respetuosos de la dignidad del hombre—, con los regímenes de violencia y de pillaje que han merecido el apoyo norteamericano, porque le ofrecen a Washington lo que Washington sugiere, incluso su voto incondicional y permanente en las Naciones Unidas?

No. No es posible engañar a nuestros pueblos, ni que pretendan seguir engañando al "Intelligence Service" y a los funcionarios norteamericanos de buena fe —abusando de su actual histeria—, los criollos o los mestizos aprovechados, los falsos líderes de la democracia hispanoamericana, totalitarios de la peor especie.

¡Alzan los brazos al cielo los mercaderes del anticomunismo por lo que ocurre tras la Cortina de Hierro, en tanto que se guiñan el ojo unos a otros para ver lo que consiguen y en qué forma defienden a la *democracia* en Europa o en el Asia, como si el problema, como si la misión del hombre auténtico de Hispanoamérica no estuviese en

nuestro propio Continente, hasta lograr higienizarnos a nosotros mismos!

* * *

Pero el juego o el engaño se les va poniendo peligroso a nuestros déspotas y a nuestros "quislings", porque no hay quien se convenza de que la calumniada democracia pueda caminar en ancas de la dictadura. Y porque comprenden en el Norte quienes tengan sano el juicio —escritores, catedráticos, ciudadanos conscientes—, que el hondo malestar de Hispanoamérica no es cuestión de comunismo. Y que su desesperación no proviene de Rusia, como ya me permití esbozarlo, ni de Corea, ni de la China, ni de Checoeslovaquia, ni de Polonia, sino de los gobernantes incapaces, de los políticos entreguistas, de los monopolios insaciables, de nuestros hambreadores, de la desnutrición, el abandono y la miseria en que se tiene a las humildes masas productoras, sometidas por generaciones a inhumano jornal de servidumbre.

Y aunque los consorcios extranjeros pretendan mantener y explotar concesiones indebidas; adquirir nuestras materias primas a bajo costo; vendernos sus artículos manufacturados a precios cada vez más altos; aunque desfigure la propaganda las legítimas aspiraciones hispanoamericanas, señalando como agente del Soviet a quien alce la voz para buscar remedio a lo que sólo provoca rencor y desconfianza entre las dos Américas; aunque siga, pues, el reinado de los que "se avispan", de los Cándidos y de las Cunegundas, lo cierto es que ya saben bien los estudiantes, y

los obreros, y la clase media ilustrada, y la subconciencia maravillosa de nuestras masas populares, en dónde está el peligro. Y lo saben de igual modo los norteamericanos responsables, los *buenos norteamericanos*, cuando tienen noticia veraz y confrontada de nuestra realidad.

* * *

¡Los buenos norteamericanos, en pugna con los que no tienen otra patria que sus intereses, ni más trato que el negocio deshonesto con sus corifeos o vendepatrias de tal o cual república!

Lo cual es asentar que la Norteamérica de los libertadores, de los artistas, de los universitarios; la Norteamérica de Washington, de Franklin, de Lincoln, de Walt Whitman; esa Norteamérica de la cual queremos ser afines, no puede confundirse con la Norteamérica de los bananeros, los petroleros, los fabricantes de armas, los concesionarios, los amos y prestamistas de Wall Street, quienes otra vez han puesto en actividad su explosiva y humillante diplomacia del dólar.

Ojalá llegue a comprender la Casa Blanca, volviendo a un leal y efectivo sistema de buena vecindad, que con los Estados Unidos de la succión imperialista, del coloniaje económico, de los Polk, los Coolidge, los Kellogg y los militares o estrategas del Pentágono, no está hoy, ni lo estará mañana, el pensamiento de los nietos fervorosos de Bolívar ni de los hijos puros de José Martí.

Si ahondaran los estadistas del Norte en el sentimiento popular hispanoamericano; si advirtieran hasta qué punto, por su protección al des-

potismo, el distanciamiento y la desconfianza son cada vez mayores; si de una y otra parte, en lugar de diplomacia de *cocktails* y de *high balls*, hubiese sinceridad sin servilismos, franqueza sin demagogias, defensa de lo propio con inteligencia y señorío, es probable que los técnicos no andarían buscando hasta la fecha, sin encontrarla, una fórmula eficaz de solidaridad continental.

¿Cuál sería esa fórmula? Justicia para todos. Respeto al patriotismo bien fundado. Mejora colectiva. Democracia legítima como la interpretaba Lincoln. Las Cuatro Libertades del Presidente Franklin Delano Roosevelt.

Vale decir, seríamos solidarios en lo bueno y en lo humano de la dos Américas: la nuestra, allí donde no se apaga todavía el ideario de los próceres; y la otra, los Estados Unidos, allí donde resplandezca, en mitad de la tormenta, lo noble y generoso de sus libertadores.

* * *

Me parece que cuanto llevo dicho y explicado es razón bastante para que se entienda, sin malicia, el por qué de esta edición, hoy tan oportuna como en 1933. Vale la pena repetir que la política de buena vecindad, iniciada en aquel año, favorecía el anhelo hispanoamericano de cortar ligaduras infamantes. Y que ahora, en lo más crítico de la centuria, nos favorece el despertar de otros pueblos, pobres también y agobiados, que reclaman sus derechos y van venciendo en la batalla.

¿No ha de servirnos la dura experiencia del

Egipto con su Canal de Suez, y su decisión de estos últimos meses frente a Francia y la Gran Bretaña? ¿No nos ha de servir para orientarnos, en lo que se refiere a la ruta interoceánica por Nicaragua? ¿Y en lo que atañe al Canal de Panamá?

¿Y no ha de darnos ánimo que los consorcios petroleros, ante la expropiación decretada en Persia, se hayan adelantado a ofrecer nuevos contratos al Irak, renunciando a las ventajas de sus viejas concesiones?

¡Que le sirva esto de pauta al Gobierno de Costa Rica, por ejemplo, en donde se ha negociado o se está negociando en estos mismos días un contrato para extraer petróleo, con la intervención —ojalá resulte menos infortunada— del mismo plenipotenciario que suscribió el lamentable Protocolo canalero Oreamuno-Hughes de 1923, dándole así vigencia al ilícito Tratado Bryan-Chamorro de 1914!

Contratos desde luego aceptables ha obtenido el Irak, con la fórmula venezolana del 50% sobre utilidades netas, antes de hacer el pago de impuestos a las naciones del capital de origen. ¡Justamente lo que se hace ver en varias notas adicionales de este libro, en relación con los contratos de la United Fruit, que apenas le dejan a Honduras y a la misma Costa Rica un porcentaje *aparente* sobre sus ganancias, sin definir si la liquidación se hace antes o después de haberse pagado los crecidísimos tributos que cobra el Tesoro norteamericano!

Dije porcentaje *aparente*, que también podría llamarse *porcentaje de espejismo*, porque el mínimo caudal que ofrece pagar la United a Centro-

américa se anula, hasta convertirse en pasivo, al quedar vigente la exención de toda clase de impuestos al voraz monopolio norteamericano.

De cómo, según Hamlet, "cocea el rocín cuando está lleno de mataduras", sentencia que sólo es aplicable a los que tienen "desollado el lomo"

Se comprenderá, asimismo, el por qué de este nuevo Prólogo o palabras explicativas, con un panorama esquemático de la situación mundial, indispensable para darnos cuenta de lo que somos *materialmente hablando*, y de lo que podríamos ser con el espíritu.

Porque si somos pequeños por causas geográficas y económicas: nuestra población, nuestro feudalismo, nuestros presupuestos, hasta nuestro inmenso territorio en gran parte inexplorado o dividido en veinte partes; si eso es verdad, también es cierto que podríamos ser mayores con decisión para cumplir nuestro destino, con unidad de pensamiento y de cultura, sin la manifiesta pequeñez y la falta de visión de los que suelen hacerse con el mando, generalmente dominados por un irracional complejo de inferioridad ante los dólares y los rascacielos.

En artículo enjundioso del siempre admirable y admirado escritor mexicano don Alfonso Reyes, "España y América", reproducido en parte por su no menos ilustre compatriota don Isidoro Fabela, Magistrado de la Corte Mundial de la Haya, se pueden leer estas palabras:

"Si el orbe hispano de ambos mundos no llega

a pesar sobre la Tierra en proporción con las dimensiones territoriales que cubre; si el hablar en lengua española no ha de representar nunca una ventaja, nuestro ejemplo será el ejemplo más vergonzoso de ineptitud que pueda ofrecer la raza humana”.

* * *

Fuerte prosa la de estilista tan sutil y delicado como don Alfonso, que refuerza Gabriela Mistral desde el extremo sur de América —enalteciendo a don Miguel Hidalgo—, con admoniciones como éstas:

“¡América! Todo por ella; porque todo nos vendrá de ella, desdicha o bien... Somos aún México, Venezuela, Chile, pero seremos mañana, cuando la desgracia nos haga crujir entre su dura quijada, un solo dolor y no más que un anhelo... Maestro: Enseña en tu clase el sueño de Bolívar... Divulga la América, su Bello, su Sarmiento, su Lastarria, su Martí. No seas un ebrio de Europa, un embriagado de lo lejano, por lejano extraño y además caduco, de hermosa caduquez fatal”. Y más adelante:

“¿Odio al yanqui? ¡No! Nos está venciendo, nos está arrollando por culpa nuestra, por nuestra languidez tórrida, por nuestro fatalismo indio. Nos está disgregando por obra de algunas de sus virtudes y de todos nuestros vicios raciales. ¿Por qué le odiaríamos? Que odiamos lo que en nosotros nos hace vulnerables a su clavo de acero y de oro, a su voluntad y a su opulencia. Dirijamos toda actividad, como una flecha, hacia este

futuro ineludible: la América Española una, unificada, por dos cosas estupendas: la lengua que Dios le ha dado y el dolor que le da el Norte”.

* * *

Si me valgo de Alfonso Reyes y de Gabriela Mistral para justificar esta nueva salida de “Rompiendo Cadenas”, en hora tan difícil y confusa, fortaleciendo mi pensamiento con el suyo, acaso sea preciso traer también a estas cuartillas otra cita del licenciado Fabela, en la que el historiador francés Emile Bourgeois explica, con muy buenas razones, cómo es indispensable auscultarse, revisar la Historia, para no seguir dando caídas.

En el concepto de Bourgeois, todos los pueblos que han querido hacer o rehacer su destino, tuvieron siempre que buscar en el pasado reglas y lecciones para su porvenir. Sólo así pudieron encontrar, en la historia de sus errores o de sus tradiciones, los principios saludables para su evolución y su progreso.

No es otra la finalidad de este libro: Buscar y señalar nuestros errores. Escudriñar nuestro pasado. Inculparnos a nosotros mismos, y no siempre al extranjero, por nuestras connivencias y nuestras complicidades. Tender la mirada hacia un futuro en el que predominen la unidad de pensamiento, la cultura bien orientada, la sana economía, la ética de los gobiernos, la mutua comprensión entre los hombres que no pierden su fe ni su esperanza, a pesar de todo, en la futura grandeza espiritual y material hispanoamericana.

* * *

Ya oigo la voz airada de los que no entienden, de los que no quieren entender la verdad en nuestro propio idioma. Y la de aquellos otros a quienes hay que traducírsela, a riesgo de que la desfiguren en sus diarios o revistas de circulación mundial. Bien los conozco y me conocen. Han pretendido dar en tierra conmigo combatiéndome, empleando sus armas, cubriéndome con etiquetas de colores subidos o de tintes apagados. Les he respondido lo que había que responderles.

¡Y aquí estoy con mi verdad, frente a mi mesa de trabajo, frente a mis papeles, en lo mío que es mi biblioteca, con mi segunda y santa esposa y con mis hijos, satisfecho de lo que me pudo dar la vida, seguro de estar bien con mi conciencia y de haber cumplido —siquiera en parte— mi deber de *hombre-hombre* contra los *hombres-bestias*!

¿Algo más? Me siento libre de las bajas pasiones políticas que amargan al vencido y llenan de soberbia al vencedor.

Libre de toda clase de extremismos, deformadores de la razón y de la dignidad humana.

Independiente de sindicatos, de partidos y de agrupaciones gregarias en mi patria y en el exterior.

Ajeno a capillas literarias, a las luchas de los masones, a las pláticas de los rotarios y a los tierrosos rugidos de los leones en sus amables tertulias.

¡Hasta de contradictorias Sociedades Bolivarianas he dejado de ocuparme, porque hay bolivarianos que pedirían en esta época, si resucitara, la muerte o el encierro del Libertador!

* * *

¿No basta todo eso para sentirse uno fuerte y optimista, aun cuando en días de desaliento llegue a pensar el más animoso caballero que los caballeros son los otros —los del banquete servido, el uniforme de gala, el Cadillac de lujo o el millón robado—, y no el de la triste figura que sigue jineteando a Rocinante?

¡¡Tal vez!! Mas les podría replicar entonces a los que no ven, porque se tapan los ojos; a los que no oyen porque se tapan los oídos, lo que Hamlet al Rey: “Este drama es un enredo diabólico. Pero ¿qué importa? A Vuestra Majestad y a nosotros, que tenemos inocente el alma, no puede afectarnos. Cocea el rocín lleno de mataduras. Nosotros, en cambio, no tenemos desollado el lomo”.

Y como no tengo desollado el lomo, puedo darle fin a esto con mi credo:

Creo en nuestros próceres, en nuestros viejos guías, en nuestros altos valores positivos.

Creo en el camino que nos trazó Bolívar, en la grandeza de Morelos, en el ideal de Morazán, en la obra de Juárez, en el apostolado luminoso de José Martí.

Creo en don Quijote y en Sancho, en Montalvo, en Sarmiento, en Rubén Darío y en Rodó. Creo, con fe profunda, en el destino de la América Española.

¡Y esta es la mejor fe, la más generosa del hombre americano, porque sabrá querer y respetar con ella, a través de su propio sentimiento, a

las demás naciones, a las demás patrias, a todo ser humano de elevado espíritu, que busque justicia y libertad sobre la tierra!

México, D. F., septiembre de 1951.

**PROLOGO AL LIBRO DEL DR. JUAN
JOSE AREVALO, "GUATEMALA, LA
DEMOCRACIA Y EL IMPERIO"**

Editorial América Nueva,
México, D. F., 1954

Visión de México en su Independencia

TENGO sobre el escritorio las pruebas finales de "Guatemala, la Democracia y el Imperio", por el que fue Presidente de lujo, Presidente educador y filósofo de la hoy abatida República guatemalteca, Dr. don Juan José Arévalo.

Mientras las voy revisando, en el 144° aniversario del Grito de Dolores, repercuten en lo más hondo de mi espíritu las notas vibrantes del Himno Nacional Mexicano.

Ayer, 15 de septiembre de 1954, cumplió cien años de vida el poema musical y épico, el canto por excelencia de la raza bronceada, de los criollos, de los mestizos, de los hijos y nietos del Anáhuac.

Lo entonaron diez mil escolares en el enorme Zócalo, en la vieja Plaza de Armas o Plaza monumental de la Constitución. Y a los niños los coreaba una multitud impresionante de más de cien mil personas, enardecidas de fervor patriótico, frente al legendario Palacio de los Virreyes.

Las notas del Himno y las voces acompasadas de la muchedumbre, transmitidas por magnavoces, radioemisoras y televisión, llenaban simultánea-

mente la ciudad entera. Fueron minutos de emoción indescriptible, conmovedora, que humedecía los ojos de nacionales y extranjeros, pensando tal vez estos últimos en su lejana patria, en familiares y amigos ausentes, en el tirano que los lanzó al destierro.

¡Signo fatal de nuestro tiempo, en que los perseguidos, los exiliados, los apátridas, son aquellos que se atreven a defender la libertad, la democracia, la justicia, creyendo todavía en los postulados de la Carta del Atlántico! Pero volvamos a los acordes del Canto que estremece.

Millares de hombres y de mujeres detenían su marcha en calles y avenidas. Los choferes bajaban de sus vehículos, la cabeza en alto, puesta la mano sobre el corazón. Y muchos millones más de mexicanos, en toda la República, sumábase a la solemne conmemoración de la letra y de la música del Himno de la Patria.

En esa forma vibró ayer y seguirá vibrando México. Era un haz de voluntades afirmando su mexicanidad. Era la gran fiesta de un pueblo sensible, despierto y generoso, pegado a su tradición y a su tierra, que tras mucho sufrir, levantarse y defenderse, continúa imperturbable su marcha victoriosa hacia el futuro.

Horas después, antes de la media noche, ondeando la bandera del Aguila y la Serpiente, hacía sonar el jefe de la nación la histórica campana con la que don Miguel Hidalgo despertó a su pueblo.

“¡Viva la Independencia! ¡Vivan los héroes que nos dieron patria y libertad! ¡¡Viva México!!”

A la clara voz del primer magistrado, don